

COMEDIA ROMÁNTICA: LIBRO SEXTO

RAYO *de* NUEVO

LO ELIGIÓ A ÉL

E. L. TODD

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

RAYO DE NUEVO

RAYO #6

E. L. TODD

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Rayo de nuevo

Copyright © 2018 por E. L. Todd Todos los derechos reservados

RYKER

EL ÁTICO EN Manhattan estaba exactamente como lo recordaba. En el horizonte podían verse los imponentes edificios y las fuertes luces visibles a kilómetros de distancia. Mi antiguo gimnasio estaba a la vuelta de la esquina, y mi restaurante chino favorito se encontraba a sólo una manzana. Mis muebles llevaban sin tocarse un año y olían a rancio.

Pero seguía siendo mi casa.

Abandonar Seattle había sido la mejor opción para mí, y no me arrepentía. Mi hermano haría un gran trabajo al mando de COLLECT, y mi madre no se sentiría sola con él. Manhattan había sido mi hogar antes de que mi padre enfermara de cáncer. Es donde debía estar.

Sonó el teléfono en mi bolsillo, así que lo saqué y vi el nombre de Liam en la pantalla. Ya sabía lo que diría antes de hablar con él, pero respondí a la llamada.

—Hola, tío. ¿Qué tal?

—¿Ya has vuelto a la ciudad?

Caminé hacia la ventana con una sonrisa en el rostro. Contemplé las luces del tráfico en la calle concurrida.

—Sí, llegué hace unas horas.

—Perfecto. Vamos a Roger's. Hace un año que no te veo la cara.

—Sigo igual de feo que antes —dije con una sonrisa.

—Nah. Probablemente peor. —Se rio antes de colgar.

Estaba a punto de guardar el teléfono en el bolsillo cuando volvió a sonar. Apareció el nombre de Rae en la pantalla.

Me dio un vuelco el corazón al verlo, recordando el sonido de su voz. Solíamos enviarnos mensajes de texto inapropiados, a menudo sobre su culo y sus tetas. Sabía exactamente por qué me llamaba, y no quería lidiar con ello. Me había ido sin mirar atrás. Ni siquiera le había dicho que me marchaba. Había dejado la empresa en manos de otro y me había ido.

Pulsé ignorar y envié la llamada al buzón de voz.

Fue un gesto desconsiderado por mi parte, pero no quería hablar de lo evidente. El motivo por el que me había marchado era obvio, cristalino como el agua. Era feliz con Zeke, y me alegraba por ella... de algún modo.

—VAYA, TIENES UN ASPECTO HORRIBLE. —LIAM SE PUSO DE PIE Y ABRIÓ LOS brazos de par en par.

Me detuve frente a él, dejando un metro y medio de distancia entre nosotros.

—Nunca hemos sido de abrazos, ¿por qué empezar ahora?

—Venga, tío. Sabes que te he echado de menos.

—Pues yo a ti no.

Entornó los ojos.

—Cállate. Sabes que sí. —Me dio un fuerte abrazo.

Me reí por lo bajo y se lo devolví, dándole palmaditas en la espalda.

—Vale... puede que un poco.

Nos sentamos en el reservado, y Liam me pasó la cerveza que había pedido para mí.

—Negra, como a ti te gusta.

Levanté la jarra y la choqué con la suya.

—Me conoces demasiado bien. —Di un trago y dejé que la cerveza pasara por mi garganta y fuera directa a mis entrañas. El alcohol había sido mi única compañía últimamente. Había estado bebiendo demasiado y debía entrenar el doble para mantenerme en forma.

—Voy a decirte algo, y te va a parecer una idiotez.

Dejé la jarra helada en el posavasos y me apoyé en el respaldo de mi asiento. Estaba acostumbrado a las rarezas de Liam, pero no me había dado cuenta de lo mucho que las echaba de menos hasta ese momento.

—Puedo encajarlo. —Le hice gestos con la mano—. Vamos, suéltalo.

—Lamento que las cosas no hayan funcionado en Seattle... pero me alegro mucho de que haya sido así. Esta ciudad no es lo mismo sin ti.

—¿Sí? —Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Sí —dijo Liam—. No he encontrado un colega como tú desde que te marchaste. Los chicos son geniales, pero no hay comparación.

—Estoy seguro de que te lo has montado bien en mi ausencia, Liam.

—Obviamente. —Dio un trago y dejó la jarra sobre la mesa—. Pero no es tan divertido. ¿Recuerdas aquella vez que nos hicieron mamadas a los dos en la noria de Coney Island?

Me había olvidado de aquello.

—Ah, sí... Fue una gran noche.

—La verdad es que sí —dijo con expresión soñadora—. Aquella chica tenía una boca enorme. Hablaba mucho, pero cuando la chupaba... —Sonó el móvil que llevaba en el bolsillo y lo sacó.

—No hace falta que termines la frase —dije con una sonrisa.

Eché un vistazo a la pantalla y entornó los ojos.

—¿Te acosan, tío?

—Un poco. Pero no en el buen sentido. —Respondió la llamada y se acercó el teléfono a la oreja—. ¿Qué pasa, tía?

Sonó una voz de mujer por el auricular.

—No me llames tía. Llevo tres días en la ciudad y aún no te he visto.

Volvió a entornar los ojos pese a que ella no podía verlo.

—Relájate, ¿vale? Estoy ocupado.

—¿Y crees que yo no lo estoy? —respondió ella—. Como vuelvas a entornar los ojos otra vez, te daré una bofetada.

Miré inmediatamente a mi alrededor, buscando a una mujer descarada hablando por el móvil.

Liam alzó una ceja y se puso tenso, mirando por la ventana como si lo estuvieran acechando.

—¿Dónde estás?

—No te veo, idiota. Pero te conozco muy bien.

Liam suspiró aliviado, apoyándose en el cojín del asiento.

—Vaya susto me has dado.

—Venga. Quiero verte. ¿Podemos tomar una cerveza o algo?

—¿Es que no tienes amigos?

No tenía idea de con quién estaba hablando. Podía ser una antigua novia.

—Cállate, Liam —dijo la voz por teléfono—. Quiero verte. Te echo de menos. —Él entornó los ojos—. ¡Te he visto!

—Qué pesada eres. De acuerdo, estoy en Roger's en la Quinta Avenida, con un amigo.

—Vale. —Su voz sonaba más animada— ¡No veo la hora de verte!
—Colgó.

Alejó el teléfono de él sobre la mesa.

—Vaya pesadilla...

—¿Quién era? —Si fuera una novia desquiciada, estaría más asustado.

—Mi hermana —explicó—. Se mudó a la ciudad la semana pasada y quiere quedar conmigo.

—Ah. —Sabía que tenía una hermana, pero nunca la había visto y jamás la mencionaba—. Qué bien. ¿Dónde ha vivido hasta ahora?

—En Cambridge. Acaba de graduarse y la han contratado en Nicol Software.

—He oído que es una empresa fantástica.

—Yo también. Es la nueva directora de marketing. —Agitó la cabeza—.
¿Te lo puedes creer?

—¿Y acaba de graduarse en la universidad? —Era imposible conseguir un puesto de relevancia en una empresa recién salido de la universidad y sin experiencia en la vida real. Al menos, nunca había oído un caso similar. Las empresas querían a alguien que tuviera bagaje lidiando con problemas de la vida real.

—Sí.

—¿Es un genio?

—Algo así —respondió Liam—. Se ha graduado en el MIT.

—Joder.

—Sí. —Terminó la cerveza y le pidió otra al camarero por señas.

Me la imaginé con gafas culo de vaso, ropa extraña y un comportamiento inusual. Por experiencia sabía que la gente muy inteligente era peculiar. No seguía los estándares sociales y veía el mundo con otra perspectiva.

—¿Cómo es que sois familia?

—Oye —dijo él—. Que yo también soy inteligente.

—No tanto como para estudiar en el MIT.

Se encogió de hombros.

—No sé a quién ha salido... —Miró por la ventana y siguió con la vista a alguien que entraba en el local.

—Ya ha llegado. Dios, qué velocidad.

No me volví porque habría sido de mala educación.

—Habría construido un *jet pack* o algo por el estilo.

Liam se rio mientras se levantaba de su asiento.

—No me extrañaría. —Se puso de pie y le hizo señas para que lo viera—.
¡Aquí, idiota!

—¡Liam! —Oí el sonido de los tacones sobre el suelo de madera al acercarse a la mesa. Cuando apareció ante mis ojos, vi el vestido azul ceñido

que llevaba. Se ajustaba a su esbelta cintura y a sus muslos delgados, y resaltaba las curvas de su busto. Tenía el cabello castaño oscuro con matices rojizos.

No era en absoluto como me la había imaginado.

—Te he echado tanto de menos —Lo abrazó contra su pecho, rodeándole el cuello con los brazos y mostrando más entusiasmo por un hermano que cualquier otra persona en la historia de la humanidad—. Hacía un siglo que no te veía.

Él le dio unas palmaditas en la espalda.

—No es cierto. Nos vimos...

—La Navidad pasada. Hace casi dos años.

—Vale... quizás tengas razón. —Se apartó y se metió las manos en los bolsillos—. ¿Te gusta la ciudad?

—Me encanta —dijo—. Tengo varios amigos que viven aquí y me han llevado a muchos sitios.

—Genial —respondió.

—Habría preferido que fueras tú, pero estabas demasiado ocupado. —Le dio un codazo en el pecho, traviesa.

—Admito la culpa —dijo, encogiéndose de hombros—. Te traeré algo de la barra. ¿Un cabernet?

—Sí, por favor. —Se echó el pelo hacia atrás y los suaves rizos formaron una cortina sedosa a lo largo de su espalda.

Aún no le había visto la cara, pero sabía que no llevaría gafas.

—Por cierto, este es mi amigo Ryker. —Liam señaló en mi dirección—. Ryker, esta es mi hermana, Austen. Ahora mismo vuelvo. —Se dirigió a la barra y nos dejó a solas.

Ella se volvió hacia mí y se quedó tan sorprendida por mi aspecto como yo por el suyo. Se recuperó de la impresión al instante y extendió la mano.

—Encantada de conocerte.

Le estreché la mano.

—Lo mismo digo.

Se sentó frente a mí, dejando sitio para su hermano en el sofá.

Ahora que podía verle bien la cara, me di cuenta de lo poco que se parecía a Liam. Tenía la piel clara y algunas pecas. Su nariz era pequeña y los ojos de color azul brillante me recordaban a un mar de coral. Poseía un cabello espeso y brillante y llevaba una cadena de oro en torno al cuello que me hizo fijarme en su garganta. De repente, me imaginé besándole esa zona, probándola con lengua curiosa. Mi cuerpo volvió a la vida con sólo mirarla y me pareció sexy de un primer vistazo. Era perfecta, desde la belleza natural de sus rasgos hasta la forma en que sus piernas cortas parecían más largas de lo tonificadas que estaban.

Siempre tenía algo que decir, pero me fallaron las palabras. Me limité a observarla, sintiendo que un fuerte calor se apoderaba de mi piel. Veía mujeres hermosas a diario, pero ninguna hacía que se me fuera el santo al cielo. Había convertido mi cerebro en un lienzo en blanco. Podría haber iniciado una conversación banal y preguntarle dónde estaba su apartamento o qué le gustaba más de la ciudad, pero ni siquiera era capaz de eso. Noté la polla endurecerse en los pantalones, presionando la cremallera. No podía tratar de disimular la erección porque sería demasiado evidente al tenerla sentada frente a mí. Tragué el nudo que tenía en la garganta para poder hablar, pero seguían sin salirme las palabras.

Austen había estado muy habladora con su hermano hacía un momento, pero ahora permanecía en silencio. Me observaba con los hombros tensos, sin dejar de mirarme a la cara. Teníamos la vista fija el uno en el otro y la mayoría de las personas se habrían sentido incómodas en nuestra situación al ser dos extraños.

Por suerte, Liam regresó.

—He estado a punto de pedir la botella entera porque sé que bebes mucho. Pero he recordado que estoy sin blanca. Así que, aquí tienes.

Tomó la copa con una sonrisa.

—Gracias, Liam. Sé que me has echado de menos.

—Yo no he dicho eso —replicó Liam.

—Pero has ido a traerme una copa de vino. —Dio un sorbo, presionando sus labios suaves contra el cristal.

—Porque soy un buen tipo —dijo Liam.

—Pero ambos sabemos que no lo eres con todo el mundo —replicó Austen—, así que admite que te gusto.

—¿Por qué iba a evitar tus llamadas si me gustaras? —Liam apoyó los codos en la mesa observándola—. Responde.

Ella dejó la copa sobre la mesa, saboreando el vino.

Me imaginé probando ese vino por todo su cuerpo.

Al fin respondió.

—Porque estabas muy emocionado.

Liam agitó la cabeza.

—No. Es porque eres una pesada.

—Sí, claro —dijo con sarcasmo—. ¿Quién me llamaba todos los domingos cuando estaba estudiando?

Liam tenía una expresión culpable en su rostro y se sonrojó.

—Era sólo para comprobar que estabas viva...

—Lo que tú digas. —Intentó ocultar una sonrisa, pero no pudo evitarlo. Sus ojos azules eran brillantes y traviosos, y poseía una energía innata que la dotaba de un gran magnetismo—. Mañana por la noche voy a jugar a los bolos. ¿Quieres venir?

—¿Quién más va? —preguntó Liam.

—Un par de amigas más. —Se volvió hacia mí, y su expresión cambió de inmediato al mirarme. No tenía claro si se sentía atraída por mí o la intimidaba—. Tú también puedes venir.

—Espera —dijo Liam—. ¿Está buena alguna de esas amigas?

—Supongo que sí —respondió inexpresiva—. Pero todas mis amigas son monas.

—¿Son empollonas? —preguntó Liam con expresión de disgusto.

—¿Qué tiene de malo serlo? —añadió ella—. Yo lo soy y me siento orgullosa de ello. Me interesa conocer el funcionamiento de las cosas. Quiero aprender más sobre temas que desconozco. Es positivo tener una mente inquisitiva.

Sonreí en respuesta, pues me gustaba la forma en que defendía su punto de vista y a sus amigas.

—¿No conoces ese dicho? —preguntó Liam—. La curiosidad mató al gato.

—Pues yo no soy un gato —replicó Austen—. Así que no me afecta.

—Ryker lleva poco tiempo en la ciudad —explicó Liam—. Ha estado viviendo en Seattle una temporada por trabajo y ahora ha vuelto.

—Ah, genial —dijo Austen—. Pues deberías venir. Nuestro equipo se llama las Bowling Stones.

Lo pillé enseguida y solté una carcajada.

—Bien pensado.

—¿Eh? —preguntó Liam—. ¿Las Bowling qué?

—Como los Rolling Stones —explicó Austen—, pero con Bowling...

Liam seguía con la misma expresión confusa.

—Da igual. —Austen bebió de su copa—. Hemos hecho una apuesta. Quien pierda tiene que ir a un club de *striptease* y meter cien billetes de un dólar en el tanga del *stripper* mientras las ganadoras miran.

—Pues no me parece un castigo. —Había ido a muchos clubs de *striptease* en mis viejos tiempos.

—A mí tampoco —dijo Austen—. Pero cien pavos es mucho dinero. Así que es un castigo.

—Me apunto —añadió Liam—. Tus amigas están solteras, ¿no?

—Sí, pero ya conoces la regla. —Austen levantó un dedo—. No salimos con los amigos del otro. ¿Te acuerdas?

Liam puso mala cara.

—¿Quién ha dicho nada de salir? Si quieren sexo del bueno, ¿qué

problema hay?

Austen disimuló su expresión de disgusto dándole un sorbo al vino.

—No vayas detrás de mis amigas, ¿vale? O tendré que darte una paliza.

—Ja —dijo Liam con sarcasmo—. Como si pudieras.

Austen le dirigió una mirada amenazante, apretando la mandíbula.

Parecía aún más sexy enfadada.

Su mirada logró intimidar a Liam.

—Vale, vale. Me comportaré.

RYKER

PASEABA POR MI APARTAMENTO, jugaba a videojuegos y veía la televisión. No tenía intención de buscar trabajo, pues podía vivir de mis inversiones inmobiliarias. Mi padre nos había dado a mi hermano y a mí una gran cantidad de dinero cuando éramos más jóvenes. Él había malgastado su parte, pero yo había invertido la mía con cabeza.

No me sentía mal por ello.

Rae me había dejado un mensaje la otra noche, pero aún no lo había escuchado. Hacía lo posible por no pensar en ella porque, cada vez que lo hacía, me sentía fatal. Había tenido a la mujer perfecta comiendo de mi mano, pero lo había arruinado todo como un imbécil. Me había dicho que me amaba y la había dejado.

Tenía exactamente lo que merecía.

No estaba celoso de Zeke, ni enfadado con Rae. La única persona a la que despreciaba era a mí mismo.

Todo había sido culpa mía.

Mi teléfono sonó en la mesa de centro, pero no lo miré de inmediato. Esperaba ver el nombre de Rae en la pantalla, la única persona con la que no quería hablar, pero, al mismo tiempo, la única con la que deseaba hacerlo desesperadamente.

Me pasé las manos por la cara y luego miré la pantalla. Era un número que

no reconocía, y el código de área no era de Nueva York, pero tampoco de Washington. Así que respondí.

—Hola, soy Ryker.

—Hola, Ryker —Oí una hermosa voz a través del teléfono, hipnótica y sexy—. Soy Austen.

Se me aceleró de inmediato el corazón y sentí que mi polla se contraía en mis pantalones de chándal. No había pensado en ella desde que la vi en el bar la otra noche, pero ahora que estaba en mi mente, era difícil dejar de hacerlo.

—¿Qué tal? —Mantuve la calma y me recosté en el sofá.

—Liam me dio tu número. Espero que no te importe.

—Por supuesto que no. Me encanta que las mujeres atractivas me acosen.

Ella se rio.

—Espero que no suceda con demasiada frecuencia.

—No tanto como me gustaría. —Sonreí y presioné el botón de silencio en el mando a distancia del televisor—. ¿Qué puedo hacer por ti, Austen?

—¿Llamaba por los planes de la bolera?

—Quería ver si estabas libre esta noche. Me gustaría salir contigo.

Me quedé de piedra y se me tensó el estómago. Su confianza era increíblemente sexy. No muchas mujeres tenían valor para llamar a un chico y pedirle salir así. Prefería las mujeres fuertes a las que no les importaba lo que pensarán de ellas. No había conocido a muchas así. Austen parecía encajar en esa categoría.

—Me halagas.

—Y yo me sentiría halagada si dijeras que sí. Podríamos ir a un bar y ver el partido.

Sonreí.

—Eso se parece bastante a una cita.

—Lo sé. Podemos compartir un plato de patatas fritas con ajo. Será muy romántico.

Me reí, sintiendo el pecho más ligero con sus bromas. Aunque tenía

muchas ganas de aceptar, pensé en Liam. Era uno de mis mejores amigos y salir con su hermana le haría enfadar. La última vez que lo había hecho, había perdido a un amigo para siempre. De todos modos, no buscaba una relación, así que no valía la pena ir por ahí.

—Me encantaría decir que sí, pero no puedo.

—Maldita sea. Sabía que tendrías novia...

—Pues la verdad es que no. Pero... no creo que sea buena idea. Liam es mi amigo, y debo mantener el código de honor.

—Al diablo con el código.

Abrí los ojos de par en par y la sonrisa en mis labios se amplió.

—Baja a tomar una cerveza. No seas tan melodramático.

Me reí.

—¿Melodramático?

—Sí. Liam no tiene por qué enterarse.

No era propio de mí hacer las cosas a hurtadillas. Mi vida era un libro abierto y no tenía nada que ocultar. Cuando Rae y yo mantuvimos nuestra relación en secreto para que Rex no se enterara, no me hizo mucha gracia.

—No voy a aceptar un no por respuesta. Nos vemos en el Frog's Tooth en una hora.

—Austen...

—Más te vale aparecer. De lo contrario, me comeré yo sola todas las patatas fritas con ajo. —Clic.

Oí el silencio al otro lado de la línea con la misma sonrisa en los labios. No le devolví la llamada porque estaba decidido a ir.

No era la clase de hombre que deja plantada a una dama.

CUANDO RAE VOLVIÓ CON ZEKE, ME ACOSTÉ CON DISTINTAS MUJERES DURANTE una temporada. Ligaba por toda Seattle y me las llevaba a casa. Algunas eran

magníficas y otras sólo guapas. Pero ninguna de ellas había significado nada para mí.

Ni siquiera podía recordar sus nombres.

No podía añadir a Austen a la lista porque sería una canallada, pero había vuelto a Manhattan y necesitaba seguir con mi vida, tener nuevas relaciones y experiencias para que Rae abandonara mis pensamientos para siempre. No quería obligarme a no pensar en ella, sino que fuera un proceso natural.

Entré al bar a unas manzanas de mi apartamento y encontré a Austen sentada en uno de los taburetes de la barra. Llevaba un vestido morado con tacones. Se había alisado el cabello y lo llevaba peinado sobre un hombro. Incluso desde atrás, podía adivinar sus curvas deliciosas. Tenía figura de guitarra. Sospechaba que mis dedos se rozarían si le rodeaba la cintura con las manos. Tenía la piel preciosa, como si no pasara mucho tiempo al sol, pero me gustaba su apariencia impecable. Me recordaba a una *barbie* sexy.

Me dirigí al taburete junto a ella.

—Espero que no se hayan acabado todas las patatas fritas.

—Lo siento, no he podido esperar. Pero he pedido otra ración.

No sabía si bromeaba o no, pero, en cualquier caso, no importaba.

—Te seguiré el ritmo.

Tenía una cerveza delante, demasiado rubia para mi gusto. Estaba a la mitad, y la marca de su pintalabios manchaba el cristal del vaso. Era de un rojo vivo, y me imaginé de repente una mancha de ese color en la base de mi polla.

—¿Eres fan de los Knicks?

Tardé un momento en comprender la pregunta porque me la estaba imaginando de rodillas en mi dormitorio.

—Hasta la muerte.

—Yo también. Lo que más me gusta del baloncesto es la camaradería. A veces hacen jugadas increíbles que son espontáneas y no se pueden planificar. Y funcionan a la perfección porque todos los jugadores están en sintonía. Es

fascinante ver una conexión así.

Observé el maquillaje oscuro de sus ojos y la forma en que destacaba el color azul de sus iris.

—Es una buena observación. Pero creo que en otros deportes también existe esa camaradería.

—En algunos sí —asintió—, aunque no lo veo tanto en el béisbol. La verdad es que odio ese deporte.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Odias el béisbol? Eso es un crimen contra Estados Unidos.

Estaba a punto de beber su cerveza, pero prefirió reírse.

—Es un deporte muy lento, tardan demasiado en planificar cualquier movimiento, ¿sabes? En el baloncesto, hay que estar expectante cada segundo para no perderte nada. Pero con el béisbol... podrías echarte una siesta de treinta minutos y no te perderías gran cosa.

—Es obvio que nunca has ido a un partido.

—Sí —respondió—, y no hacía más que bostezar.

—Vaya. —Sacudí la cabeza decepcionado—. Justo cuando pensaba que eras la chica ideal. Supongo que todos tenemos nuestro talón de Aquiles.

—La chica ideal, ¿eh? —Sonrió mientras me miraba y me fijé en sus pestañas espesas—. Acabo de comerme una ración de patatas fritas antes de que llegaras. Soy una maleducada y una cerda.

—No es una cita, así que no has sido maleducada. Y si eres una cerda, eres la más sexy que he visto en mi vida.

Soltó una risita y se le iluminaron los ojos.

—Es el cumplido más bonito y extraño que me han hecho. Y tenemos una cita porque te pedí salir y viniste. Así que es una cita, no hay más que hablar.

Su confianza traviesa hacía que me encariñara con ella.

—De acuerdo, es una cita. Pero yo invito.

—No. Estás hablando con una feminista, que lo sepas.

—Y tú estás hablando con un caballero, que lo sepas.

—Ya les he dado mi tarjeta, así que se siente. —Sacó la lengua como una niña, y aunque era un gesto infantil, me resultó encantador.

Negué con la cabeza, decepcionado.

—Creo que tendré que invitarte en otra ocasión.

—Y espero que lo hagas.

La miré a los ojos mientras mi polla cobraba vida. Me encantaba su entusiasmo. Apenas la conocía, pero era como si fuéramos amigos desde hacía mucho tiempo. Estaba viendo un partido con ella en un bar, como si fuera una más del grupo. Costaba creer que fuera prácticamente una extraña para mí.

—Liam me dijo que te graduaste en el MIT.

Entornó los ojos de forma dramática.

—¿Qué más te dijo sobre mí?

—Que eres una empollona.

Agitó la cabeza y susurró en voz baja.

—Le daré una paliza.

Me reí.

—Las empollonas me parecen adorables. —Inmediatamente pensé en Rae, una analista química de la empresa de mi familia. Su inteligencia había sido uno de los atributos que más me había atraído al principio, además de su cuerpo sensual. La aparté de mi mente, haciendo todo lo posible por olvidarla y pasar página.

—¿Sí? —preguntó Austen—. Entonces tengo posibilidades.

—Pero no me pareces una empollona. Más bien una supermodelo.

Se rio como si hubiera hecho un chiste.

—Eres demasiado amable. Pero me gusta.

—Hablo en serio. —Giré en mi taburete y me incliné hacia ella, sintiendo que me latía el corazón con fuerza en el pecho. Olía a rosas de verano recién cortadas del arbusto—. Es lo primero que me vino a la cabeza cuando te vi.

—¿Pensaste que era una supermodelo? —preguntó incrédula.

—No me pareciste para nada una empollona. —Mi rostro estaba a escasos

centímetros del suyo, y quería besarla. Quería sentir su lengua en mi boca mientras jadeaba para mí. Quería meterle mano en la barra y llevarla a mi casa. Necesitaba empapar las sábanas con su olor para poder fingir que seguía allí mucho después de que se hubiera marchado.

Pero, al pensar en Liam, encontré la fuerza de voluntad necesaria para apartarme. No podía tontear con su hermana, y menos acostarme con ella de rebote. Haría enfadar a Liam, y no lo culparía por ello.

Vi la decepción reflejada en su mirada al alejarme, pero lo disimuló enseguida dándole un trago a la cerveza.

—¿A qué te dedicas?

—¿Liam no te lo ha dicho?

—No se lo pregunté.

—Dirigía la empresa de basura y reciclaje de mi familia en Seattle. Mi hermano se ha hecho cargo de ella, así que he regresado. Estudié en la Universidad de Nueva York.

—Oh, genial. Entonces, ¿Nueva York es tu hogar?

Seattle había sido mi hogar durante un breve periodo de tiempo.

—Podría decirse que sí. Ahora vivo de mis inversiones.

—¿Entonces ya no trabajas?

—Eso parece.

—Vaya. Debes haber invertido bien tu dinero para retirarte antes de los treinta.

—Tengo treinta y uno.

—Liam tiene treinta, así que pensé que serías de su quinta. —El camarero dejó otra ración de patatas fritas y Austen no dudó en coger una y metérsela en la boca. Tenía labios carnosos y dientes perfectos. Imaginé que le chupaba el labio y probaba el sabor a ajo con la lengua.

Debía relajarme.

—¿Tienes veintidós?

—Veintitrés.

Era un poco joven para mí, pero no iba a follármela, así que no importaba.

—¿Te gusta trabajar en Nicol?

—Me encanta. Tienen un software tan avanzado que es alucinante. Ofrece infinitas posibilidades y formas de llegar a todo el mundo. Es una empresa humanitaria que emplea sólo a ciudadanos estadounidenses y realiza grandes donaciones a personas necesitadas en el extranjero. Su labor es encomiable, y me siento orgullosa de formar parte de ella.

—Me alegra saberlo. Si te encanta lo que haces, no tendrás que trabajar un solo día de tu vida.

—Exacto. —Se echó otra patata a la boca—. No irás a dejar que me coma todo esto yo sola, ¿verdad?

Cogí una patata y me la comí.

—Por supuesto que no.

Acercó la mano a mi muslo y me dio un fuerte apretón, clavándome las uñas afiladas en la piel.

—Parece que eres un caballero, después de todo. —Retiró la mano y se volvió hacia el televisor como si su gesto no me hubiera afectado.

Miré el televisor e intenté controlarme. No estaba acostumbrado a contenerme y privarme de lo que deseaba. Si quería a una mujer, la tomaba. Pero aquella mujer estaba fuera de mi alcance y era intocable. Me pregunté si la deseaba más por ello, pero sospechaba que no.

La razón por la que la deseaba era más simple. Era increíble.

RYKER

ENTRÉ en la tienda de música de Liam y observé las guitarras eléctricas Fender expuestas, fijándome en una de color crema con cuerdas metálicas. Había tocado algunas veces, pero prefería el sonido de una acústica. Era mucho más fácil ocultar mis defectos cuando la música no se proyectaba a través de un altavoz.

—¡Hola! —Liam se apartó del mostrador, acercándose a mí—. ¿Qué te trae por aquí?

—Me he pasado para ver si querías almorzar conmigo.

—No tengo hambre, pero siempre puedo ir a tomar una cerveza.

—Quien dice una cerveza, dice un almuerzo.

Liam cerró la tienda y nos dirigimos a un restaurante a poca distancia.

—Es mi local favorito —dijo Liam—. Elaboran sus propias patatas, y son la bomba. Parecidas a las de la marca Kettle, pero aún mejores.

—Lo sé —dije con sarcasmo—. Ya hemos estado aquí antes.

—Ah, sí. —Chasqueó los dedos—. Lo siento, no sé cómo he podido olvidarlo.

—Porque eres idiota.

Pedimos la comida y tomamos asiento en uno de los sofás. Liam había dicho que no tenía hambre, pero se llevó la mitad del sándwich a la boca como un Tiranosaurio rex y se lo tragó entero. Tenía el cabello de color rubio

ceniza, mucho más fino que el mío, y constitución atlética. Acababa de afeitarse esa mañana, así que su escueta barba había desaparecido.

—¿Qué tal la tienda?

—Tirando, como siempre.

—¿Con altibajos?

—La Navidad siempre es buena temporada de ventas, pero el resto del año es más o menos igual. Lo que ocurre con los instrumentos musicales es que son tan caros que la gente sólo compra lo que necesita una vez cada varios años. Por eso es difícil lograr ventas. Pero si me compran una batería o una guitarra, es todo un logro.

—Entiendo.

—Prefiero dedicarme a lo que me gusta, en lugar de ganar mucho dinero haciendo algo que detesto.

No me había importado trabajar para COLLECT. Básicamente había consistido en llamadas telefónicas, reuniones de negocios y cobrar la nómina. No había sido muy emocionante que digamos. Lo mejor de la jornada había sido bajar al laboratorio y hablar con Rae.

—Sé lo que quieres decir.

—¿Vas a buscar trabajo o algo así?

Agité la cabeza.

—Lo dudo. Puedo echarle una mano a mi hermano con COLLECT de vez en cuando, pero aparte de eso, no.

—¿Ves? —Dio otro bocado al sándwich, masticando con lentitud—. Somos iguales. No trabajamos duro, sino de forma inteligente.

Asentí.

—Entonces, ¿dejaste atrás a una mujer?

Le había mencionado a Rae algunas veces, pero siempre le había dicho que no era nada serio. No le había comentado que lo había estropeado todo como un imbécil.

—No.

—¿Qué fue de esa chica que me mencionaste?

Me eché una patata a la boca y la noté crujir entre los dientes.

—Joder, qué buenas están. Las comería a todas horas.

—¿A que sí? Si no estuviera buscando a la chica ideal, las comería a diario.

—La chica ideal, ¿eh? —Moví las cejas—. ¿Quieres sentar la cabeza?

Se metió un puñado de patatas fritas en la boca y tardó una eternidad en masticarlas y tragarlas.

—He estado dándole vueltas últimamente... Tengo treinta años. Mi etapa de diversión y desenfreno está llegando a su fin. Cada vez quedan menos chicas que valgan la pena. En unos cinco años pareceré un viejo verde. Así que necesito encontrar un buen partido mientras aún me queden opciones.

Asentí.

—Entiendo tu punto de vista.

—¿Y tú qué? ¿Estás pensando en casarte y toda esa mierda?

—¿Mierda? —le pregunté con una sonrisa.

—Sí. Una esposa. Una valla de madera. Mocosos corriendo. Ya sabes a lo que me refiero.

Por la forma en que describía el compromiso, no parecía que le hiciera mucha ilusión.

—No suena muy bien.

—Es mejor que estar solo, ¿no? Mis amigos casados dicen que pensaban igual que yo. Pero cuando encontraron a la mujer adecuada, no hubo nada que les apeteciera más. Así que tendré fe en sus palabras y empezaré a buscar a la chica adecuada.

Me sentí aliviado al cambiar de tema porque no quería seguir hablando de Rae. Cuando pensaba en el futuro, era la única mujer con la que me imaginaba. Por desgracia, me había dado cuenta de lo que quería demasiado tarde. Había sido un estúpido por esperar seis meses.

—¿Y?

Su pregunta me devolvió a la realidad.

—¿Y qué?

—¿Es el matrimonio una posibilidad para ti?

—¿Desde cuándo te gusta tanto chismorrear? —pregunté con una sonrisa.

Se encogió de hombros y siguió comiendo.

—Es algo en lo que pienso mucho. Creo que todos los hombres se lo plantean en algún momento de sus vidas. Supongo que tu respuesta es no.

Las relaciones me resultaban muy complicadas. Ni siquiera sabía cómo había podido tener algo maravilloso con Rae. Nunca había dejado que me viera tal como era, pese a que debería haberlo hecho. Y, tal como me había temido, le hice daño. No era apto para ser esposo de nadie, ni siquiera novio. Estaba demasiado desquiciado, deprimido y desesperado.

—No estoy hecho para eso.

—¿Jamás? —preguntó incrédulo—. ¿Te convertirás en un cincuentón que le tira los tejos a las jovencitas en los bares?

Sonreí y me señalé el rostro.

—Siempre tendré encanto.

—Vale, ¿y cuando tengas sesenta?

Me encogí de hombros.

—Creo que aún tendré gancho.

—Vale... ¿Y con setenta?

Ese era mi límite.

—Cuando tenga setenta, supongo que volveré a masturbarme. Pero es probable que tenga artritis y me duela demasiado.

Sonrió y cogió algunas patatas más.

—¿Ves? Entonces necesitarás una esposa.

—Seguramente también tendrá artritis.

—Pero lo hará de todas formas porque en eso consiste el matrimonio.

LIAM Y YO CAMINAMOS HACIA LA BOLERA VESTIDOS CON VAQUEROS Y camisetas. Aunque eran más de las ocho, la humedad de la ciudad seguía siendo insoportable. Por lo general, permanecía en casa durante las horas de más calor.

—Espero que mi hermana tenga alguna amiga sexy. De lo contrario, daré media vuelta y me marcharé.

—No lo harás.

—Te apuesto lo que quieras a que sí. Si son feas, me largo.

—Por muy feas que sean, una mamada sigue siendo una mamada.

Liam se encogió de hombros.

—Supongo que tienes razón. Bajaré el listón por esta noche.

—¿Y qué te hace pensar que tu hermana tiene amigas feas? Es muy guapa, por si no te has dado cuenta. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensármelo dos veces. Al menos no había admitido que quería follármela.

A Liam no pareció importarle el cumplido que acababa de hacerle a su hermana.

—Supongo que es verdad. Las amigas suelen estar al mismo nivel.

—No creo que haya problema.

Entramos y nos dirigimos a las pistas. Llegó a mis oídos el sonido de las bolas de boliche al colisionar contra los bolos. Fue como volver atrás en el tiempo, cuando iba a jugar a los bolos con Rae y sus amigos coincidiendo con el momento en que habíamos empezado a tomarnos nuestra relación más en serio.

Intenté apartar aquellos pensamientos de mi mente.

—Allí están. —Liam caminó con las manos en los bolsillos, observando a las chicas que estaban mirando la pantalla y escribiendo sus nombres—. Oh... las dos son monas. ¿Qué probabilidades había de que fuera así?

La rubia iba vestida con vaqueros desgastados con agujeros en las rodillas. Llevaba una camiseta con estampado de cebras y varios brazaletes y

collares dorados. Tenía el pelo rizado, y parecía una modelo de H&M. La otra era de piel aceitunada y cabello negro azabache. Llevaba mallas negras y una camiseta de color rosa que dejaba un hombro al descubierto. Eran muy guapas, pero palidecían en comparación con Austen.

—¿Por qué demonios no me las ha presentado antes mi hermana?

—En su defensa diré que ha estado intentando quedar contigo desde que se mudó a la ciudad.

—No te pongas de su parte tú también, ¿vale? Bastante tengo ya con el resto de mis amigos. —Bajó los escalones y levantó los brazos en el aire—. Ha llegado el alma de la fiesta, chicas. —Se acercó a la de rosa y le tendió la mano—. Liam. Soy músico.

Ella sonrió y se la estrechó.

—Madeline. Yo soy bailarina.

—Oh... —Liam se frotó las manos—. ¿Una bailarina en *topless*? —No pudo ocultar la esperanza en su voz—. ¿De las que bailan en la barra?

No entendía cómo podía ligar Liam. Sus comentarios eran descarados y agobiantes, pero al parecer, las mujeres lo encontraban encantador.

—De *ballet* —dijo con un marcado acento británico.

—Ah... —Liam hizo una mueca al darse cuenta de que había metido la pata—. También es genial...

Ella soltó una risita y se volvió hacia mí.

—Madeline. ¿Y tú?

—Ryker. —Le estreché la mano sin preguntarle si era *stripper*. Me resultó bastante fácil—. Encantado.

La rubia se acercó a continuación, y sus brazaletes tintinearón al moverse.

—Yo soy Jenn. ¿Cuál de los dos es el hermano de Austen?

—Yo. —Liam levantó la mano como si fuera un alumno en clase—. Crecer con una mujer me ha enseñado mucho sobre vuestro sexo... vuestras necesidades y sentimientos. Soy bastante sensible.

Logré ocultar mi exasperación y me acerqué a Austen. Liam estaba

ocupado haciendo el idiota con las chicas, así que sabía que no oiría nuestra conversación. Llevaba vaqueros y una camiseta ceñida que resaltaba las preciosas curvas de su cuerpo.

—Hola, Stone Cold.

Se apartó de la pantalla y frunció el ceño como si no tuviera la menor idea de lo que decía.

—¿Cómo?

—Ya sabes, Steve Austin. El luchador.

Soltó una carcajada cuando pilló la broma.

—Stone Cold Steve Austin... Me han llamado por muchos nombres, pero nunca así.

—Pareces bastante agresiva, así que te pega.

—Agresiva, ¿eh? —En lugar de introducir su nombre en la máquina, escribió Steven Austin.

Sonreí de oreja a oreja.

—Me alegra que te lo hayas tomado tan bien.

—A veces todo encaja. —Escribió los nombres del resto—. ¿Y qué nombre debo ponerte a ti?

—Ryker me vale.

—¿Qué tal...? —Tecleó Hawt.

Levanté una ceja.

—No lo entiendo.

—Pronúncialo.

Dije la palabra en voz alta y me di cuenta de que era un juego de palabras con *hot*, caliente.

—Ah... vale. Es muy halagador.

—Sobre todo después de esto... —Escribió el nombre de su hermano—. Culo de pollo.

—Hmm... No le veo el parecido con un pollo.

—Pero huele igual. —Tecleó un sexto nombre. Jared.

Otro chico jugaría con nosotros y me pregunté enseguida si estaría saliendo con él. Sentí una punzada momentánea de celos, pero al darme cuenta de lo equivocado que estaba, aparté esos pensamientos.

—¿Quién es el sexto?

—Mi mejor amigo. Está en el baño. —Presionó el botón de inicio y la pista se desbloqueó.

Un tipo apuesto y tan alto como yo bajó las escaleras. Llevaba vaqueros y camiseta, y era obvio que hacía ejercicio a diario. Tenía una sonrisa agradable, barba incipiente y hombros que rivalizaban con los míos.

«Por favor, que sea gay».

—Liam, ¿verdad? —Le estrechó la mano—. Soy Jared. Parece que nos enfrentamos a un grupo de chicas.

—Espero que se te den bien los bolos, porque a mí no —dijo Liam—, pero no me importa ir a un club de *striptease*, así que no pasa nada.

—Es un club donde se desnudan tíos —explicó Jared.

Liam hizo una mueca al instante.

—Ah... entonces más nos vale ganar.

Jared se acercó a mí y me estrechó la mano.

—Soy Jared.

—Ryker. —Le solté la mano enseguida, pues me sentía amenazado por ese tipo, aunque ni siquiera lo conocía. No parecía homosexual, por lo que me desagradó de forma automática. Austen se había referido a él como su mejor amigo, pero ¿decía la verdad? Era hetero. ¿Cómo podía ser?—. Encantado de conocerte.

—Igualmente. ¿Se te dan bien los bolos?

—Sí —respondí—. Confío en mi habilidad para derrotarlas.

Él se rio.

—Las chicas son bastante buenas. Tendremos que darlo todo.

AUSTEN ERA INCREÍBLE.

Para ser tan menuda, tenía buenos brazos. Cuando no hacía plenos, lograba semiplenos. Tenía la puntuación más alta de todos nosotros, y el resto de las chicas también tenía buenos resultados.

—Nos están machacando —dijo Liam—, pero ¿sabéis qué? No me importa. Eso las hace mucho más atractivas.

—Madeline es delgada, pero bastante fuerte —dijo Jared—. Es bailarina, por lo que tiene unos abdominales increíbles. —Miró a Madeline sentada en la otra mesa, sin apartar los ojos de su rostro.

No sabía con certeza si le gustaba o no Austen, pero parecía sentir algo por Madeline.

Y me sentí aliviado.

Al final de la partida, perdimos por cincuenta puntos.

Fue bochornoso.

—¡Sí, joder! —Austen bailó con sus zapatos para jugar a los bolos, lanzando los brazos al aire y moviendo las caderas. Las chicas la imitaron, disfrutando del momento—. Les hemos dado una paliza, chicas. Ha llegado el momento de ir al club de *striptease*.

Liam se inclinó hacia mí y susurró en voz baja.

—¿En serio tenemos que hacerlo?

—Sí —dijo Jared—. Obligué a Austen a aceptar la apuesta. Pero si os digo la verdad, creo que le gustó la idea más de lo debido.

Sonreí al imaginar a Austen metiendo billetes de un dólar en tangas de mujer y tuve una erección.

—Nunca he estado en un club de *striptease* masculino. Supongo que siempre hay una primera vez para todo.

CAMBIÉ EL DINERO QUE TENÍA POR BILLETES DE UN DÓLAR EN EL BAR Y REGRESÉ

a donde todos estaban sentados. Arrojé el fajo de billetes a la mesa al sentarme mientras un *stripper* actuaba en el pequeño escenario frente a nosotros.

Madeline levantó los brazos en el aire y soltó un grito.

—Vamos, nene, muévelo.

—Ojalá pudiera bailar así —dijo Austen—. Menea las caderas mejor que yo.

Me la imaginé llevando tan sólo un tanga y bailando para mí. Yo estaba sentado en el sofá de la sala de estar con todas las luces apagadas mientras me hacía un espectáculo privado. Era una persona sexual por naturaleza, pero Austen me llevaba al límite. Estimulaba mi imaginación, haciéndome fantasear al no poder poseerla en la vida real.

—Muy bien, chicos. —Jennifer frotó el pulgar y el índice—. Que rulen los billetes.

Liam se quedó mirando al bailarín y se pasó las manos por la cara.

—No quiero tocarlo...

—Hicimos una apuesta —le recordé—. Tenemos que cumplir lo acordado.

—Pero tiene la piel sudorosa y brillante. —Se agarró la barbilla mientras observaba al hombre fornido que bailaba al son de música tecno en la plataforma cercana—. Y lleva un tanga muy pequeño. Ryker, no me obligues a hacerlo.

—No está obligándote a nada. —Austen dio un sorbo a su bebida y se recostó en el sillón rojo—. Somos nosotras las que lo hacemos. Sabes que si hubiéramos perdido estaríamos en un club de *striptease* de mujeres ahora mismo.

Jared suspiró.

—Tienen razón. Acabemos con esto.

No me repugnaba la situación tanto como había pensado. Austen siempre me hacía sonreír, así que la situación me resultaba cómica. Además, estaba tan seguro de mi masculinidad que podía tocar a un tipo desnudo y seguir

pensando en follarme a Austen sin problema.

—No te pasará nada, Liam.

Se acercó a mí y habló por encima de la música.

—Las cosas que tiene que hacer uno para echar un polvo, ¿eh?

Me levanté del sofá y caminé hacia el tipo que bailaba junto a nuestra mesa. Le metí 100 billetes en el escueto trozo de tela que cubría sus vergüenzas.

El *stripper* se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Gracias, guapo.

Estaba un poco asqueado, pero le seguí la corriente y levanté el pulgar en su dirección antes de volver a la mesa.

—No puedes hacer eso —dijo Austen—. Le has dado todo el dinero.

Me encogí de hombros.

—Se lo ha ganado. Dijiste hace un momento que movía muy bien las caderas.

Austen agitó la cabeza, pero la expresión de enfado en sus ojos era forzada. Había un atisbo de diversión en ellos.

Los otros dos les metieron el dinero en el tanga a los demás bailarines. Liam se puso a dos metros del bailarín que le había tocado y estiró la mano mientras se alejaba lo más posible en la otra dirección. Tenía una expresión de disgusto en el rostro y parecía estar a punto de vomitar.

Madeline se rio.

—Tu hermano es todo un personaje.

—Es un bicho raro —dijo Austen—, aunque como hermano es maravilloso.

—Parece que Jared se lo ha tomado bien. —Jenn removió su bebida y observó a su amigo recorrer las plataformas repartiendo billetes como si fueran caramelos.

En lugar de observarlos, me volví hacia Austen. Bajo el brillo de las luces se veía hipnótica. Era sexy aunque llevara vaqueros y una camiseta. Me la

imaginé en mi cama, rodeándome la cintura con las piernas. Mis pensamientos se habían desbocado y me imaginé sus tetas agitándose con cada embestida y la forma de su boca mientras gemía. Mi mente se vio desbordada por pensamientos explícitos y tenía una erección tan fuerte que rayaba en lo incómodo.

Austen me devolvió la mirada, sujetando con la mano la pajita de su bebida.

—¿Qué?

Llevaba casi un minuto sin parpadear. Estaba absorto en mis fantasías, imaginando las dulces sensaciones que sentiríamos al fundir nuestros cuerpos. Aparté enseguida la vista.

—Estaba mirando al bailarín detrás de ti.

—Espero que no —dijo Austen—. Porque tenías una mirada muy intensa. Sonreí, pero evité mirarla a la cara.

—¿Qué puedo decir? Soy un hombre muy intenso.

Liam y Jared siguieron repartiendo el dinero entre los bailarines de la pista. Cuando acabaron, volvieron a sus asientos, claramente aliviados de que todo hubiera terminado.

—Voy al baño a lavarme las manos —dijo Liam—. No quiero tocarme por accidente más tarde si lo último que han rozado mis manos es a un tío.

—Yo también —dijo Jared—. Me huelen las manos a dinero.

—Tengo que mear, así que me apunto. —Jenn dejó su copa en la mesa.

Madeline la siguió.

—Vigila que no nos echen nada en la bebida.

—Claro. —Austen levantó el pulgar.

Se levantaron de la mesa, dejándonos solos.

Cruzó las piernas y me observó, imitando la intensa mirada que le había dirigido yo hacía un momento. Los asientos a su lado habían quedado libres, así que me senté más cerca de ella. La música estaba muy alta, y la única forma de escucharnos era gritar.

En cuanto estuve a su lado, sentí el mismo calor que la última vez.

Se volvió a mirarme con sus labios rojos y su sombra de ojos oscura. Se había rizado el pelo e imaginé qué aspecto tendría extendido en mi almohada mientras yacía bajo mi cuerpo con las piernas enredadas en mi cintura.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, te estaba follando con la mirada hace un minuto.

Un intenso calor se extendió por mi columna, desde el cuello hasta la cintura. Cuando las mujeres se lanzaban, no siempre me resultaba excitante. A veces parecía producto de la desesperación. Pero en el caso de Austen, su confianza era tremendamente sexy. No le importaban las repercusiones de sus palabras ni el rechazo. Era inmune a ello.

—Qué irónico. Yo estaba haciendo lo mismo.

—¿Nos estábamos follando con la mirada hace un momento? ¿Delante de todo el mundo? Qué obsceno. —Se acercó hacia mí como si estuviéramos compartiendo un secreto. Su perfume me invadió las fosas nasales, prevaleciendo sobre el hedor a alcohol barato y a sudor de los *strippers*.

—O puede que no lo bastante. —Me acarició la mano sobre el brazo del sillón, rozándome los nudillos con su suave piel. Se acercaba a mí con plena confianza, comportándose como una reina que merecía cuanto deseaba su corazón.

Dios santo.

Entrelazó nuestros dedos y siguió follándome con sus preciosos ojos azules.

—Yo digo que nos vayamos a mi casa. Estoy harta de tanto mirar y no tocar.

Se me iba a romper la cremallera de lo dura que tenía la polla. Quería besar el valle entre sus pechos y saborear su cuerpo. Quería verter una botella de whisky sobre su piel y lamerla. Quería follarla por todos los sitios por los que me dejara.

Mi cuerpo reaccionó por sí mismo y, agarrándola del cabello la atraje

hacia mí. La besé con demasiada pasión para estar en un lugar público. Tenía la boca en llamas, pero me encantaba aquella sensación ardiente.

Me devolvió el beso y su lengua bailó con la mía. Sentir su cálido aliento en mi piel me hizo revivir. Aún le agarraba la mano y se la apreté con más fuerza mientras la besaba. Le chupé el labio inferior, dándole un leve mordisco.

Supe que le había gustado cuando me lo devolvió.

Aunque estaba atrapado en aquel instante, sabía que los demás volverían a la mesa en cualquier momento. Y si Liam me veía enrollándome con su hermana, no le haría ninguna gracia. Había perdido el control, pero debía recuperarlo. Rompí el beso y me aparté, sintiendo los labios entumecidos. Deseaba tanto volver a besarla...

Me agarró de la camisa y me atrajo hacia sí, con su boca peligrosamente cerca de la mía.

—Cojamos un taxi.

Le tomé la mano e hice que me soltara la camisa, aunque me encantaba la forma en que me había agarrado. Sabía que sería increíble en la cama, salvaje y atrevida. Me odiaba a mí mismo por ser amigo de Liam. Era el mayor aguafiestas que existía sobre la faz de la tierra.

—Austen, nunca sucederá.

Entornó tanto los ojos que se asemejaron a dos rayas.

—¿Me follas con la mirada, me metes mano y ahora me dejas con las ganas? Pensaba que los hombres de verdad no dejaban las cosas a medias.

—Me has seducido y lo sabes.

—Sí, ¿y qué? Cuando quiero algo, lo cojo. Se ve que en tu caso es diferente.

—Dejemos los insultos, ¿vale? —Miré hacia atrás para asegurarme de que no había nadie cerca—. Siempre tomo lo que deseo. Pero Liam es mi amigo y existen reglas no escritas.

—Las reglas están hechas para romperlas.

¿Podía ser más perfecta?

—Te he pedido salir una vez, he movido ficha. Si no va a suceder, pasaré página. ¿Qué decides?

Observé sus labios moverse y deseé besarla otra vez. Quería dejarla sin aliento para siempre.

—Ya me acosté en el pasado con la hermana de un amigo y no terminó bien. Perdí la amistad con él y la relación no funcionó. He aprendido la lección.

Ladeó la cabeza mientras me miraba.

—No hay dos situaciones iguales y lo sabes. Si no quieres ir por ese camino, lo respeto. Pero no creas que volveré a estar disponible. No soy de las que espera a que un hombre cambie de opinión. —Como si lo dijera literalmente, se levantó de la silla y se alejó, desapareciendo entre las sombras del club.

RYKER

ERAN las diez de la mañana cuando mi teléfono sonó en la mesita de noche.

Eché un vistazo a la pantalla y vi el nombre de Rae.

Lo silenció.

Tenía cinco mensajes de voz suyos que se habían acumulado en las últimas semanas. No había escuchado ninguno, pues sabía exactamente lo que dirían. Estaría preocupada por mí y se sentiría dolida porque no había tenido la decencia de contestar a sus llamadas después de todo lo que había pasado.

Ni siquiera era capaz de enviarle un mensaje de texto.

No sabía qué me pasaba.

Me levanté de la cama y comencé mi rutina. Fui al gimnasio, preparé un batido de proteínas, me duché y me senté en la sala de estar de mi casa a ver la televisión. La noche anterior había vuelto solo a casa y había usado la mano para exorcizar toda la frustración sexual que sentía en mi interior. Austen fue el objeto de mis fantasías, e imaginé sus labios suaves en mi boca y en torno a mi polla.

Maldita sea, ¡estaba tan buena!

Pero no podría poseerla. Ya me había pasado de la raya al besarla. Ni siquiera sabía cómo me las había arreglado para no irme a casa con ella la noche anterior. Quizás era mejor tipo de lo que yo mismo pensaba.

John me llamó más tarde para que quedáramos esa noche. Invité a venir a

Liam porque eran amigos. Tal vez podríamos ligar con algunas chicas y así olvidarme de Rae y Austen.

Si Austen no fuera la hermana de Liam, sería la distracción perfecta para mí. Pensaría en Rae cada vez menos a medida que pasara el tiempo. Abandonarse al buen sexo con una mujer hermosa era la mejor medicina. Lo había hecho cuando Rae y yo rompimos, y me había servido durante un tiempo, hasta que todo se derrumbó a mi alrededor.

Fuimos a Strobe, un elegante bar en la Quinta Avenida. Sólo por entrar cobraban cien pavos. Liam estaba sin blanca porque su tienda de instrumentos musicales no daba beneficios, así que le pagué la entrada.

Todas las mujeres llevaban vestidos ceñidos y tacones, e iban con el cabello arreglado y bien maquilladas. Tenían un aspecto increíble, pero había poca luz, y trataba por todos los medios de no pensar en Austen.

Nos quedamos en la barra y pedimos unas copas.

John brindó conmigo.

—Siento lo de tu padre, tío.

—Gracias. —Di un trago al whisky, ansioso por que su ardor llenara de fuego mi garganta—. Ya ha pasado casi un año.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Liam.

—Al principio estaba destrozada. —Siempre que la miraba estaba sollozando—. Pero con el paso de los meses, su pena se ha ido mitigando. Ya está mejor, pero nunca volverá a ser la misma.

—Terminará superándolo —afirmó Liam.

—¿Sigue allí tu hermano? —preguntó John.

—Sí, se quedó a cargo de COLLECT —expliqué.

—¿No te gustaba estar allí o qué? —preguntó John—. No duraste mucho. Sé que al principio no querías ir, pero pensé que aguantarías más tiempo.

Sí, odiaba aquel trabajo, pero necesitaba sobre todo un nuevo comienzo.

—No era santo de mi devoción. Mi hermano me dijo que quería asociarse conmigo, así que decidí dejarle el negocio a él.

—Fue un buen gesto por tu parte. —John se bebió la mitad de su copa de un solo trago.

Había sido beneficioso para ambos. El dinero no significaba nada para mí, pues tenía de sobra.

—¿Qué te cuentas? ¿Sigues saliendo con Leslie?

—No. —Agitó la cabeza, pero no parecía triste por ello—. No funcionó.

—Qué lástima —dije—. Era mona.

—Y demasiado celosa —añadió—. Siempre estaba mirándome el móvil y se ponía hecha una fiera si saludaba con dos besos a otra. Era demasiado.

Jamás me había considerado una persona celosa hasta que empecé a salir con Rae. No me gustaba que Zeke estuviera cerca de ella. Nunca había sentido celos antes de ella, y tampoco después.

—Debió ser agobiante.

—Yo nunca he sido celoso —dijo Liam—. Cuando estoy con una mujer, sé que no se irá con otro. Soy demasiado sexy.

John y yo intercambiamos miradas y entorné los ojos.

John hizo lo mismo.

—Tíos, Madeline está buenísima. —Liam apoyó los codos en la barra a mi lado—. Parece un ángel con esos labios, ese cabello y ese cuerpo. Daría lo que fuera por verla bailar.

—Siempre puedes comprar una entrada para ir al ballet —le recordé—. Aunque parecerías un acosador.

—Sí, sería un poco siniestro —Liam estaba de acuerdo conmigo.

—¿Por qué no le pediste salir? —pregunté—. ¿No fue esa la razón por la que fuimos a jugar a los bolos?

—Eso lleva su tiempo —explicó Liam—. Hay que hacerse el indiferente.

Yo jamás había actuado así. Y al parecer, Austen tampoco.

Comenzamos a hablar de deportes, y la charla se prolongó bastante. Era un tema genial porque me distraía y no tenía que pensar en nada más. No me pregunté qué estaría haciendo Rae en Seattle en ese momento ni si había

cometido un error al no acostarme con Austen cuando tuve ocasión.

—MIRAD A ESA CHICA. —JOHN ACERCÓ LOS LABIOS A LA COPA Y SEÑALÓ UNA mesa al otro lado del local.

Me di la vuelta y miré en la dirección que indicaba. Era una mujer morena con un vestido negro con la espalda al aire. Estaba de pie frente a una mesa con una copa medio vacía delante de ella. Reconocí el cabello brillante y su cuerpo perfecto. Aquellas piernas ya habían protagonizado innumerables fantasías.

Era Austen.

Un tipo con vaqueros y camiseta negra se acercó a la mesa. Era alto y guapo, con rasgos duros que me recordaban a una vieja estrella de cine. Al igual que su amigo Jared, era un tipo atractivo.

Ella se rio de algo que dijo, y él se acercó a ella, lo bastante cerca como para sugerir que estaban juntos.

Sentí una explosión de celos de la nada. Estallé en llamas ardientes y lava como un volcán en erupción. Apreté los dientes decepcionado y conté los centímetros que había entre ellos. Austen había sido fiel a su palabra.

Ya se había buscado a otro.

—Mierda, está con alguien —dijo John con un suspiro—. Las mejores siempre están pilladas.

Liam volvió del baño y tomó su whisky de la barra.

—¿De qué habláis?

—De esa tía tan buena de allí —dijo John señalándola con un gesto de la cabeza.

—No es su tipo. —Logré encajar la mandíbula lo bastante para decir aquellas palabras.

—Todas las mujeres son mi tipo —replicó Liam—. Sean altas o bajas, no

me importa.

—Pues es tu hermana, así que creo que vas a cambiar de opinión.

—Señalé la mesa donde estaban hablando.

Liam entornó los ojos hasta reconocer su rostro y su cabello castaño. Entonces sacó la lengua disgustado.

—Hay siete millones de personas en esta ciudad y me tengo que cruzar con ella. Hoy no es mi día de suerte. Vayamos a otra parte.

No quería irme de allí. Si la cita iba bien, las cosas subirían de tono y pasarían la noche juntos. No debería importarme, pero no soportaba la idea. Quería llevármela yo a mi casa en vez de que otro disfrutara de ella.

—Yo me quedo. Le he echado el ojo a una chica y voy a ir a por ella.

—¿Seguro que no quieres que te esperemos? —preguntó John.

—No, os veo luego. —Levanté la copa—. O mejor aún, espero que no.

Liam y John se rieron antes de salir del local y continuar su aventura.

Di media vuelta y observé discretamente a la pareja, viendo cómo Austen sonreía sin esfuerzo. Yo era heterosexual, pero sabía cuándo un hombre resultaba atractivo. Con sólo desplegar un poco de encanto, se la llevaría de calle.

Aquello me molestó aún más.

Cuando terminaron sus copas, él se dirigió a la barra para pedir otra ronda.

Sin pensarlo dos veces, caminé hacia la mesa. Me acerqué a ella desde un lateral, por lo que no me vio enseguida. Probablemente era lo último en lo que pensaba en ese momento, la última persona que esperaba encontrarse esa noche.

Al percatarse de mi presencia, miró en mi dirección. Tuvo que mirarme dos veces para confirmar que sus ojos no la engañaban. Alzó la ceja durante un instante.

—¿Te has perdido de camino al club de *striptease*?

Admiré lo rápido que había recuperado la compostura. Aunque la había

pillado por sorpresa, soltó un comentario ingenioso para romper el hielo. Tenía una confianza arrolladora en sí misma. Ni un terremoto podría con ella.

—Sólo si vamos a volver a meternos mano.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa, resaltando sus bellas facciones.

—El mundo es un pañuelo, ¿verdad? ¿Has venido con alguien?

—Con Liam y mi amigo John. Acaban de marcharse.

Eché un vistazo en dirección a su pareja, que estaba en la barra intentando pedir las copas.

—Yo estoy en medio de una cita.

Ya me había dado cuenta.

—No pierdes el tiempo, ¿eh?

Tenía la misma sonrisa y un brillo en sus ojos.

—Te dije que no soy de las que esperan a nadie. Jason y yo trabajamos juntos. Me invitó a salir esta tarde y, como me parece muy mono, no he visto motivos para negarme.

—¿Te parece inteligente salir con un compañero de trabajo?

Entornó los ojos como si la hubiera insultado.

—¿Te parece inteligente no salir con alguien sólo porque es la hermana de tu amigo?

Sonreí al ver que me había acorralado.

—*Touché.*

Eché otro vistazo en dirección a la barra antes de volverse hacia mí.

—Que pases una buena noche. Espero que volvamos a vernos.

No quería marcharme y dejar que pasara algo entre ellos. Pero sabotear su cita a propósito era una canallada. Había tenido mi oportunidad y la había perdido, como siempre.

—¿Quieres venir a mi casa a ver el partido mañana por la noche?

Sus suaves rizos de color castaño caían sobre sus hombros. Llevaba pendientes de diamantes y un collar a juego. Parecía una mujer elegante, pero

su propio resplandor eclipsaba las piezas de joyería que llevaba. Tenía la piel perfecta, tan clara como la de una muñeca de porcelana. Sus ojos brillaban llenos de inteligencia y ferocidad. Todo en ella era cautivador, en especial las palabras que salían de su boca.

—Corrígeme si me equivoco, pero me ha parecido que acabas de pedirme salir.

—Te he pedido que vengas a mi casa a beber cerveza y a acostarte conmigo. —Estaba entrando en terreno peligroso, pero no podía evitarlo. Había tenido entre mis brazos a aquella mujer enérgica, más dura que el acero. Debería haber seguido besándola la otra noche y habérmela llevado a casa en lugar de esperar. O mejor aún, debería haber salido del bar con los chicos en lugar de acercarme a su mesa. Estaba librando una batalla interna y no sabía qué hacer. No quería hacer enfadar a Liam, pero deseaba follármela.

Sacudió la cabeza con desilusión.

—Voy a ser clara contigo, Ryker. Me pareces uno de los tíos más atractivos que he visto en mi vida.

Sonreí.

—Me gusta lo que oigo.

—Quise echarte un polvo en cuanto te vi. Pareces un hombre que sabe lo que hace en la cama.

—Y ahora, aún más.

—Pero puse las cartas sobre la mesa. Te dije lo que quería. Moví ficha.

—Se acercó a mí y bajó la voz—. Y me dijiste que no estabas interesado.

—Yo no dije eso.

—Me rechazaste. Y la única razón por la que estás aquí ahora mismo es porque has visto que otro hombre me desea. Y no me gusta jugársela a nadie. No soy la clase de mujer que deja plantado a un buen tipo para irse con otro. Tuviste tu oportunidad y no la aprovechaste.

Quería discutir con ella, pero me había puesto en mi lugar. Me dijo lo que merecía escuchar. Pero eso me hacía desearla aún más. Me sentía atraído por

su fuego, su actitud sin tonterías. Quería una mujer tan fuerte y segura que pudiera rechazarme sin pensárselo dos veces.

—La única razón por la que te rechacé fue tu hermano, y ambos lo sabemos. Créeme, sigo tan interesado en ti como cuando te vi por primera vez.

—Es una excusa muy mala, Ryker. ¿A quién le importa quién sea mi hermano? Soy adulta y él también. Con quien folle no es asunto suyo. Pero si no eres lo bastante maduro para entenderlo, no iba a funcionar jamás de todas formas.

No había tiempo para explicarle lo que había pasado con Rae. Me había dado exactamente igual cuando empezamos a salir. No me había importado que Rex fuera su hermano. No había visto por qué debía importarme, pero había influido enormemente. Debía recordar que no todos los hermanos eran iguales, que Austen y Liam no tenían una relación tan estrecha.

Vio que su acompañante regresaba, así que se volvió hacia mí con una expresión fría en el rostro.

—Hasta luego, Ryker. Buenas noches.

Mi instinto me decía que luchara por ella, pero quedaría muy mal a sus ojos. Aunque odiaba al tipo con el que había salido esa noche, no había hecho nada malo. Yo mismo me había puesto en esa situación.

—Sí... Igualmente.

RYKER

RAE DEJÓ OTRO MENSAJE.

No lo escuché.

Había pasado un mes desde que había abandonado Seattle, y aún no tenía agallas para hablar con ella. Iba a pensar que me había marchado por ella, y no le iba a faltar razón. Seguramente se sentía muy culpable y sólo quería saber si estaba bien.

Pero seguía siendo un canalla.

No iba a evitarla para siempre. Las cosas no habían funcionado entre nosotros, pero eso no significaba que la odiara. No quería descartar la posibilidad de una amistad futura, pero en ese momento, el aguijón de su rechazo seguía doliendo demasiado.

La última persona que me esperaba me envió un mensaje.

Devuélvele la llamada. Está preocupada por ti.

Era mi viejo amigo, el hombre que se había llevado a Rae. Pasaría el resto de su vida con ella porque no era tan estúpido como yo. Rae había sido mía, pero la rechacé.

Abrí una cerveza y me bebí la mitad antes de reunir el valor suficiente para llamarla. Miré su nombre en la pantalla durante largo tiempo, hasta pulsar al fin el botón de llamada. Me acerqué el teléfono al oído y descolgó antes de que sonara un tono.

—¿Ryker? —Escuché en su voz toda la preocupación y desesperación que sentía. Suspiró aliviada, aunque no me había oído decir una palabra. Agradecía que le hubiera devuelto la llamada.

«Sí que soy un cabrón».

—Hola. —Tragué el nudo que tenía en la garganta, sintiendo todo el dolor de la noche en que me había dejado para siempre. Le había dicho que volviera con Zeke. Después de lo que había hecho, no creía que la mereciera más que yo, pero sabía que estaba tan locamente enamorada de él que jamás podría competir contra eso. Siempre sería la segunda opción—. Siento no haberte llamado antes. —No inventé la excusa de que había estado muy ocupado. Ambos sabíamos cuál era el verdadero problema.

—No te preocupes. Me alegro de estar hablando contigo ahora. —Por su respiración al otro lado del teléfono parecía que estuviera andando. Seguramente estaba en casa de Zeke y Safari la observaba desde su cama—. Cuando fui a trabajar y me dijeron que habías dejado la empresa... me sorprendió.

No tendría que haberlo descubierto de esa forma.

—Mi hermano quería hacerse cargo, así que me retiré. —Al igual que había hecho en nuestra relación—. No me quedaba nada en Seattle y he vuelto a Manhattan. No llegué a vender mi apartamento, así que aquí estoy.

—Sí, me imaginé que habrías vuelto allí.

Di un trago a la cerveza y presioné el vaso frío contra mi sien. El silencio llenó el espacio entre nosotros, incómodo y pesado. Conocía muy bien a aquella mujer, pero nuestra relación se había enfriado. Sentía que había perdido una parte de mí mismo cuando se marchó con otro.

—¿Cómo están los demás? —No pregunté específicamente por Zeke. La verdad es que no quería saberlo.

—Bien. Jessie está embarazada.

—Me alegro por ella. ¿Es Tobias el afortunado?

—Sí.

—Felicítala de mi parte.

—Lo haré.

—¿Cómo está Rex? —Seguramente contento de que me hubiera marchado y Zeke hubiera vuelto con su hermana.

—Está igual, hecho un imbécil.

Una carcajada incontrolable escapó de mis labios.

—Hay cosas que no cambian, ¿eh?

—No. ¿Y tú? ¿Qué tal por allí?

No me sentía como en casa, al menos de momento.

—Igual que antes de marcharme. Estoy saliendo mucho con amigos por la ciudad.

—¡Oh, oh! —dijo—. Espero que el Departamento de Policía de Nueva York esté a la altura.

Me reí.

—Me estoy comportando.

—¿Trabajas?

—No. Creo que voy a jubilarme para siempre.

—Suena bien —susurró—. A veces pienso que podría hacerlo, pero luego me doy cuenta de lo mucho que me aburriría. Siempre tengo que estar haciendo algo.

—No me pareces el tipo de persona que se quedaría en casa.

—No. Safari me sacaría de quicio si lo hiciera.

Volví a reírme.

—Pero se alegraría.

Su respiración cambió, y supuse que se habría sentado.

—Y... ¿hay alguna mujer en tu vida?

Era una pregunta incómoda, pero sabía que surgiría más tarde o más temprano. No debería ser un tema tabú. Ella estaba con Zeke, y yo debía seguir con mi vida. Éramos amigos.

—La verdad es que no. He conocido a una mujer estupenda, pero no creo

que la relación vaya a ninguna parte.

—¿Por qué no?

—Es la hermana pequeña de mi amigo.

Se rio como si hubiera contado un chiste.

—¿Y eso cuándo te ha supuesto un problema?

Mis labios esbozaron una sonrisa involuntaria.

—No quiero que la historia se repita. Ya hubo suficiente melodrama esa vez.

—Pero estoy segura de que tu amigo no es un bicho raro como Rex. Nosotros somos diferentes a otras familias. Somos peculiares y lo sabes.

Su relación me había molestado de vez en cuando, pero lo cierto es que era tan estrecha que, a veces, sentía celos. Nunca había tenido esa cercanía con mi padre o con mi hermano. Hablaba con mi madre, pero tampoco teníamos una conexión muy fuerte. No había un vínculo.

—Bastante peculiares.

—Que eso no te frene. Si te gusta, ve a por ella.

—He esperado demasiado para mover ficha. Me ha dicho que ya la he rechazado varias veces y ahora está buscando otros candidatos.

—Mierda —dijo Rae—. Se hace la dura.

—Sí... pero creo que me gusta por eso.

—Acabará cayendo. Tienes cuerpo para convencerla.

Sonreí al oír el cumplido.

—Espero que sea suficiente para ella.

Se rio.

—Si es hetero, será más que suficiente, créeme.

Me relajé al ver que la tensión había desaparecido. Hablábamos como amigos, igual que antes.

—¿Ryker?

—¿Hmm?

—No espero que seamos íntimos amigos. Pero... ¿podemos mantener el

contacto?

Agarré la cerveza vacía y me imaginé su rostro mientras hablaba. Podía verla de pie frente a mí, moviendo sus hermosos labios a medida que brotaban palabras de consuelo.

—Sí, estaría bien. —Sabía que aún me amaba. Una parte de ella siempre lo haría. Pero temía quedarme estancado, enamorado de la mujer a la que no podría tener.

—Genial. Ya hablamos...

—De acuerdo. Saluda a la pandilla de mi parte.

—Lo haré. Y más te vale no volver a evitar mis llamadas, ¿vale?

Mi sonrisa desapareció, presa de la culpa.

—De acuerdo.

—TOMA ESO, CAPULLO. —LIAM PULSÓ LOS BOTONES DEL MANDO Y EMBISTIÓ mi coche con el suyo. Mi vehículo derrapó y se estrelló contra el poste que había en el lateral de la carretera—. Mientras arreglas los neumáticos, yo cruzaré la línea de meta.

Volví a poner mi coche en la carretera y aceleré. Fui adelantando a los demás vehículos más rápido de lo esperado. En el último momento, lo pasé de largo y crucé la línea de meta en primera posición.

—¿Quién es el capullo ahora? —Le di una colleja.

—¡Ay! —Se pasó los dedos por el cabello, masajeando la zona donde acababa de pegarle—. No dañes la mercancía, ¿vale? Algún día valdrá mucho dinero.

—¿Porque los científicos querrán estudiarte para encontrar la auténtica definición de estupidez?

Me devolvió la colleja.

—Ya tienen la respuesta contigo.

Apagué el juego y encendí la televisión.

—Tienes suerte de que no vaya a matarte. Hoy me siento particularmente generoso.

—Pues tienes suerte de que sea pacifista.

—Querrás decir cobarde.

—Ni de coña. —Iba a continuar la frase, pero sonó su teléfono—. Hola, mamá. ¿Qué pasa?

Oí su voz al otro lado de la línea.

—Hola, cariño. Vamos a hacer una barbacoa y quería saber si vas a pasarte. Están aquí tu hermana y su amiga Madeline.

—¿Madeline? —preguntó emocionado—. Pues claro que iré.

Le di en el brazo y me señalé el pecho.

—¿Qué? —pronunció la palabra sin emitir ningún sonido, sin saber lo que le estaba pidiendo.

—Pregúntale si puedo ir —susurré. No quería meterme en una reunión familiar, pero si Austen estaba allí, no iba a dejar pasar la oportunidad.

—Ah. —Volvió al teléfono—. ¿Puede venirse mi amigo Ryker? Habíamos quedado hoy.

—Pues claro —dijo encantada—. Hay mucha comida, así que venid con hambre.

—Lo haremos. Hasta ahora, mamá.

—Adiós, cariño.

Colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Me sorprende que quieras venir.

—Piénsalo. Podría distraer a Austen para que estés a solas con Madeline.

—Era la excusa perfecta para ocultar mis verdaderas intenciones con su hermana.

Se lo tragó. Chasqueó los dedos y me señaló.

—Qué buen plan.

—Soy muy inteligente, lo sé.

—Vámonos y compramos unas cervezas de camino.

—Buena idea.

AUSTEN

—¿QUÉ tal te fue con Jason? —Madeline estaba sentada frente a mí en la mesa de picnic. Dio un sorbo a un vaso de agua con una rodaja de limón. Ser bailarina era duro. Apenas comía para mantenerse delgada, pero debía ejecutar acrobacias demenciales sin tomar carbohidratos.

Yo jamás podría hacerlo.

—Bien. Salimos a tomar unas copas y me llevó a casa.

—¿Ocurrió algo allí?

Mis padres estaban dentro de la casa preparando las hamburguesas y los condimentos. Estábamos lo bastante lejos para poder hablar sobre mis intimidades sexuales.

—Me dio un beso de buenas noches, pero nada más.

Apoyó la barbilla en la mano.

—¿No sentiste nada?

Me parecía que estaba bueno, pero mi atracción hacia Jason se había esfumado al aparecer Ryker. Era el hombre más sexy que había visto nunca y pensar en él me hacía olvidarme por completo de Jason. No le había invitado a pasar porque había deseado que fuera Ryker el que me hubiera llevado a casa. Había algo en él que me hacía apretar los muslos. Mi vibrador se había quedado sin pilas la noche anterior de lo mucho que lo usaba desde que lo conocía.

No le conté nada de eso a Madeline.

Teníamos una relación estrecha, pero no tanto.

—Supongo que no. —Di un sorbo a mi Corona, disfrutando de la sombra que me proporcionaba el árbol. Estaba acostumbrada a los veranos húmedos de la costa este. Mi momento favorito era cuando el sol estaba a punto de desaparecer y empezaba a refrescar.

—¿Ryker está descartado entonces? —Cogió la rodaja de limón del vaso y la exprimió en el agua, arrojándola dentro después, donde se quedó flotando sobre el hielo.

—Sí. Moví ficha y me rechazó, así que no hay más que hablar. —Ya me habían rechazado antes. ¿A qué mujer no? Pero no disminuía mi confianza ni me impedía pedirle salir a otro tío si veía alguno que me llamaba la atención. Pero si no estaba dispuesto desde el principio, pasaba página. No era la clase de mujer que persigue a los hombres. Me respetaba demasiado a mí misma para hacer algo así.

—¿Es que es un bicho raro?

—Dijo que era por Liam, porque son amigos y eso. —Entorné los ojos—. Pero cuando me vio con Jason la otra noche, me tiró los tejos.

—Entonces, ¿está interesado en ti?

—No creo —expliqué—. Me parece que ese dios de infarto está acostumbrado a que las mujeres se obsesionen con él y esperen su llamada. Y darse cuenta de que a mí no me iban esas estupideces le hizo cuestionarse lo sexy que es en realidad. Creo que eso fue lo que lo llevó a actuar.

—Es posible —dijo—. O puede que esté celoso.

—A saber. —Cogí una patata y la sumergí en la salsa de cebolla dulce—. En cualquier caso, me da igual. El mar está lleno de peces, ¿no?

—Eh... No te creas. —Sus pendientes dorados pendían de sus orejas y reflejaban la luz del sol con el más mínimo movimiento—. Ryker está buenísimo. Si dijera que sale en la revista *GQ* este mes, me lo creería sin pestañear.

—Sí... está como un tren.

—Si no te lo hubieras pedido primero, habría ido a por él.

—Todo tuyo.

Miró el cuenco de patatas fritas, pero no cogió ninguna.

—Tu hermano me parece bastante mono.

—¿En serio? —No pude evitar una expresión de disgusto. Quería a mi hermano porque era el mejor tipo que conocía y tenía un corazón de oro, pero jamás olvidaría la experiencia de compartir baño con él. Había recuerdos que eran imposibles de olvidar por mucho que lo intentara.

—Es muy mono, sí —asintió riendo—. Pero, ¿te resulta raro?

Sería una hipócrita si dijera que no.

—Con que no le metas la lengua hasta la garganta en mi presencia me conformo.

—Como ya lo he hecho antes —dijo con sarcasmo.

—Es un decir... —Sumergí otra patata en la salsa y me la eché a la boca. No había nada mejor que patatas y salsa en un caluroso día de verano.

Mi padre salió al patio con las hamburguesas envueltas en papel de aluminio. Encendió la parrilla mientras sujetaba una cerveza con la otra mano, negándose a soltarla ni por un segundo. Sonó la voz de mi madre a través de la puerta mosquitera.

—Liam debe haber llegado —dije—. Es tu oportunidad para que ocurra algo entre vosotros.

—A ver qué pasa —replicó—. No sé qué clase de...

Cogí otra patata y mojé más de la mitad en la salsa antes de echármela a la boca.

—¿Hmm? —Estaba tan distraída con la comida que no sabía por qué había dejado de hablar tan abruptamente.

No dejaba de mirar la puerta.

—Ha venido Ryker.

Oculté mi expresión para que nadie notara mi sorpresa. Una súbita

emoción me sacudió, seguida por el rubor en mis mejillas y la rigidez de mis muslos. Pero al tomar aire, aquellas emociones se desvanecieron. Puede que fuera lo más sexy que había visto en mi vida, pero no dejaba de ser un tío. No iba a dejar que me pusiera nerviosa.

Liam llegó a la mesa primero, con los ojos fijos en Madeline como si yo no existiera.

—Qué de tiempo.

—Hola. —Madeline mantuvo tan bien la compostura que no parecía sentirse atraída por mi hermano—. Habéis llegado justo a tiempo. Aún quedan patatas.

—Menos mal. —Liam se sentó a su lado—. Me alegro de que Austen no se las haya comido todas. Suele hacerlo.

Ignoré la pulla porque Ryker se sentó enseguida a mi lado sin dejar apenas espacio entre nosotros. Los fuertes músculos de sus brazos rozaban mi suave piel, haciéndome pensar en las innumerables fantasías que tenía con él. Me encantaban los brazos cincelados a la perfección.

Y Ryker los tenía así.

—Hola, Stone Cold. —Su tono galante me acarició como las yemas de sus dedos sobre mi piel.

Me resistía a llamarlo por el apodo que le había puesto.

—Hola. ¿Quieres patatas con salsa?

—No, gracias. Esperaré a que estén listas las hamburguesas.

Liam se puso a charlar con Madeline, preguntándole cómo había ido la función de danza la noche anterior mientras ella disimulaba su atracción.

Tuve que hacer frente a Ryker sola. El aroma a jabón y pino me envolvió como la última vez que había estado tan cerca de él. Cuando me besó, se me curvaron los dedos de los pies en los zapatos hasta que me dolieron, y me temblaron los labios como si una corriente eléctrica los atravesara. Todo en él rezumaba sexo, buen sexo. Al rechazarme dos veces, no había socavado mi confianza, pero me había decepcionado.

—¿Cómo fue tu cita? —Apoyó los codos en la mesa de madera, aproximándose más a mí. Parecía no importarle que Liam se diera cuenta, porque no hacía más que acercarse.

—Bien. —No iba a darle más detalles.

—¿Vas a volver a salir con él?

—Quizás. —No, no iba a hacerlo. No me gustaba lo bastante para arriesgarme a que nuestra relación laboral se volviera incómoda, pero no quería mostrarle todas mis cartas a Ryker. Ya lo había hecho antes y había perdido aquel privilegio.

—¿Lo besaste?

Me eché una patata a la boca y la mastiqué con parsimonia, alargando la pausa todo lo posible.

Tenía los ojos oscuros e intensos fijos en mi rostro.

—No soy de las que se besan con alguien y lo cuentan.

Ryker adivinó la respuesta a su pregunta por mis palabras.

—Nada comparado con el que nos dimos nosotros, ¿eh?

Su comentario arrogante hirió mi susceptibilidad, pero no disminuyó un ápice la atracción que sentía por él.

—Vente a mi casa después de cenar.

—No hace falta.

Entornó los ojos, pero mi respuesta pareció excitarlo aún más.

—Podemos jugar al gato y al ratón todo lo que quieras, pero ya sabes lo que pasa al final.

—¿El gato se pilla la pata en una trampa para ratones?

Sonrió con los labios, pero no con los ojos.

—El gato consigue lo que quiere. —Sus ojos verdes y ardientes me taladraban como si pudiera ver a través de mí. Sus amplios hombros parecían perfectos para agarrarse a ellos, y esos labios suaves para besarlos. Quería aquel cuerpo sobre el mío, cubierto de sudor mientras me penetraba con su impresionante miembro. Hacía tiempo que no echaba un buen polvo y me

estaba volviendo loca.

DESPUÉS DE LA CENA, NOS DESPEDIMOS DE MIS PADRES Y SALIMOS A LA CALLE. Solía ir andando a casa en lugar de tomar un taxi porque prefería hacer ejercicio. En el trabajo, me pasaba todo el día sentada tras un escritorio y no podía estirar las piernas muy a menudo.

Liam y Madeline compartieron un taxi porque ambos vivían en la misma dirección.

Me quedé a solas con él.

—¿Puedo acompañarte a casa? —Caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos. La camiseta que llevaba se ajustaba a su cuerpo escultural, mostrando su torso y hombros potentes. Tenía las piernas largas, y asumí que tendría muslos musculosos como a mí me gustaban.

—Me las apaño sola. —No me daba miedo caminar de noche por la ciudad. Llevaba spray de pimienta y tenía mis puños para enfrentarme a quien se me pusiera por delante. Si un tío intentaba robarme, acabaría en el suelo con la polla rota.

—¿Y si me acompañas tú a casa? —Se acercó más a mí, rozándome con el brazo—. Agradecería la compañía.

Sonreí al ver su salida astuta.

—Tienes pinta de poder apañártelas.

Me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo hacia sí. Su fuerte torso parecía hecho de cemento. Acercó su rostro al mío, rozando su barba incipiente contra mi piel.

—No quiero correrme esta noche si no es en tus tetas. —Me acercó a un edificio junto al que pasábamos, apoyando mi espalda contra la pared. Ni siquiera me di cuenta porque estaba absorta en su intensa mirada y en su boca sensual.

Apretó su cuerpo contra el mío y me agarró del pelo, como si fuera de su propiedad y pudiera hacer conmigo lo que deseara. Enredó su pierna con la mía y me besó con fuerza en la boca, dejándome sin aliento.

El contorno de su polla era visible a través de sus vaqueros, y lo apretó contra mi clítoris, provocándome la fricción más exquisita que jamás había sentido. Me dio un suave mordisco en el labio antes de ir a más.

Sabía que trataba de besarme con pasión.

Y estaba funcionando.

Estaba funcionando muy bien.

Se frotó contra mí mientras seguía besándome, haciéndome sentir la mujer más sexy del mundo. Se le daba fenomenal, y jamás olvidaría sus besos mientras viviera. Hacía que el que había compartido con Jason pareciera un beso fraternal. Carecía de la pasión que compartíamos ahora.

Me metió la lengua y gimió conmigo, disfrutando de cada caricia al igual que yo. Presionaba su duro miembro contra mí, haciendo que me abandonase a las sensaciones. Me tenía al borde del éxtasis, pero no me llevó al límite, torturándonos a los dos.

Ya no me importaba contradecirme ni que me hubiera rechazado antes. Sabía que Ryker me garantizaba una noche de sexo increíble que me dejaría boquiabierta y me haría estremecer.

—Vamos a tu casa. —Lo agarré, atrayéndolo hacia mí y grabando en mi mente la sensación de su miembro contra mi cuerpo. Podía contar los centímetros y medir la circunferencia por la presión que ejercía sobre mi clítoris. Quería esa polla en todas partes, en mi boca y entre mis piernas.

Siguió presionando la boca contra la mía.

—¿Podrás esperar tanto, cariño?

Si me follaba contra aquella pared, lo más probable es que no lo detuviera.

—No. Así que démonos prisa.

CUANDO LLEGAMOS, UNIMOS NUESTROS LABIOS UNA VEZ MÁS. ABRIÓ LA PUERTA de una patada y me levantó en el aire hasta que uní mis piernas en torno a su cintura. Lo agarré con fuerza del cabello mientras nos besábamos por el pasillo hasta llegar a su habitación.

No vi ni un solo mueble en su apartamento. Aunque todo estuviera hecho de oro macizo, seguiría dándome igual. Lo único que me importaba era su cama, y que me follara.

Me tendió a los pies de la cama y me quitó las sandalias antes de bajarme los vaqueros.

Me quité las bragas porque no íbamos lo bastante rápido. No hacían falta preliminares porque nos habíamos estado follando con la mirada desde el día en que nos conocimos. Estaba húmeda y lista. No tendría problemas para meterme la polla por muy grande que fuera.

No me molesté en quitarme la parte superior porque sólo quería que estuviera dentro de mí. Quería sentir cada centímetro de su miembro. Deseaba aquella sensación exquisita que tanto añoraba.

—Quítate la ropa, maldita sea.

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras se quitaba la camiseta. Como había imaginado, era todo músculo y hombría. Tenía pectorales perfectamente definidos, un estómago cincelado, una uve notable entre las caderas y los brazos más sexys del mundo.

—Joder. —Me lamí los labios automáticamente, presa del deseo.

—Aún no has visto nada, cariño. —Se desabrochó los pantalones, bajándoselos hasta los tobillos. Se puso de pie sólo con sus bóxers, y la polla se perfilaba a través de la tela. Agarró el elástico de la ropa interior, tirando lentamente de él de forma tentadora.

Me apoyé en los codos y esperé al gran final.

Se los quitó, dejando a la vista su polla enorme. Eran veintidós

centímetros de fantasía femenina, larga y dura como una roca. Tenía la punta más oscura que el resto, hinchada por la sangre. Se había formado una gota en la punta y quise lamerla.

—Dios.

Su sonrisa desapareció y me observó con creciente intensidad. Tenía una mirada tan oscura que parecía amenazante. Sacó un condón del bolsillo de sus vaqueros y se lo puso lentamente, dejando bastante espacio en la punta para eyacular.

Presionó el pulgar contra mi clítoris y me frotó agresivamente, haciendo que mis piernas sufrieran espasmos al tocarme.

Solté un gemido involuntario, tan excitada que no hacía falta que me tocara.

Deslizó dos de sus dedos en mi interior húmedo y resbaladizo.

—Joder... tienes el coñito listo para mí.

—Sí... fóllame. —No había estado tan excitada en mi vida. Había disfrutado de buen sexo con hombres increíbles, pero no había comparación. Quería correrme ya y ni siquiera habíamos empezado.

Me agarró de las caderas y me arrastró hasta que estuve al borde de la cama en la posición perfecta. Me colgaba un poco el trasero, y me agarró por la parte posterior de las rodillas, manteniéndome los muslos separados.

Como si su polla tuviera voluntad propia, encontró mi abertura y me penetró despacio, abriéndose camino a través del estrecho canal. Me miró a los ojos y emitió un gemido.

—Joder, tienes un coño increíble. —Siguió metiéndomela hasta que estuvo en mi interior en toda su envergadura.

Lo agarré de los brazos y gemí de puro placer. Me estiraba con su miembro de forma dolorosa pero exquisita. Estuvo a pocos centímetros de rozar el cuello del útero. Nunca había dado demasiada importancia al tamaño, pero ahora que estaba con un hombre con una polla enorme, me di cuenta de que importaba.

Importaba y mucho.

—Mierda, me voy a correr ya.

La sacó lentamente y volvió a penetrarme.

—Voy a hacer que te corras muchas veces esta noche, cariño. Así que relájate.

Le clavé las uñas en los brazos.

—Dios... eres mi héroe.

Movió las caderas y me folló salvajemente, penetrándome con fuerza y agitando todo mi cuerpo. Mis tetas se agitaban con cada embestida y tenía los pezones duros y erectos.

Me agarré las tetas y jugué con ellas, retorciéndome los pezones para que disfrutara al verme. Me convertía en una salvaje, una pervertida sexual insaciable. No dudaba ni un segundo de mis acciones. Me dejaba llevar por él, por el momento, y no pensaba en nada más.

—Quiero que cuentes conmigo. —Se echó hacia delante en la cama, penetrándome todo lo posible y frotando la pelvis contra mi clítoris.

Como había esperado, las llamas brotaron de mi vientre y se extendieron por todo mi cuerpo. Mi coño se tensó y un grito brotó de mi garganta. Me consumía un fuego volcánico, presa de infinitas sensaciones, todas a la vez. Me corrí con más fuerza que en toda mi vida mientras su enorme polla seguía palpitando en mi interior.

—Dios... sí.

Habló con más autoridad que un general.

—Cuenta.

Sentí que el orgasmo se disipaba lentamente, aunque mi cuerpo seguía sensible.

—Uno...

ERAN EN TORNO A LAS CINCO DE LA MAÑANA CUANDO SE SITUÓ DETRÁS DE MÍ Y me agarró del cabello como si fueran las riendas de un caballo. Me tiró de la cabeza hacia atrás y me penetró, sintiendo la misma humedad que unas horas antes.

—Oh... —Sentí su polla embestirme, golpeando mi punto G casi al instante.

Me agarró de una de las caderas y me embistió como si mi coño fuera de su propiedad. Movié las caderas con fuerza, rozando mi piel mientras follábamos como animales. Gruñó mientras me embestía con el cuerpo cubierto de sudor.

Estaba en la gloria.

Ryker era un dios hecho para satisfacer a las mujeres, y me sentía muy agradecida de ser una de ellas.

Me tiró con más fuerza de la cabeza hacia atrás mientras me penetraba con su polla enorme.

—Tienes el coño tan estrecho, joder.

—Es que tienes la polla muy grande.

Me soltó el pelo y me agarró del cuello, apretándome un poco a medida que aceleraba el ritmo.

Sentí la explosión entre mis piernas y me corrí en su polla, abandonándome al placer. La sensación era tan exquisita que no era capaz de apreciarla en toda su inmensidad. Era tan profundo que mi mente no podía entender lo que estaba experimentando. Lo agarré de la muñeca mientras su mano permanecía aferrada a mi cuello, gritando su nombre una y otra vez.

Ryker presionó sus labios contra mi oído, y noté su aliento cálido.

—Sí, joder. —Eyaculó en mi interior con un gemido, llenando el condón mientras se corría. Me apretó el cuello hasta que apenas pude respirar, pero lo permití, pues sabía que pasaría.

Cuando terminé, mis brazos temblaban a causa de la adrenalina que aún recorría mi cuerpo. Su mano se aflojó en mi garganta, y tomé aire al fin.

—Cuenta. —Mantuvo su polla en mi interior, esperando escuchar el número que quería oírme decir en voz alta.

—Cinco...

Se retiró y entró al baño para tirar el condón usado a la basura.

Me desplomé sobre sus sábanas, más satisfecha de lo que había estado en toda mi vida. Ningún hombre me había complacido tanto. Mi vibrador no podía competir con esa experiencia. Ni siquiera sabía con certeza si debía usarlo de nuevo ahora que había estado con Ryker.

Quería quedarme dormida en su lujosa cama, pero ya eran casi las seis y debía arreglarme para ir a trabajar. Había perdido una noche de sueño, pero valió la pena. Volvería a hacerlo sin pensar.

Me vestí con la ropa que llevaba al llegar y me puse las bragas pese a que seguían húmedas de la noche anterior. En lugar de ir a pie a mi apartamento, pillaría un taxi para evitar que me vieran volver con la misma ropa a casa.

Cogí el bolso cuando Ryker salió del baño. Se puso los pantalones al ver que me había vestido.

—¿Te vas?

—Sí. Por desgracia tengo que ir a trabajar.

—Maldita sea. Pensé que podríamos echar otro.

Estaba muy satisfecha, pero apreté los muslos en respuesta. Aquel hombre me reducía a un puñado de hormonas.

—Quizás en otra ocasión.

Me acompañó a la puerta, con un aspecto delicioso sin camisa. Estaba despeinado y tenía una expresión soñolienta en los ojos. Me preguntaba cuál sería su aspecto a primera hora de la mañana, pero no tuve que pensarlo mucho. Probablemente estaría guapísimo, como siempre.

—Ha sido una noche fantástica. —Le eché los brazos al cuello, besándolo despacio—. Sabes complacer a una mujer.

Me rodeó la cintura con las manos y sonrió contra mis labios.

—Y ni siquiera te he llevado a cenar.

—¿Quién quiere cenar cuando puedes saltar directamente al postre? —Le di un beso en la mejilla antes de cruzar la puerta abierta—. Nos vemos. Me dan ganas de dejarte propina o algo.

Se apoyó en el marco de la puerta y rio.

—Ya me has dejado bastante propina, cariño.

Antes de sonrojarme y volvérmelo a follar, me alejé.

—Adiós.

Su voz profunda me siguió por el pasillo.

—Adiós, Stone Cold.

SOLTÉ MI BOLSO EN LA MESA ANTES DE SENTARME.

—Dejad el tema que tengáis entre manos. Tengo noticias... grandes noticias.

—¿Te han subido el sueldo? —preguntó Jared.

—¿Ya? —añadió Jenn—. No. ¿Has arreglado el triturador de basura de tu apartamento?

—No. —Entorné los ojos—. Es algo más importante.

—¿Movié ficha Ryker anoche? —preguntó Madeline.

—Bingo. —Señalé a Madeline—. Y yo piqué el anzuelo. —Les conté toda la historia, dándoles algunos detalles de nuestro encuentro sexual. No me sentía incómoda hablándoles de mi vida personal, pues a ellos se lo contaba todo.

—Vaya. —Madeline agitó la cabeza, incrédula—. Parece demasiado bueno para ser verdad.

—Lo sé —dije—. Es perfecto.

—¿Vas a romper la regla? —preguntó Jenn.

Nunca rompía la regla, bajo ningún motivo. No importaba lo guapo, encantador o agradable que pareciera. Había hecho aquel juramento años

antes, y lo cumplía a rajatabla. Pero tras estar con Ryker, se tambaleaban los cimientos de mi determinación.

—Me lo estoy pensando...

—Oh, mierda —dijo Jenn—. Entonces debe ser increíble en la cama.

—Ni te lo imaginas. —Le hice señas al barman y pedí una cerveza—. Hacerlo varias veces más no le haría daño a nadie, ¿no? Y estoy segura de que él estaría dispuesto.

—Sí —dijo Jared sin vacilar—. De eso no debes preocuparte.

—¿Y qué pasa con Liam? —preguntó Madeline—. Son amigos.

Me encogí de hombros.

—Me da igual. Ni siquiera tiene por qué enterarse, a menos que Ryker sea idiota.

—Podría serlo —dijo Jenn—. Los tíos tan guapos suelen ser estúpidos.

—Es cierto —dijo Madeline—. Liam está muy bueno, pero a veces parece un cabeza hueca.

Ignoré el comentario asqueroso, pero no el insulto.

—Sí, no es lo que se dice un lumbreras.

RYKER

FUE uno de los mejores polvos que había echado en mi vida.

Y ya era decir porque me había follado a Rae durante meses.

Austen no se avergonzaba de su sexualidad ni de sus deseos carnales. Jugaba con sus tetas mientras la follaba. Incluso se tocó un poco el ano cuando la follé por detrás. Era salvaje e indomable, como a mí me gustaban las mujeres.

Quería follármela otra vez.

No pensé en las repercusiones de mis acciones hasta unos días después. Esperaba que no asumiera que teníamos una relación. No parecía de las pegajosas, pero las mujeres eran impredecibles a veces. No quería comprometerme porque jamás tendría otra relación. Me dedicaría a echar polvos sin compromiso de ahora en adelante.

No se puso en contacto conmigo en varios días, por lo que no parecía que buscara nada más. A menos que esperara que yo la llamara. Pero no era esa clase de mujer, así que, si quisiera hablar conmigo, ya lo habría hecho.

Fui a almorzar con Liam a Mega Shake y nos pedimos una hamburguesa. Había estado también en el de Seattle y ambos establecimientos eran exactamente iguales. Tomamos asiento en uno de los sofás.

—¿Pasó algo con Madeline?

—No. La llevé a casa la otra noche y eso fue todo.

Lo miré incrédulo.

—¿Qué demonios haces? Si esperas demasiado, te quedarás como amigo para siempre.

—Sé lo que me hago, ¿vale? Follo tanto como tú.

Me costaba creerlo.

—Si no mueves ficha ya, lo hará otro. No lo olvides. —Austen había salido con otro al no ver respuesta por mi parte. Parecía que no se había acostado con él, pero no había forma de saberlo.

—Las mujeres son como el vino. Hay que dejarlas madurar un poco.

Di un bocado a la hamburguesa y lo bajé con un trago de refresco.

—¿Te molestó mi hermana?

No comprendía su pregunta, así que me quedé observándolo. No había sido nada molesta las cinco veces que me la había follado. Y era bastante interesante incluso cuando no estábamos follando.

—¿Cómo?

—Cuando la distrajiste en casa de mis padres.

—Oh... Para nada. En realidad fue genial.

—Sí, puede ser divertida. Solíamos pelearnos mucho cuando éramos pequeños, pero ahora es fantástica. Me meto con ella de vez en cuando para que no se confíe. No hay nada peor a que tu hermana sepa que la quieres.

Solté una carcajada.

—¿Por eso evitabas sus llamadas? ¿Para tenerla en ascuas?

Se encogió de hombros.

—Supongo.

Me reí porque era ridículo.

—Tiene un gran sentido del humor y es muy inteligente. Es una de las chicas más interesantes que he conocido. —Cogí un puñado de patatas fritas y me las eché a la boca.

Liam me observó con expresión cada vez más severa.

—¿Qué?

—¿Te gusta mi hermana?

¿Acababa de meterme en la boca del lobo?

—¿Sólo porque me parezca interesante me tiene que gustar?

—A todos los amigos que he tenido les gustaba mi hermana. Estoy acostumbrado.

¿Significaba eso que no le importaba?

—Bueno, no soy gay. Es evidente que la encuentro mona.

—¿Significa eso que vas a intentarlo con ella? —No parecía enfadado y me resultó muy extraño. Rex había querido matarme sólo por mirar a Rae.

—No me veo saliendo con ella, si es eso lo que preguntas. Pero me siento atraído por ella. —Jamás le contaría a Liam que me había enrollado con ella. Era una conversación incómoda que no deseaba tener.

—Bien —dijo con evidente alivio. Dio un gran bocado a la hamburguesa y un trago al batido—. Entonces no hace falta que te advierta sobre ella.

—¿Advertirme sobre ella? —No entendía a qué se refería. ¿Me estaba advirtiendo de que me mantuviera alejado de ella? ¿O era ella quien debía mantenerse alejada de mí? En el caso de Rex, su opinión había estado bien clara, pero no sucedía lo mismo con Liam, probablemente porque sus padres aún vivían—. ¿Qué significa eso?

—No importa. Si no te gusta, da igual. —Volvió a dar un sorbo al batido. Se tapó la boca al no poder evitar un eructo.

Cuanta menos importancia le daba, más me interesaba.

—Liam, ¿qué quieres decir? ¿Es que tiene algún problema?

—No, no lo tiene —añadió enseguida—. Aunque tiene fama de ser una rompecorazones.

¿Rompecorazones?

—Nunca la he visto con el mismo chico dos veces, y les ha dicho a mis padres que nunca se va a casar ni va a tener hijos. No sé muy bien cuál es su filosofía porque nunca he hablado del tema con ella, pero no le interesan las relaciones. Va a lo suyo.

Al recordar nuestros encuentros, la descripción que hacía de ella tenía sentido. Me había tirado los tejos y al ver que no accedía, siguió su camino. Era una criatura sensual a la que le encantaba el sexo pero no los sentimientos.

Parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Así que, si buscas una relación, mantente lejos de ella. —Volvió a dar un sorbo al batido antes de dar otro bocado a la comida. Cuando comía, siempre se manchaba la cara.

Solía avisarle cuando ocurría eso, pero esa vez no me molesté. Sólo podía pensar en Austen y en que me había tocado la lotería. Éramos exactamente iguales, nos gustaba el sexo sin compromiso.

No podía ser más perfecto.

LA LLAMÉ AL LLEGAR A CASA.

—Hola, Stone Cold.

—Hola, guapo. —Había un tono coqueto en su voz, el mismo que había usado al salir de mi apartamento unos días antes—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero llevarte a cenar... y a por postre.

—Directo al grano —dijo riendo—. Me gusta.

Y a mí me gustaba mucho ella.

—Pero no va a poder ser. Gracias por la oferta.

Su frío rechazo me descolocó por completo. Me había excitado al hablar con ella, pero era como si no hubiéramos echado un polvo increíble unos días antes.

—¿Mañana por la noche?

—Tengo planes.

—¿Y pasado mañana? —Volvía a ir tras ella aunque llevaba semanas haciéndolo.

—Digamos que estaré ocupada durante un futuro indefinido, Ryker. Pero

me halagas. Nos vemos, ¿vale?

—Oye, espera...

Clic.

¿Me había colgado?

Volví a llamarla y sonó dos veces antes de que contestara.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Por qué me ignoras? —No pude evitar la ira en mi voz porque era incontrolable. Nunca había visto una reacción como aquella después de acostarme con una mujer. Sabía que era increíble en la cama, así que ese no era el problema.

—No te estoy ignorando —respondió con calma—. Es que no me interesa salir contigo, Ryker. Es obvio que me pareces muy atractivo y el sexo entre nosotros es genial, pero se acabó. No soy partidaria de hacerlo más de una vez con la misma persona. No es lo mío.

¿Era así como yo había hablado a incontables mujeres antes de que apareciera Rae? Dios, era un capullo.

—Yo tampoco quiero salir contigo, Austen. Pero te aseguro que quiero volver a follarte. Y sé que tú quieres follarme a mí. Así que hablemos de ello. —Hería mi orgullo al rechazarme, pero eso sólo hacía que la deseara aún más. El sexo con ella era demasiado bueno para rendirme sin luchar. ¿Por qué iba a salir a buscar a otra cuando podía echar un polvo increíble y sin ataduras con Austen?

—Hablar de follar, ¿eh? Te he dicho que nunca repito con la misma persona.

Maldita sea, Liam no mentía. Era dura de roer.

—Me dio la impresión de que éramos amigos. ¿No puedes cenar con un amigo?

Suspiró al teléfono al comprender que no me iba a rendir tan fácilmente.

—Sí, claro. ¿Quieres que quedemos en el Frog's Tooth?

No era el mejor sitio para una cita, pero sospechaba que lo había elegido a

propósito.

—Te veo a las siete.

ENTRÓ CON UNOS SHORTS VAQUEROS Y UNA CAMISETA AZUL. ERA UN ATUENDO simple, pero tenía un cuerpo tan sexy que toda la ropa le sentaba bien y parecía exclusiva. Llevaba el pelo recogido en una elegante coleta y sandalias.

Además de estar muy atractiva, siempre se la veía adorable.

Me encontró sentado en un sofá y se acercó moviendo las caderas mientras caminaba. Tomó asiento a mi lado y no perdió el tiempo, pues llamó a una camarera y pidió un té helado Long Island.

Al contemplarla, no podía dejar de pensar en lo sexy que estaba bajo mi cuerpo. Mi polla aún recordaba la sensación de su coño aunque llevara condón. Cada beso y cada caricia eran explosivos. Aquella mujer dominaba las artes amatorias tanto como yo.

—Me gusta tu pelo. —Me encantaría agarrarla de la coleta y meterle la polla hasta la garganta.

Debió leerme la mente porque sonrió y dijo:

—Seguro que sí. —Dio un buen trago a su bebida sin torcer el gesto por el alcohol—. Aquí estoy, dispara. —Se apoyó en el respaldo del sofá y me observó fijamente como un ejecutivo en la sala de juntas. Poseía una energía natural que hacía que me desesperara aún más por follarla otra vez.

—¿Por qué no repites con la misma persona?

—No me gusta —dijo enseguida—. Cuanto más tiempo pasas con una persona, más conexión hay y el sexo pierde sentido. Cuando eso ocurre, se va a la mierda.

Yo había pensado igual que ella hasta enamorarme de Rae. Entonces el sexo se volvió explosivo.

—No estoy de acuerdo contigo, pero entiendo lo que dices.

—No es nada personal, Ryker. El polvo contigo fue el mejor que he echado, pero no quiero seguir por ese camino.

—¿Qué camino?

—Que empecemos a enrollarnos y surjan sentimientos... No es lo que busco.

—Qué coincidencia —dije con una sonrisa—. Yo tampoco. Parece que pensamos igual.

—Es posible. —Volvió a dar un sorbo a su bebida.

Siempre era honesta, así que pensé que sería la mejor táctica para conseguir lo que quería.

—Eres una de las mejores amantes que he tenido, y lo cierto es que quiero seguir acostándome contigo. Podría salir a buscar a otra mujer, pero seguiría pensando en ti. ¿Y si llegamos a un acuerdo?

—¿Como qué? —preguntó—. ¿Llamarnos para follar?

—Exacto. Sólo sexo, sin compromiso.

—Hmm... —Se cruzó de brazos, apoyándose en el respaldo del asiento—. No sé.

¿No sabía? ¿Después de hacer que se corriera cinco veces en una noche no estaba segura? ¿Estaba jugando conmigo? ¿Haciéndose la dura?

—¿Por qué dudas?

—La gente dice a menudo eso de «sin compromiso». Pero luego siempre se complica todo. No creo que dos personas puedan acostarse una y otra vez y no sentir nada. No querría ponerte en esa situación y hacerte daño.

Sonreí porque su preocupación me resultaba muy divertida.

—Me pareces increíble, Austen. Pero no voy a enamorarme de ti. Puedes contar con ello.

—Pareces muy confiado. —Ladeó la cabeza y me miró fijamente.

—¿Estás segura de que no te enamorarás tú de mí?

—Por supuesto. —Habló sin dudar, como si ya supiera la respuesta antes incluso de que le hiciera la pregunta.

—Si ambos pensamos igual, no debería haber ningún problema. —Me bebí la cerveza mientras la observaba, deseando poder tener esa conversación con la polla hundida en su interior.

Dio varios sorbos a su té helado Long Island mientras sopesaba la oferta. Se lamió los labios y los juntó mientras miraba el mundo más allá de la ventana.

—No digo que acepte, pero si lo hiciera, ¿cuáles serían las reglas?

—Las que tú quisieras. —Me daba exactamente igual ese punto.

—Entonces, nada de exclusividad.

Sentí una punzada de celos cuya procedencia desconocía. Aunque le pidiera que viniera a mi casa, podría estar con otro hombre esa noche. No me gustaba nada la idea, aunque no sabía por qué.

—Me parece bien. Pero puede que quieras pensártelo.

—¿Por qué?

—Si nos acostamos con otras personas, tendremos que seguir usando protección. Prefiero follar sin condón. La monogamia tiene sus ventajas.

Me sostuvo la mirada, apretando los labios.

—No me va la monogamia.

Era como hablar conmigo mismo, pero con vagina. Su necesidad de libertad y falta de compromiso reflejaban mi propia filosofía. Era una mujer independiente que no necesitaba a un hombre para nada. Tenía un trabajo y una formación increíbles, y una cabeza muy bien amueblada sobre los hombros. Era preciosa y se negaba a conformarse con menos de lo que merecía. ¿Cómo podía un hombre ganarse a una mujer que no necesitaba a nadie más que a sí misma?

Joder.

Rae también era independiente... pero no hasta esos extremos.

—Pues no habrá exclusividad. —Sería increíble hasta con condón. Estaba seguro de que haría unas mamadas increíbles, así que sería suficiente para mí—. ¿Algo más?

—Que guardemos el secreto. No quiero que se lo cuentes a mi hermano.

—Hecho. —No pensaba hacerlo de todas formas.

—Si quedamos, debemos fingir que no hay nada entre nosotros. Si estoy con otro chico, no puedes levantar sospechas.

—Hecho. —No sabía cómo lo llevaría, pero podía poner buena cara si no quedaba más remedio—. Yo también tengo una condición.

—Te escucho.

—Quiero que seamos amigos.

Alzó una ceja como si fuera una petición perversa.

—Me pareces una chica estupenda y me gusta pasar tiempo contigo. Quiero que seamos amigos. Quiero una relación en la que podamos estar relajados y ser honestos el uno con el otro. Podemos cenar de vez en cuando, y no es negociable.

Permaneció en silencio, por lo que no sabía cómo se lo había tomado. Volvió a mirar por la ventana mientras lo pensaba.

—Supongo que no habrá problema. Mientras sepamos desde el principio lo que hay, todo irá bien.

Asentí.

—Nada de quedarse a dormir.

Era una lástima porque me gustaba el sexo matinal.

—¿Por qué?

—No tengo por qué darte una razón. Nunca me quedo a dormir. —Sacaba las garras cuando se la cuestionaba.

Si alguien me hiciera esa pregunta, probablemente daría esa misma respuesta. Nunca había tenido preferencias especiales con respecto a las mujeres que me atraían. No prefería unas cualidades a otras, pero me ponía mucho su personalidad dura y sin tonterías.

—Vale.

—¿Algo más? —preguntó—. ¿Te va alguna perversión en especial?

Alcé una ceja.

—¿Por qué? ¿Estarías dispuesta a hacerla realidad?

—Por supuesto. Tengo mis propias fantasías que espero cumplir.

Se me puso dura al instante. Quería tirarle la jarra al pecho y lamer cada gota de cerveza.

—Es bueno saberlo.

Se acercó la copa a los labios y dio un sorbo. Sentí el impulso irrefrenable de tocar su cabello castaño.

Arrojé a la mesa dinero más que suficiente para pagar las bebidas.

—Salgamos de aquí.

—¿Ya vamos a echar un polvo? —preguntó mientras se lamía el labio.

—No hagas como si no desearas que estuviéramos follando ahora mismo.

ME ENCANTABAN SUS TETAS.

Firmes. Redondas. Con pezones erectos.

Las tenía pequeñas porque era una mujer delgada, pero su firmeza compensaba su escaso tamaño. Acaricié su piel suave y le chupé con fuerza los pezones, explorando su cuerpo perfecto y las maravillosas curvas que poseía.

Me rodeaba la cintura con las piernas. Yo estaba sobre ella y la empujaba al colchón, golpeando el cabecero contra la pared mientras mecía mis caderas y la follaba con fuerza.

Estaba empapada.

Respiraba conmigo y tenía el pecho cubierto de sudor. Me clavó las uñas en los hombros y fue bajando cada vez más, arañándome la espalda. Gemía mientras recibía mi polla una y otra vez.

—Ryker... —Se le iluminaron los ojos como fuegos artificiales al susurrar mi nombre. Era increíblemente sexy sin pretenderlo. Se movía de forma perfecta para hacerme sentir como nunca.

Podría seguir enterrado en su cuerpo para siempre. El sexo era increíble. Pero el buen sexo me hacía sentir vivo. Sentir tanto placer gracias a otra persona era electrizante. Su coño estaba hecho para mi polla.

—Me voy a correr, cariño. —Ya la había complacido bastante, y ahora era mi turno.

Me agarró el culo y me atrajo más hacia sí.

—Dámelo...

Gemí y mi polla se contrajo en su interior. Quería ver cómo me corría porque la excitaba, y eso sólo aumentaba mi propio placer. La embestí con fuerza, a punto de romper el cabecero por la intensidad.

—Espera.

Mi miembro estaba a punto de explotar. No podía esperar más.

Me hizo rodar hasta quedar boca arriba y guardó el equilibrio sobre las puntas de los pies. Se agarró a mis hombros y rebotó sobre mi miembro una y otra vez. Tenía que levantarse bastante para alcanzar la punta antes de volver a enfundar mi miembro hasta las pelotas. Me agarró las manos y me las colocó sobre sus tetas mientras seguía moviéndose de arriba abajo. Una ardiente confianza brillaba en sus ojos, sabiendo que me estaba haciendo sentir como un rey.

—Quiero que te corras.

No hacía falta que me lo dijera dos veces. Me palpitaba la polla, desesperada por eyacular en la punta del condón.

—Joder, cariño.

Botó con más fuerza sobre mi polla, llevándome al límite con una energía explosiva. Sus tetas se agitaban en mis manos al moverse, y tenía los pezones duros como diamantes.

Eyaculé con un fuerte gemido en el condón sin dejar de mirarle las tetas. Eché la cabeza hacia atrás disfrutando de la sensación placentera que inundaba todo mi cuerpo abrasado por las llamas.

—Joder... —El orgasmo pareció durar eternamente, hasta que llegó a su

fin. Cuando llevaba un tiempo sin eyacular, mis orgasmos solían ser épicos. Pero me había acostado con ella unos días antes y el placer era tan explosivo ahora como entonces.

Porque su coño era perfecto.

AUSTEN

CUANDO TERMINÓ LA JORNADA LABORAL, salí del edificio y me dirigí a la calle Segunda. Madeline y yo habíamos quedado en nuestra pastelería favorita, La Chica de los Muffins. Siempre que teníamos ocasión de ir, la aprovechábamos.

Ella ya había ocupado una mesa fuera, en la pequeña terraza, sobre la que había dos *frappuccinos* cremosos con nuestros *cupcakes* favoritos de zanahoria.

—He pillado los dos últimos que quedaban. Ha merecido la pena, aunque he hecho llorar a una niña.

—En la guerra siempre hay bajas.

—Me alegra que lo entiendas. —Clavó un tenedor en mi servilleta, sabiendo que solía comerme los *cupcakes* a mordiscos—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Me duelen los ojos de mirar la pantalla durante tanto tiempo, pero aparte de eso, todo normal.

—¿Te has encontrado con Jason?

—Sí, pero le dije que lo nuestro no funcionaría.

—¿Cómo se lo ha tomado? —Cortó un trozo del *cupcake* y se lo echó a la boca.

—Lo entendió. No fue para tanto. —Jason trabajaba en el departamento de Informática, y era bastante tranquilo. No parecía tener problemas de carácter.

—¿Y Ryker? ¿Ha pasado algo con él?

Se lo contaba todo a Madeline, pero quería guardarme ese secreto para mí. Si se enteraba más gente, se complicarían las cosas. Y me reprocharía que hubiera incumplido mi promesa.

—No. Echamos un polvo increíble, pero se acabó.

—Yo no creo que pudiera dejarlo así como así.

Yo tampoco. Cuando Ryker presentó los puntos básicos de la relación sin el menor atisbo de emoción, pensé que podría funcionar. No puso objeción a ninguna de mis peticiones y, aunque lo hubiera hecho, probablemente habría cedido porque era genial en la cama. La segunda vez que nos acostamos, había creído que podría ser mediocre porque la novedad había pasado. Pero fue todo lo contrario.

—Hay más peces en el mar, ¿no?

Madeline agachó la cabeza y clavó el tenedor en el *cupcake*. En vez de llevarse un trozo a la boca, hizo migas la base del dulce. Evitaba el contacto visual y de repente parecía taciturna. El cambio fue tan repentino que resultaba desconcertante.

—¿Estás bien?

—Sí... —Dejó el tenedor a un lado y dio un largo trago al café, como si quisiera bajar algo que se le había atragantado.

Sabía que tenía malas noticias que darme.

—Madeline, puedes contarme lo que sea. —Dejé a un lado el tenedor y la observé preocupada, sin saber qué quería decirme. Sólo actuaba así cuando ocurría algo malo.

—Es una de esas situaciones en las que no sabes si contárselo o no a la otra persona... Podría ser de ayuda o hacer daño. Pero si no te lo digo, te acabarás enterando y podría ser peor.

—Vale... —Ahora sí estaba preocupada—. Suéltalo.

—De acuerdo. —Se limpió los dedos con una servilleta y soltó un gran suspiro, pues el peso de la situación la ahogaba.

Esperé sin dejar de mirarla.

Volvió a suspirar.

—No te andes con rodeos, Maddie. Sabes que puedo encajar lo que sea.

—Vale, vale. Nathan y Lily se acaban de divorciar. —Tenía una expresión compasiva en el rostro al mirarme, esperando mi reacción.

Escuché las palabras, que fueron calando poco a poco en mí. Seguía latiéndome el corazón a un ritmo normal a pesar de la información que acababa de recibir. Pero noté que me subía la temperatura y me costaba respirar más de la cuenta. No eran buenas ni malas noticias pero me resultaban chocantes.

—¿Sabes por qué?

—No. A Jenn se lo contó Jasmine, que es amiga de...

—Sé quién es Jasmine. —Conocía a todas las amigas de Lily.

—Parece ser que el divorcio ha ido muy rápido. Ha podido ser de mutuo acuerdo. No estoy segura...

Cogí un trozo de *cupcake* y me lo eché a la boca. Lo mastiqué despacio, recordando aquel fatídico día en que entré en mi apartamento y vi al amor de mi vida follando a mi mejor amiga. Todavía no sabía qué traición me había dolido más.

—¿Te alegras?

—La verdad es que no —dije sincera—. Me habría dolido menos si hubieran estado destinados a estar juntos para siempre. De ser así, no me habría tomado la traición tan a pecho. Pero habían estado casados menos de dos años... así que lo suyo no era amor de verdad. Nathan me había dejado únicamente porque ella tenía mejores tetas y el culo más respingón. Y eso era lo que me molestaba...

Madeline asintió.

—Te entiendo. Pero quería decírtelo para que no te pillara desprevenida.

—Has hecho lo correcto, Maddie.

—Y para prevenirte en caso de que intente ponerse en contacto contigo...

La mera posibilidad me parecía ridícula.

—Tendría que ser muy estúpido para intentarlo.

—Nunca se sabe. Los hombres son cortos.

—Es verdad. —Seguí tomándome el *cupcake*, respirando el aroma del café como si fuera aire.

Madeline observaba todos mis movimientos, analizándolos.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Pues claro. —Forcé una sonrisa para tranquilizarla, aunque todo este asunto me molestaba. Siempre estaría resentida con Nathan. No sólo me había roto el corazón, sino que me había humillado delante de todo el mundo. Quienes me conocían me veían como la pobre chica a la que habían reemplazado por otra mejor. Y Lily me había traicionado aún más. Había sido mi mejor amiga desde los once años. Pero todos esos años de amistad no habían significado tanto para ella como para mí.

—¿Qué quieres hacer el sábado? Estaba pensando que podríamos ir a degustar vinos a Connecticut, a lo largo de la costa. ¿Qué me dices?

—Parece un buen plan. Le enviaré un mensaje a Jenn. —Sacó su teléfono y envió el mensaje—. Estoy segura de que se apuntará. ¿Quieres invitar a alguien más?

—Supongo que a Jared, a menos que tenga una cita. Me dijo que le gustaba una chica del gimnasio. No sé si habrán llegado a algo.

—Es Jared. —Entornó los ojos—. Siempre lo consigue.

Me reí porque tenía razón. No sólo era guapo, sino que ligaba más rápido que nosotras. Tenía un talento muy especial.

—¿Y qué hay de Liam y Ryker?

—¿Qué pasa? —No invitaba siempre a mi hermano y no iba a empezar ahora. Disfrutaba de su compañía, pero no éramos siameses.

—¿Deberíamos invitarlos?

—¿Quieres invitarlos a los dos? —pregunté—. ¿O más específicamente a

Liam?

Una sonrisa cruzó sus labios.

—Sí, por favor. A menos que la situación sea incómoda entre Ryker y tú.

—Para nada. —Sólo tendría que estarme quieta y no follármelo en el baño mientras los demás esperaban preocupados por nuestra tardanza—. Invítalos.

—Vale, lo haré. —Escribió el mensaje y dejó el móvil en la mesa.

Al instante, apareció el nombre de Liam en la pantalla.

—Dice que vendrán. —Sonrió mientras le respondía—. Y Jared también dice que se apunta, y que traerá a una tía buenorra. Lo dice él, no yo.

No hacía falta que me lo dijera, ya lo suponía.

—Jenn también viene. Parece que vamos todos, será divertido.

—Sí, estoy segura. —Agradecía tener algo que me distrajera de lo que acababa de contarme. Tras la traición de Nathan, había vuelto a ponerme en pie y me había negado a mostrar mi dolor. Nunca lloré delante de otros ni dejé que nadie viera el daño que me había hecho. Actué como si no me importara en absoluto.

Pero en realidad, lo que había sucedido entre Nathan y Lily me había destruido para siempre.

STONE COLD.

Vi el mensaje de Ryker en la pantalla. Le había cogido cariño al apodo desde la primera vez. Me gustaba porque era original. Estaba segura de que nunca había llamado así a otra mujer.

Sexy.

Te echo de menos.

¿Hablo contigo o con tu polla?

Cariño, somos uno y la misma cosa.

Me estremecí al pensar en la sensación de sus labios en mi boca. Besaba

fenomenal, mejor que cualquier otro hombre, y usaba las manos igual de bien que la boca. Todo en él era perfecto. Era el hombre ideal.

Cuanto más pensaba en él, más deseaba sus caricias. Después de lo que me había contado Madeline, estaba ansiosa por dejarme arrastrar por algo poderoso que me hiciera olvidarlo. El sexo con Ryker era lo único que lograba borrar el resto de mis pensamientos. Sólo tenía que pensar en él y en las cosas increíbles que me había hecho.

Quiero que me folles.

No me lo pensé dos veces antes de escribirlo. Sentía que podía decirle cualquier cosa sin parecer desesperada o dependiente.

Lo mismo digo. ¿En tu casa o en la mía?

No quería que viniera a mi apartamento. Si me quedaba en el suyo, tenía libertad para irme cuando quisiera. Pero si venía a mi casa, estaba a su merced hasta que decidiera marcharse.

Llegaré en diez minutos.

Estaremos esperándote.

Salí de mi apartamento y llegué diez minutos más tarde. Entré y me fijé al fin en todos los lujos. Era un ático en la planta superior de un precioso rascacielos. Los suelos de madera maciza conducían a unos ventanales que llegaban hasta el techo. El mobiliario era de cuero negro. Todo rezumaba masculinidad.

—Tienes una casa muy bonita. No me había dado cuenta antes.

Cerró la puerta detrás de mí y presionó el pecho contra mi espalda. Me agarró del hombro y acercó el rostro a mi cuello. Acarició con sus labios mi piel antes de depositar allí un beso húmedo. Tenía la piel tan caliente que la humedad se evaporó casi al instante.

—Gracias.

Me condujo a la parte de atrás del sofá, apoyándome las caderas contra el respaldo. Su brazo musculoso estaba cubierto de venas y me clavó sus dedos largos en el hombro de forma posesiva.

—Puedes seguir admirándolo mientras te follo aquí mismo. —Me subió el vestido por encima de las caderas y me empujó hacia abajo hasta doblarme sobre el sofá.

Ya quería correrme.

Me bajó el tanga por la pierna y se quitó los pantalones y los bóxers. Se puso un condón y me penetró enseguida con violencia, metiéndomela entera de un sólo movimiento certero. En ocasiones anteriores había tenido más cuidado, pero ahora que mi coño se había acostumbrado a su polla, no me mostró la más mínima delicadeza.

Aunque yo tampoco quería que lo hiciera.

Me agarró del cuello mientras me embestía desde atrás, follándome contra la parte de atrás del sofá. Me clavaba la polla una y otra vez, deslizándose con facilidad gracias a la creciente humedad de mi coño.

Me encantaba la agresividad carnal que transmitía cada centímetro de su piel. Gruñía a mis espaldas mientras me daba placer con su cuerpo. Tras unos minutos, estaba cubierto en sudor y apretaba los dedos en torno a mi garganta.

No es que prefiriera que me agarraran así, pero me gustaba cuando lo hacía él.

—Tienes un coño perfecto. —Gimió al hablar mientras me follaba contra el sofá, tomándome como si fuera de su propiedad.

Podía ser suya cuanto quisiera si me hacía sentir así.

Se inclinó sobre mí, frotando el pecho contra mi espalda. Acercó los labios a mi oído y sentí su respiración.

Vi nuestras figuras moverse en el reflejo oscuro del televisor apagado, como dos animales en celo copulando.

Le acaricié el cuello mientras lo oía respirar junto a mi oído, escuchando lo mucho que me deseaba. Rocé los mechones de su cabello empapados en sudor. Me dejé llevar por el momento, olvidando todo lo que había ocurrido antes de cruzar aquella puerta.

—Córrete, cariño. —Me embistió con más fuerza, presionándome contra

el sofá—. Lo tienes tan apretado...

El hecho de que supiera cuándo estaba a punto de correrme me excitaba aún más. Podía sentir con su miembro todas las sensaciones que provocaba en mi coño debido a nuestra conexión. Apreté los músculos de placer en torno a su polla y solté un grito de éxtasis.

—Muy bien.

Lo agarré por la nuca mientras cabalgaba las olas de mi orgasmo. Siguió embistiéndome con fuerza, haciendo que la experiencia durara más que cualquier otra y dejándome agotada y tremendamente satisfecha.

—Oh, Dios...

Me besó la cabeza.

—Me encantaría ser tu dios. —Me embistió varias veces más antes de eyacular en el condón, llenándolo hasta arriba de semen. Permaneció en mi interior tras correrse y su polla fue perdiendo rigidez poco a poco—. Joder, ha sido increíble. —Se irguió y extrajo su miembro de mi cuerpo, haciéndome sentir vacía.

Tras limpiarnos en el baño, me subí las bragas y le quité las arrugas al vestido con las manos. Me excitaba mucho follar sin quitarme la ropa. Era señal de que me deseaba tanto que no había podido esperar a penetrarme.

¡Estaba tan bueno!

Entró en la cocina llevando tan sólo sus pantalones de chándal, sueltos en las caderas. Su físico cincelado brillaba bajo las luces que resaltaban sus músculos definidos.

Podría estar contemplándolo todo el día.

—¿Te apetece *linguini* de gambas? —Sacó todo lo necesario de la nevera y los armarios antes de empezar a cocinar.

—¿Cómo?

—Para cenar. Tienes hambre, ¿verdad? —Me observó con sus preciosos ojos verdes y vi una sombra de deseo que oscurecía el iris.

Habíamos acordado que sólo follaríamos y no habría nada de cenas ni

romance. Pero también habíamos dicho que seríamos amigos. No tenía por qué estar siempre en guardia con Ryker. Estaba claro que era un mujeriego y no quería una relación seria. Si había algo de lo que podía estar segura, era de eso. No había nada que temer.

—Sí, claro. ¿Puedo ayudar?

—Pon la pasta a hervir, yo me encargaré de las gambas.

Trabajamos en la cocina en perfecta armonía y preparamos la cena como si nada. Tenía una cocina enorme con mucho espacio, así que podíamos movernos con libertad. Pagaba un alquiler muy alto por mi casa, pero no tenía ni la mitad del tamaño de su ático.

—¿Qué tal te ha ido el día? —Estaba cocinando las gambas en la sartén con vino blanco y queso, mientras yo vigilaba la pasta que comenzaba a ablandarse.

—Bien. He ido a trabajar y luego he quedado con Madeline a tomar café.

—Pasé por alto la conversación que había tenido con ella, pues no tenía sentido mencionarle lo de Nathan. Ryker y yo nunca hablábamos de temas serios, sólo había sexo y conversaciones banales.

—Liam mencionó algo sobre una cata de vinos este sábado.

—Sí, hay varias bodegas a lo largo de la costa de Connecticut. Será divertido. Jared vendrá con una chica, lo pasaremos bien.

—Jared tiene una cita, ¿eh? —Salteó las gambas lanzándolas al aire.

—Una mujer que conoció en el gimnasio.

—Me alegro por él. —Su tono sonaba más animado—. ¿Iremos en coches separados?

—Supongo que no habrá más remedio.

—¿Quieres ir conmigo?

—Estaría bien porque no tengo coche.

Dejó las gambas a fuego lento para que la salsa se espesara.

—Es un dos plazas, te aviso.

—¿Un deportivo caro?

—Sí. Un Vanquish.

—¿Un Aston Martin? —No es que fuera aficionada a los coches, pero me encantaban los vehículos de lujo que jamás podría permitirme—. Vaya, son coches preciosos. Y apenas se ven.

Apagó la vitro con una sonrisa encantadora.

—Una chica a la que le gustan los coches... Eso me pone. —Me rodeó la cintura y se inclinó para besarme. Fue un beso rápido, como el que podría compartir una pareja.

Pero me gustó, así que se lo devolví.

Escurió la pasta y la mezcló con las gambas que acababa de preparar.

—Me encantaría llevarte en mi coche y follarte en el asiento del copiloto. —Apartó dos platos y los puso en la mesa.

—No tienes ni idea de lo mucho que me gustaría. —Tomé la copa de vino que me había servido y di un sorbo—. Pero ese coche es demasiado bonito. No querrás que apeste a sexo.

—Así pensaría en ti cada vez que me subiera. —Me dirigió una mirada ardiente antes de dar un bocado a la cena—. Así que, por mí perfecto. Pero si quieres proteger mi coche, siempre puedes hacerme una buena mamada. —Me guiñó un ojo.

—No sé yo...

—O podría comértelo yo. También me vale. —Imaginármelo en plena faena me devolvió la vida. Había creído estar satisfecha y hambrienta, pero ahora me daba cuenta de que quería otra ronda. Nunca había sido tan adicta al sexo como ahora. La mayoría de las citas que tuve no habían llegado a nada, y cuando había habido sexo no había estado tan obsesionada. Ryker era excepcional, un regalo para las mujeres del universo.

—¿Y tú qué tal?

—Bien. He ido al gimnasio y he jugado a *Call of Duty*.

No conocía a nadie tan joven que estuviera jubilado. Parecía bastante aburrido.

—No pretendo ofenderte, pero ¿no te aburres de estar en casa todo el día?
Se encogió de hombros antes de dar otro bocado.

—A veces. Seguramente termine buscando trabajo, pero por ahora intento relajarme. Lo estoy pasando mal estos meses y no estoy preparado para nada más por el momento.

Nunca habíamos hablado de temas personales, así que no sabía a qué se refería.

—Siento oír eso. —No quise indagar más en el tema porque no era asunto mío. No querría que él me hiciera la misma pregunta, así que preferí ser respetuosa.

Dio un sorbo al vino mientras me contemplaba desde el otro lado de la mesa.

—Mi padre falleció hace un año de cáncer. —Volvió a comer como si no acabara de decir aquellas palabras tan tristes.

—Ryker... Lo siento mucho. —El dolor inundó mi pecho, como si me hubiera transmitido su propio sufrimiento y yo misma hubiera experimentado esa pérdida. Perder a un miembro de la familia nunca era fácil, sobre todo a manos de un asesino despiadado como el cáncer.

—No pasa nada. —Levantó la vista del plato y trató de animarme—. Es algo que se alivia con el tiempo.

—¿Por eso te mudaste aquí? ¿Para volver a empezar?

Dio un bocado y masticó la comida mientras pensaba la respuesta.

—Exacto.

Comprendía la necesidad de volver a empezar mejor que nadie. Vivir en un lugar donde la gente lo sabía todo sobre tu pasado era abrumador. Jamás podría levantar cabeza cuando todos sabían que mi mejor amiga me había traicionado y mi prometido me había dejado por otra. Llevaba una cicatriz invisible que todos podían ver.

—Lo entiendo. Espero que encuentres lo que buscas.

—Yo también. —Dio un sorbo al vino y miró por la ventana de la sala de

estar. Allí estaba el sofá en el que acabábamos de follar, y aún se apreciaba el leve hundimiento del respaldo provocado por mi peso. Al observarlo, noté que empezaba a crecerle la barba, y me pregunté cuál sería su aspecto si no se afeitara.

Seguramente estaría igual de sexy.

—La comida estaba muy buena. Gracias por la cena.

—Gracias por la ayuda.

—He hervido pasta, hasta un mono podría hacerlo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Siempre he pensado que pareces un mono.

Le golpeé el brazo desde el otro lado de la mesa, riendo.

—No soy una modelo, pero soy mucho más adorable que un mono.

—Eso es cuestionable...

—Pues no me lo parecía hace un rato en el sofá.

Su sonrisa se desvaneció y su mirada se volvió más oscura.

—A mí me ha parecido sexo salvaje.

Tenía razón. Terminé el plato y lo enjuagué en el fregadero. Se acercó a mí al momento y dejó su plato junto al mío. Al tenerlo a mi lado junto a la encimera, sentí aquella electricidad a la que me había acostumbrado. Se me erizó el vello e imaginé su cuerpo desnudo sobre el mío. Me volvía irascible cuando no tenía su polla en mi interior. Aquel hombre estaba hecho para follarme y darme placer.

Cerró el grifo y me empujó contra la encimera y los armarios, abrasándome con su presencia. Apoyó las manos en la encimera a ambos lados de mi cuerpo, bloqueándome la salida como a un animal acorralado.

Se me endurecieron los pezones y sentí un fuerte calor al notar su presencia tan cerca. Sentí la boca seca y tragué un nudo que se me había formado en la garganta. Intenté controlar la respiración para que no se diera cuenta de lo mucho que me afectaba su proximidad, aunque me había hecho correrme lo suficiente para saber el poder que ejercía sobre mí.

—Quiero follarte la boca. —Contempló mis labios, pronunciando las palabras sin vacilar. Si cualquier otro hombre intentara decirme lo que debía hacer, le cantarían las cuarenta, pero me encantaba su tono autoritario. Me gustaba que me diera órdenes para no tener que pensar en nada—. Ponte de rodillas.

Nunca antes había deseado tanto ponerme de rodillas. No me importaba mi propio placer porque sabía que no era la clase de hombre que me dejaría con las ganas. No aparté los ojos de los suyos mientras me arrodillaba en el suelo de madera. Me daba igual que fuera incómodo. Sólo quería su polla en mi boca.

Se quitó el pantalón de chándal y los bóxers, dejando al descubierto su enorme miembro. La sostuvo contra mi rostro, hinchada y llena de sangre. Se la agarró y pasó el pulgar sobre la punta, llenándoselo de líquido preseminal. Sostuvo el dedo sobre mis labios, ordenándome en silencio que lo chupara.

Abrí la boca y la cerré en torno a su pulgar, saboreándolo al instante. Era salado y masculino, y tenía el mejor sabor de cuantos hombres había probado. Chupé la piel de su dedo hasta que mi paladar fue incapaz de detectar nada más. Aparté la boca del pulgar, lista para probar su polla.

Me agarró por la nuca, acercándose a la boca su polla larga hasta que la rocé con la lengua. Observó mi boca mientras me introducía la mitad de su miembro hasta alcanzar la parte posterior de mi garganta.

—No tienes idea de lo sexy que estás ahora mismo.

Agarré la cinturilla de sus pantalones y se los bajé hasta las rodillas mientras estiraba el cuello para meter su miembro en mi boca poco a poco. Nunca había chupado una polla tan grande, así que fui despacio para acostumbrarme a su tamaño. Atragantarse no resultaría sexy.

Ryker meció sus caderas, frotando su polla contra mi lengua. Me apretó el cuello con los dedos cuando sus movimientos se convirtieron en embestidas. Sus ojos se oscurecieron y apretó la mandíbula.

Me goteaba saliva de la boca, deslizándose por la barbilla hasta caer al

suelo. Aprovechaba los momentos en que se retiraba para tomar aire en mis pulmones antes de que su enorme miembro volviera a ocuparme toda la garganta, impidiéndome respirar.

Las lágrimas ardían en mis ojos hasta convertirse en gotas que se deslizaban por mis mejillas. No estaba llorando, pero sentía que la expansión de mi garganta activaba ciertas terminaciones nerviosas. Comerle la polla me dolía y me provocaba placer al mismo tiempo.

Ryker me pasó el pulgar por la mejilla, limpiando una lágrima que mojaba mi piel.

Clavé los dedos en sus muslos musculosos mientras intentaba abarcar más con mi boca, pues deseaba que sintiera tanto placer como el que me había hecho sentir a mí durante la última semana.

—Joder, eres una profesional.

Lo miré a los ojos, con la mandíbula casi desencajada para poder dar cabida a su miembro. Aún quedaban varios centímetros de su polla fuera de mi boca, pero no dejé de intentarlo.

Me limpió la otra lágrima con el pulgar.

—Aunque lo estoy disfrutando muchísimo, necesito correrme. ¿Te lo tragarás, cariño?

Le agarré los testículos y se los masajeeé con las yemas de los dedos. Asentí para indicarle que quería hasta la última gota.

—Tendrías que verte ahora mismo. —Me agarró del pelo, observándome mientras le comía la polla con más fuerza y contemplaba con placer cómo se iba acercando cada vez más al orgasmo. Cerró los ojos al llegar al límite y su miembro aumentó de tamaño en mi boca justo antes de eyacular—. Sí, joder...

—Expulsó varios chorros de semen espeso en mi garganta. Cuando pensé que ya había acabado, siguió eyaculando y probé su sabor con la lengua.

Me lo tragué todo para no atragantarme. Mi determinación por hacerle vivir una experiencia maravillosa mantuvo mi cuerpo bajo control. Quería devolverle el favor por las cosas increíbles que le hacía a mi cuerpo.

Ryker extrajo la polla de mi boca, empapada en saliva. Comenzaba a endurecerse lentamente, pues la sangre regresaba a su cuerpo y a su cerebro.

—Arriba. —Se subió los bóxers y los pantalones y me tiró del pelo—. Te toca.

RYKER

SE MONTÓ en el coche y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Guau... —Me estaban pitando los coches, así que me metí en carretera y saqué el coche de la ciudad.

—¿El coche o yo? —Sonreí como el hijo de puta arrogante que era.

Acercó la mano y me apretó el muslo.

—Los dos.

—Buena respuesta, cariño. —Le agarré la mano y me la llevé a la boca, dándole un beso en el dorso. No aparté los ojos de la carretera mientras volvía a dejarla sobre mi regazo para que pudiera sentir mi erección a través de los pantalones. Se me había puesto dura al entrar ella en el coche.

Recorrió con los dedos mi miembro en toda su longitud.

—Se alegra mucho de verte. —Me había hecho una mamada increíble la noche anterior. Había sido fenomenal. Estaba claro que no era la primera vez que lo hacía, pues meterse en la boca una polla de ese tamaño era todo un reto para cualquier mujer experimentada.

—Pues todo mi cuerpo se alegra de verte a ti.

Tras habernos acostado varias veces, se relajaba a mi lado y volvía a ser la mujer que había conocido. Era traviesa, ingeniosa y divertida. Había bajado la guardia al asumir que no le pediría nada serio.

Nunca había conocido a una mujer como ella.

Todas las mujeres con las que me había acostado querían algo serio o, al menos, una relación monógama. Austen estaba tan decidida a evitar cualquier tipo de vínculo sentimental que era un soplo de aire fresco. No tenía que ser un malnacido como de costumbre, porque me entendía a la perfección.

Era perfecta.

—¿En qué piensas? —Su voz se alzó por encima del sonido de la radio, sacándome de mis pensamientos.

Ni siquiera me había dado cuenta de que se me había ido el santo al cielo.

—En que eres perfecta.

Entornó los ojos.

—No mientas.

—Lo digo en serio. —Le agarré el muslo, dándole un apretón—. Eres preciosa, sexy y un volcán en la cama. Por si fuera poco, buscas lo mismo que yo. No tengo que ser un mal nacido y romperte el corazón. Es perfecto.

Me tomó en serio al fin, y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Estamos hechos el uno para el otro.

Dirigí la vista a la carretera y conduje con una sola mano.

—Tu hermano me ha dicho que eres una rompecorazones.

—¿Sí? —Percibí un tono de alarma en su voz—. ¿Le hablaste de mí?

—Un poco.

—¿Le contaste lo nuestro?

—Claro que no —dije con calma—. Puedes quedarte tranquila.

—¿Qué ocurrió entonces?

Me encogí de hombros.

—Le dije que eras mona y me preguntó si me gustabas.

Escuchó cada palabra con atención, inclinándose hacia delante.

—Le dije que no, y me advirtió que eras una rompecorazones. Nunca te ha visto dos veces con el mismo tío. Me dijo que debería mantenerme alejado de ti si no quería que pisotearas mis sentimientos. —La observé de reojo y vi su expresión impasible—. No parecía importarle si quería salir contigo o no.

Pasaba bastante del tema.

—¿Eso fue todo?

Asentí.

—Sí.

Se apoyó relajada en el respaldo del asiento de piel, con mi mano aún en su muslo.

—Entonces eres una rompecorazones, ¿no? —Mantuve un tono juguetón en la voz para que supiera que no la estaba interrogando—. Más me vale tener cuidado.

—Mi hermano no sabe de lo que habla. No le hagas caso.

—¿Me estás diciendo que no lleva razón? —Porque me parecía que había dado en el clavo.

—Sabe que no me van los relaciones y no pienso volver a tener una.

Volver. Eso implicaba que había tenido una relación en el pasado. Puede que hubiera terminado en una ruptura desagradable, puede que incluso en un divorcio.

—¿Alguna razón en particular para ello?

Apartó la vista de la ventana y me miró con sus hipnóticos ojos azules.

—¿Por qué nunca tienes pareja?

—Yo no he dicho que no la haya tenido.

—¿Me equivoco entonces?

Sonreí porque me había acorralado.

—Vale... Tienes razón. No me van las relaciones de pareja.

—¿Por qué no?

No quería responder a esa pregunta, y estaba claro que ella tampoco quería responder a la mía. Ambos teníamos un pasado que deseábamos olvidar.

—Haremos una tregua entonces. No hablemos del tema.

—Me parece bien. —Se volvió hacia la ventana, más relajada al ver que habíamos dejado de lado aquella conversación incómoda—. Ojalá la gente no

me considerara un bicho raro por vivir así mi vida. Sé que la gente me juzga por ello. Si un hombre lo hace, no hay ningún problema, pero si lo hace una mujer, es una puta.

Acaricié la piel desnuda de su muslo.

—Yo no opino así en absoluto.

—¿En serio? —Puso la mano sobre la mía encima del muslo y noté sus dedos cálidos de haber estado bajo el sol.

—Claro que sí. Soy feminista. Y creo que los hombres desearían que hubiera más mujeres como tú. El sexo no es para tanto. Puede ser una experiencia placentera sin implicar nada más. Sólo eso.

—Me alegra oír algo así para variar.

—¿No quieres casarte nunca?

—Claro que no. ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—¿Y tener hijos?

—Creo que adoptaré alguno cuando sea mayor.

No me esperaba que dijera eso.

—Es genial.

—No creo que hagan falta dos padres para criar a niños sin hogar. Puedo apañármelas sola.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y tú? —preguntó.

Agité la cabeza.

—No tengo interés en tener hijos. —La única vez que lo había tenido fue cuando comprendí lo enamorado que estaba de Rae. Nos imaginaba casados y formando una familia. Fue entonces cuando me di cuenta de que debía recuperarla—. Tengo un hermano, así que él les dará nietos a mi madre.

—Menos mal que tenemos hermanos, ¿verdad? —dijo riendo—. Así la atención no está siempre puesta en nosotros.

—Amén.

Llegamos al fin a la autopista. Salimos a la costa y nos dirigimos a Connecticut, disfrutando de aquel luminoso día de verano y del brillo del océano a través de la ventana. Austen se comunicaba con los demás por mensaje de texto, así que llegaríamos al mismo tiempo.

—¿Qué piensa Madeline de Liam? —¿Estaba perdiendo el tiempo mi amigo con una mujer que estaba fuera de su alcance?

Dejó el móvil en su regazo.

—Sabes que es un conflicto de intereses.

—Venga. Al menos dime si mi amigo está perdiendo el tiempo. Si es así, se lo dejaré caer. No voy a arrojarte a los pies de los caballos.

—No.

—Eres dura de pelar. —Su lealtad resultaba excitante. Me gustaban las mujeres que no traicionaban a sus amigas. Faltaba gente así en el mundo.

—Eres increíblemente sexy, pero no te va a valer con eso.

—Tendré que hacer un esfuerzo mayor.

—No creo que puedas.

Quería aparcar en un lugar escondido y follármela salvajemente en el asiento del copiloto, pero no había ningún sitio lo bastante privado y teníamos que ganar tiempo.

—Ya veremos cuando volvamos a casa.

—Oh... Me gusta cómo suena.

Apreté la mano en su muslo.

—Va a ser duro pasar todo el día sin follar.

—A lo mejor podemos escondernos detrás de un contenedor o algo.

Se me puso dura al oír su sugerencia.

—Un sitio público... qué perversa.

—¿Cuál es el sitio más público en el que lo has hecho?

Me había acostado con muchas mujeres y recordar todos los polvos era imposible.

—El baño de un bar.

—¿No podías esperar más?

—Quería chuparme la polla. Soy un caballero, no podía negarme.

Se rio.

—Tienes un concepto interesante de lo que es ser un caballero.

—Un hombre debe complacer a una mujer, ya sea financiera, sexual o emocionalmente. Y creo que aquella mamada entraba en esa categoría.

—Supongo que tienes razón. Entonces, si te llamo en mitad de la noche pidiéndote sexo del bueno, ¿vendrás?

Acaricié su muñeca menuda con el pulgar.

—Soy tu hombre objeto, ¿no?

—Ah... ¿De verdad lo eres?

—Sí. Y tú eres mi amiga con derechos.

—Amiga con derechos... no. Quiero un nombre mejor.

—¿Como cuál? —pregunté.

—Amiga sexy.

—Vale. Amiga sexy entonces. —Seguí el GPS y aparqué al lado de la bodega. Era un lugar increíble, junto a la costa y con vistas al mar. Y era el día perfecto para que una mujer llevara un vestido de tirantes y tacones, justo lo que se había puesto Austen.

Estaba guapísima.

Ahora que habíamos llegado, tenía que apartar la mano y dejar a un lado las muestras de afecto. Éramos amigos, no follamigos. Serían sólo unas horas, así que debía controlarme.

Pero del dicho al hecho hay un trecho.

JARED TRAJO A UNA CHICA MUY MONA QUE HIZO BUENAS MIGAS CON EL RESTO del grupo. Era guapa, divertida y abierta, como el resto de las chicas. Pero me fijé en que Jared no hacía más que mirar a Madeline sin disimularlo.

Me pregunté si la chica que había traído se habría dado cuenta.

Sospechaba que había ocurrido algo entre Madeline y Jared en el pasado. No parecía un tío al que le costara invitar a salir a una mujer, así que era probable que ya hubiera movido ficha. Puede que ya hubieran salido pero las cosas no funcionarían.

En cualquier caso, tendría que advertir a Liam.

Liam atendía a Madeline, rellenándole la copa de vino cada vez que la vaciaba un poco. Le ofrecía toda su atención. Podría estar enrollándome con su hermana en la misma mesa y ni siquiera se daría cuenta.

—¿Cuál te ha gustado más? —Austen estaba sentada a mi lado, con las piernas cruzadas bajo el vestido rosa que llevaba. Tenía la piel bronceada de salir a menudo con vestidos, y las piernas torneadas y finas. Imaginé su tacto al enredarse en mi cintura.

Me llevó un segundo concentrarme en sus palabras.

—Este. —Removí el vino tinto en la copa antes de dar otro trago.

—¿Prefieres el vino tinto?

—En realidad, me gusta cualquier cosa que lleve alcohol.

—Eres fácil de complacer.

—No, es que a ti se te da bien.

Abrió los ojos como platos, alarmada al oír mis palabras, y me censuró con la mirada como si hubiera declarado ante toda la mesa lo que hacíamos a puerta cerrada.

A mí me daba exactamente igual porque nadie nos estaba prestando atención. Le sostuve la mirada mientras bebía el vino, deseando que estuviéramos solos para volver a sentir sus labios suaves en torno a mi polla. Se le daba bien todo en la cama. Era demasiado buena para ser verdad.

—¿Y a ti?

Siguió el cambio de conversación.

—Prefiero el vino blanco. Me ha gustado más el primero.

—Quizás deberíamos comprar algunas botellas.

—Ya bebo demasiado de todas formas.

Terminamos la degustación y los aperitivos, sentados fuera bajo una sombrilla. Las olas rompían contra la orilla con un sonido suave semejante a música. Las gaviotas graznaban en la distancia buscando sobras en la playa.

—He reservado en Casanova —dijo Madeline—. Debemos ponernos en marcha si no queremos llegar tarde.

Después de tomar el vino y los aperitivos, no tenía hambre. Pero me contentaba con poder sentarme frente a Austen y contemplarla durante el resto de la tarde. Nos levantamos de la mesa y caminamos de vuelta a los coches.

—Creo que voy a pedirle salir. —Liam caminaba a mi lado y hablaba en voz baja—. Estoy convencido de que le gusto.

Entonces me di cuenta de que Jared nos observaba, tratando de escuchar nuestra conversación.

Caminé un poco más rápido para poner distancia entre nosotros.

—Creo que hay algo entre Jared y Madeline.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Liam—. Ha traído a una chica.

—Pero sólo tiene ojos para Madeline. No ha dejado de mirarla, lo mismo que en días anteriores.

—Pero si le gustara, ¿no le habría pedido salir ya?

—Quizás lo ha hecho. Puede que ya hayan salido. ¿Le has preguntado a Madeline?

—No... ni siquiera estamos saliendo. No puedo preguntarle algo así.

—Podrías preguntarle a Austen. —Podría hacerlo yo, pero quería fingir que nuestra relación era platónica.

—Hoy no estaré con ella a solas en ningún momento. ¿Podrías preguntárselo en el coche?

—Sí, claro.

Liam miró a Jared de reojo y vio que no le quitaba la vista de encima.

—Puede que tengas razón... Parece que quiere matarme. —Liam se puso al lado de Madeline como si intentara proteger lo que le pertenecía.

—Bonito coche, tío. —Jared admiraba mi coche cruzado de brazos—. ¿De qué año es?

—Acabo de comprarlo. —Le di unas palmaditas al capó como si fuera una mascota—. Alcanza los trescientos kilómetros por hora.

—Joder —dijo Jared.

—Y yo me he montado. —Austen posó en el capó como una supermodelo en un anuncio. Se echó el cabello sobre un hombro y me dirigió una mirada ardiente.

Mi polla cobró vida en los pantalones.

—Ahora quiero comprarme otro.

Se rio y se puso de pie de un salto.

—Ese coche no necesita a una tía buena para venderse —bromeó Jared—. Pero nunca está de más.

Nos metimos en los coches y condujimos durante treinta minutos al sur hasta el restaurante.

—¿Quieres conducirlo a la vuelta? —pregunté.

—¿Estás de broma? —preguntó incrédula—. ¿Me dejarías tocar a tu bebé?

—No pasará nada.

—¿Lo dices en serio? —preguntó—. Porque lo haré sin dudar.

—Perfecto. Te meteré mano de camino a casa.

—Dios, no —dijo—. Si lo haces, tendremos un accidente.

Ahora que volvíamos a estar solos, le acaricié el muslo. Su piel era suave al tacto, y quería ocultar el rostro entre sus piernas y volver a probarla. La mezcla del vino en mis labios y su dulzor natural haría que su sabor fuera orgásmico.

—¿Salieron en el pasado Jared y Madeline?

Austen se volvió hacia mí enseguida, de peor humor.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me he fijado en que la mira mucho.

—Ah...

Me pareció raro que no respondiera a mi pregunta.

—¿Es eso un sí?

—Eh... Yo...

—Ya lo sospechaba, así que no estás traicionando a Madeline. Y le he hablado a Liam de mis sospechas.

Al verse acorralada, cedió.

—Sí... Estuvieron liados. Eran follamigos. Madeline lo dejó cuando las cosas se complicaron, pero no creo que Jared quisiera terminar.

—¿Por qué lo dejó?

—¿Le vas a contar a Liam todo lo que te diga?

—No si no quieres que lo haga. —No teníamos una relación, pero la confianza era importante entre dos personas que follan. Nos permitía ser más atrevidos y arriesgados.

—Puedes decirle que te he confirmado que estuvieron saliendo. Pero eso es todo.

—De acuerdo.

—Madeline lo dejó porque temía que arruinara su amistad. No pensaba que fuera a durar, así que terminó antes de que las cosas se pusieran más serias. Creo que Jared quería dar un paso más.

—¿Te lo dijo él?

—A veces me cuenta cosas porque tenemos una relación muy estrecha. Pero sabe que estoy en medio, así que no soy la persona más adecuada para hablar de estas cosas.

No podía evitar preguntarme si había ocurrido algo entre Austen y Jared. No tenía derecho a preguntárselo, pero no pude contenerme.

—¿Dijiste que Jared era tu mejor amigo? —Recordaba que lo había dicho porque había asumido que Jared era gay. Pero era tan hetero como yo.

—Sí, somos muy buenos amigos desde hace mucho tiempo.

—¿Os habéis enrollado alguna vez?

Me miró con los ojos muy abiertos, sorprendida por la pregunta.

—Qué pregunta tan atrevida.

No debería importarme quién estaba en la lista de sus amantes pasados, pero, por alguna razón, necesitaba saber si Jared se había acostado alguna vez con ella. Sentía una gran inquietud en el pecho.

—No pretendía ofenderte.

Miró al frente, con la vista fija en la carretera.

—¿No me lo vas a decir? —Estaba tentando a la suerte y debía contenerme, pero cuanto más tardaba en responderme, más me enfadaba. ¿Cómo sabía que Jared no quería volver a enrollarse con ella? Tampoco debería importarme, pero no lo podía evitar.

—No entiendo por qué ese interés.

—No estoy celoso, si es eso lo que te preocupa. —En cuanto lo dije, supe que era mentira. Sentía crecer la desesperación en el estómago, como una sombra de lo que había sentido al ver a Rae con Zeke. Era pequeña, casi insignificante. Pero estaba ahí.

—Entonces, ¿a qué viene tanta curiosidad?

—Cuanto más tardas en responder, más me parece que tienes algo que ocultar.

Se volvió hacia mí con una expresión amenazadora. Pero estaba aún más mona enfadada.

—Creí que no íbamos a interrogarnos.

—Y yo que íbamos a ser amigos. ¿No hablan los amigos y se cuentan cosas?

Al darse cuenta de que tenía razón, se calmó.

—Lo siento... A veces me pongo muy a la defensiva.

—No hace falta que lo jures...

Entornó los ojos ofendida.

Sonreí y le apreté el muslo para que supiera que bromeaba.

—Me gusta cuando te enfadas... Estás muy sexy.

—¿Que estoy sexy cuando me enfado? —preguntó incrédula.

—Sí. Espero que me des una buena bofetada.

—No sé si bromeas o no.

Le dirigí una mirada ardiente y le agarré el muslo.

—No bromeo.

Me miró con los labios ligeramente separados y los ojos brillantes. Al ver que se lamía los labios, supe que pensaba en la tensión que envolvía el coche. Ardía como si nos estuvieran marcando con una barra de hierro.

Si encontrara algún sitio para aparcar y echar un polvo rápido, no lo dudaría.

Se acercó y me bajó la cremallera de los vaqueros.

Tomé aire porque sabía lo que iba a pasar.

Mi polla quedó al descubierto, reposando contra mi estómago.

Se inclinó y tomó mi miembro en su boca como una profesional, al igual que la última vez.

Con una mano en el volante, le levanté el vestido y le aparté las bragas. Me chupé los dedos antes de introducirlos en su coño, húmedo como siempre. La masturbé mientras me hacía una mamada. Teníamos quince minutos hasta llegar al restaurante.

Y serían quince minutos increíbles.

AUSTEN

FUI al gimnasio después del trabajo y preparé la cena en casa. Me senté frente al televisor con mi portátil en el regazo. Trabajaba desde casa, pero no hacía más que pensar en Ryker sin querer. No habíamos hablado desde el día anterior y mi cuerpo lo deseaba con ansia, como si sufriera una intensa sequía.

Lo cual era absurdo.

Ahora tenía relaciones sexuales increíbles de forma periódica. No había salido a buscar un rollo y ni siquiera había consultado mi cuenta de Tinder. En cuanto Ryker se convirtió en mi follamigo, perdí el interés en el resto de hombres. Traté de no alarmarme porque la situación era comprensible.

¿Por qué iba a buscar a otro hombre cuando Ryker era perfecto?

Pensé en enviarle un mensaje de texto y pedirle que viniera para follar, pero me daba un poco de vergüenza. ¿Qué pasaría si había salido con otra mujer y le aparecía aquel mensaje en su teléfono? Lo dejaría a los pies de los caballos por un calentón.

Tal vez deberíamos establecer algún tipo de código.

Cogí mi teléfono para llamarlo, pero comenzó a sonar en ese preciso momento. Mi instinto me decía que era Ryker quien me llamaba por la misma razón por la que yo estaba a punto de llamarlo. Pero casi se me escapó un grito al ver un nombre distinto en la pantalla.

Nathan.

¿Por qué demonios me estaba llamando?

¿Me engañaban los ojos?

No, ponía Nathan de verdad.

¿Qué quería?

Vi el teléfono sonar en mis manos, paralizada y sin saber qué hacer. No tenía que responder su llamada. No tenía que hacer nada. Pero ver su número en mi pantalla me seguía pareciendo una intromisión en mi intimidad.

Me sorprendió que tuviera mi número.

Me había salido de Facebook desde aquel horrible día en que mi mundo se derrumbó. No quería publicar falsas mentiras y fingir que estaba bien. Ni que la gente visitara mi página y buscara pistas que mostraran lo mal que me iba la vida tras su humillación. Así que no tenía ni idea de dónde había sacado mi número.

Justo antes de que saltara el buzón de voz, contesté.

—Creo que te has confundido de número, Nathan. —Mantuve la voz firme, llena de confianza inquebrantable como un muro de hormigón armado. Debía saber que ver su nombre en mi pantalla no me intimidaba, y que podía hablar con él como si no significara nada para mí, porque así era.

—¿Austen? —Su profunda voz estaba llena de sorpresa, como si no hubiera esperado que contestara.

—Sí, señor. ¿En qué puedo ayudarte? —Mi voz se mantuvo llena de confianza, pero con un tono juguetón. No parecía que hubiera sido mi prometido ni nadie remotamente importante para mí.

—Lo siento, esperaba que saltara el buzón de voz.

—¿Quieres que cuelgue para que puedas volver a llamar? —pregunté haciéndome la listilla.

—No, —dijo con una risa incómoda—. Me alegra que me hayas pillado con la guardia baja.

—¿Qué pasa?

Estuvo callado durante tanto tiempo que no parecía que fuera a decir nada.

No habíamos tenido una conversación de verdad desde que descubrí que se acostaba con Lily. Ni siquiera se defendió ni explicó sus razones. No había sido una separación traumática porque nos alejamos el uno del otro sin mirar atrás. Eso hacía que la conversación fuera aún más incómoda.

—¿Podemos quedar a cenar mañana? Quiero hablar contigo en persona.

Me reí porque lo que pedía era totalmente absurdo.

—¿Es una broma?

—Sé que probablemente no querrás hablar conmigo...

—¿Probablemente? Esa no es la palabra correcta, Nathan.

—Mira, sólo quiero disculparme, Austen. No por teléfono, en persona.

—No hace falta que te disculpes, Nathan.

—Claro que sí...

—No, porque hace dos años que no pienso en ti. Si crees que voy llorando por las esquinas, te equivocas. Soy muy feliz.

—Entonces, ¿por qué no te has echado novio desde que rompimos?

Se me helaron las palabras en la garganta porque estaba paralizada. Que conociera mi debilidad y supiera que había estado soltera durante tanto tiempo, era humillante. No había disimulado tan bien como esperaba.

—Porque me gusta demasiado estar soltera.

Colgué antes de que pudiera decir otra palabra y miré la pantalla de mi teléfono. Me cubrí el rostro con las manos, presa de la humillación. Sabía que no había estado saliendo con nadie porque la gente aún hablaba de aquella horrible ruptura. Era tan embarazoso que me entraron ganas de llorar.

—No, no voy a hacerlo. —Agité la cabeza y respiré hondo. Ya había llorado bastante por aquel hombre, y no volvería a hacerlo. Habíamos terminado hacía años, y había estado casado. No había razón para verter una sola lágrima más. No importaba el motivo de su llamada ni lo que quisiera.

Nada importaba.

Llamé a Ryker y oí los tonos.

—Por favor, que responda... Que esté en casa y sin compañía...

Contestó al segundo toque.

—Hola, Stone Cold. —El coqueteo de su tono me envolvió como una brisa marina. Era refrescante y reconfortante, como una manta cálida.

Provocaba tantas cosas en mí sólo con su voz.

—¿Estás ocupado?

—Nunca lo estoy para mi follamiga. —Siempre hablaba con una voz tremendamente sexy, como si fuera el operador de una línea erótica—.

¿Quieres que vaya a tu casa?

—Llegaré a la tuya en diez minutos. —No quería quedarme en ese apartamento. Cuando estaba en su casa, me sentía en un universo diferente. Nada podría recordarme a Nathan allí. Su recuerdo no podría abrirse camino en mis pensamientos en un lugar dominado por Ryker.

—Me gustaría llegar a ver tu casa algún día, ¿sabes?

—No es nada del otro mundo.

—Pero quiero robarte unas bragas del cajón para otro momento.

Su comentario me hizo sonreír sin que él lo supiera. Nunca entendería lo mucho que apreciaba su humor pervertido en ese momento. Necesitaba ser deseada. Necesitaba un hombre que borrara la conversación que acababa de tener con Nathan.

—¿Y si te llevo unas?

Permaneció en silencio, pero su intensidad era patente a través del teléfono.

—Cariño, eres la mujer de mis sueños.

TOMÉ LA INICIATIVA EN CUANTO LLEGUÉ A SU APARTAMENTO. LO SENTÉ EN LA cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Ya estaba sin camiseta, así que no hacía falta perder el tiempo quitándosela. Le bajé el pantalón de chándal y los bóxers hasta los muslos y lo monté como una vaquera.

Él se agarró a mis muslos, viendo que lo follaba como si mi vida dependiera de ello. Me froté el clítoris mientras lo agarraba por la cintura para mantener el equilibrio. Reboté con fuerza, ensartándome en su miembro una y otra vez mientras sudaba y mis pezones se volvían tan duros como puntas de cuchillos.

—Oh, Dios...

—Si soy Dios, tú eres una diosa. —Me agarró de los muslos y me ayudó a moverme con él, guiándome de arriba a abajo cuando se me cansaron las piernas. Clavó los dedos en mi culo, agarrando el músculo mientras tanto.

Estaba a punto de correrme, así que me froté el clítoris más fuerte, sintiendo el comienzo del orgasmo. Mi coño se apretó en torno a su polla enorme, y noté la explosión entre mis piernas. Un fuego ardía al rojo vivo en mi interior y me consumía desde dentro. Contemplé su hermoso rostro mientras me corría sobre su polla, empapando el condón que nos separaba.

Me manoseaba las tetas con sus manos grandes, y jugaba con ellas mientras me embestía desde abajo. Seguí balanceándome con él para que pudiera correrse tanto como yo, aunque notaba débiles las piernas. Con unas embestidas más, eyacularía.

—Joder... —Me retorció los pezones al terminar, cerrando los ojos con intensa satisfacción.

Me apoyé contra su pecho y le rodeé el cuello con los brazos. Le di un beso, sintiendo que el sudor de nuestros cuerpos se mezclaba. Cada vez que su polla estaba dentro de mí, no sentía más que placer desenfrenado.

Se movió encima de mí, sin dejar de besarme. Me acariciaba el cuerpo con los labios, besándome en todas partes mientras bajaba poco a poco. Besó la zona entre mis piernas, explorando con la lengua la parte más sensible de mi cuerpo. Aunque su tacto era seductor, también resultaba relajante. Me retorció en la cama y me dejé llevar, encantada al sentir la presión de su rostro contra mi abertura.

—¿Cómo eres tan bueno en la cama...? —Se me escaparon las palabras y

no fui capaz de detenerlas. Con aquel subidón, desaparecían mis inhibiciones y no pensaba con claridad.

Se arrastró sobre mi cuerpo, y vi el brillo de mi flujo en sus labios.

—Dos no bailan si uno no quiere, cariño.

—Pero se te da muy bien. Nunca he estado con otro hombre que me haya hecho correrme así.

Me besó el cuello y la comisura del labio.

—Tú también ocupas un puesto de honor en mi lista.

—Sí, claro —dije riendo—. Probablemente te habrás acostado con todas las chicas que han salido en *Sports Illustrated*.

—Pues nunca me he acostado con una chica que haya salido en la portada de *Sports Illustrated*. Ah, espera... Se me olvidaba Britney.

Le pegué en el brazo.

—¿Ves?

Se rio, sosteniéndose sobre mí.

—¿Quieres saber un secreto sobre el sexo?

—Siempre.

—No importa lo bueno que estés.

Lo miré de arriba abajo, más de metro ochenta de músculo cincelado y rasgos perfectos. La primera vez que lo vi, mojé las bragas.

—Yo creo que sí.

—No, es cuestión de confianza. Hay que vivir el momento y disfrutar de tu pareja. Ser apasionado y espontáneo. Si hay química, el sexo siempre será genial. Me he acostado con mujeres guapísimas que eran mediocres en la cama.

—¿En serio?

—Es raro, pero ocurre. Cuando echo un polvo excepcional, el físico no tiene nada que ver. Es algo más que eso. Influyen la compatibilidad, el respeto, la confianza y esas cosas. —Me subió la pierna sobre su cadera, abrazados sobre las sábanas—. Y contigo he echado los mejores polvos.

—¿Incluso mejores que con Britney? —bromeé.

—Mucho mejores en realidad.

—Oh... Debo ser genial.

Se rio antes de volver a besarme.

—Meteré la cena en el horno y, mientras se hace, nos duchamos. ¿Qué te parece?

No quería volver a casa así que me pareció perfecto.

—¿Vas a volver a cocinar para mí?

—Sé hacer más cosas que follar, lo creas o no.

—Pues acepto la oferta.

CENAMOS EN LA MESA DE COMEDOR. POR SUERTE PARA MÍ, RYKER IBA SIN camisa. No quería comer mientras aquel hombre estuviera completamente vestido. ¿Por qué privar a mis ojos de esa alegría?

—Esta bueno. Gracias.

—De nada. —Cortó un trozo de pollo y siguió comiendo con modales pausados en la mesa que contrastaban con su agresividad conmigo minutos antes—. No me llegaste a contar lo que pasó entre Jared y tú.

—Porque tenía tu polla en la boca.

La oscuridad se adueñó de sus ojos mientras masticaba lentamente la comida.

—Puedes seguir metiéndotela en la boca, pero tendrás que contestar la pregunta más tarde o más temprano.

Terminé mi plato y sentí que la cena se asentaba en mi estómago. No me sentía sexy después de comer, así que me alegraba de que hubiéramos echado un polvo increíble antes.

—Jared y yo nos enrollamos una vez. Eso es todo.

Apartó su plato vacío y me miró fijamente.

—¿No ocurrió nada más?

—No.

—¿Por qué lo dejasteis?

—Porque ambos estábamos borrachos y sabíamos que nos arrepentiríamos a la mañana siguiente.

—Interesante. Cuando estoy borracho, no tengo ni un solo pensamiento lógico.

—Tampoco lo disfruté. —Recordaba esa noche porque estaba destrozada por lo que me había hecho Nathan. Me había lanzado a los brazos de mi mejor amigo para dejar de pensar en el dolor agobiante que me sobrecogía. Pero al final, había sido como besar a un primo—. Fue una decisión estúpida, y me alegro de que no llegara a nada.

—¿Por qué lo besaste?

Entrábamos en terreno peligroso.

—No me acuerdo. Fue hace mucho tiempo.

—¿Fue incómodo después?

En absoluto. Jared sabía que me encontraba muy mal y no tenía control sobre mis actos. Fingía ser fuerte delante de todo el mundo, como si no me importara lo que me había hecho Nathan. Pero Jared era la única persona con la que no podía fingir.

—No. La amistad dura para siempre, ¿verdad?

Miró su plato, con expresión distante. Parecía estar pensando en otra cosa, algo que no tenía nada que ver conmigo. Palpó su tenedor con las yemas de los dedos antes de dejarlo en el plato.

Sospeché que Ryker tenía más problema, aparte del fallecimiento de su padre. Parecía poseer una tristeza distinta, si es que no estaba fingiendo. La oscuridad cubrió sus hermosas facciones, haciéndolo parecer agotado por una carga invisible.

Quería preguntarle por ello, pero sabía que no me correspondía hacerlo. No le había hablado de mis demonios, de mis propias luchas, ¿por qué debería

contarme las tuyas? Los dos nos estábamos usando para olvidarnos de nuestros problemas, nada más.

Sólo había una manera de interrumpir el curso de sus pensamientos. Era la misma táctica que usaba conmigo misma. Me levanté de la silla y me acerqué a la suya. No me miró, aún pensando en el corazón roto del pasado.

Me senté a horcajadas en su regazo, y noté con el trasero su falta de erección. Deslicé las manos por sus brazos. Besé la comisura de sus labios y su barba incipiente, atrayéndolo suavemente hacia mí.

En cuestión de segundos, regresó conmigo. Su cuerpo cobró vida y me agarró de la cintura. Tomó el control y me besó en la boca, dominándome con sus labios. Acarició mis suaves mechones, agarrándome al mismo tiempo por la nuca.

Me encantaba cuando me tocaba así.

Su pene se endureció bajo su pantalón de chándal, presionando mi zona más sensible. Su beso se hizo más intenso a medida que se dejaba llevar por el momento. Meció sus caderas suavemente mientras frotaba su polla dura contra mi clítoris palpitante.

Dejé de pensar en Nathan por completo.

Y supe que él había dejado de pensar en quien fuera que estuviera pensando antes.

SU CAMA ERA MUY CÓMODA. EL COLCHÓN ERA DE PRIMERA CALIDAD, Y LAS SÁBANAS ULTRASUAVES. Si estuviera en la zona de exposición de una tienda de colchones, tendrían que contratar seguridad para garantizar que nadie entrara a echarse una siesta.

Estaba tumbado boca arriba a mi lado con las sábanas hasta la cintura. La lámpara de la mesita de noche estaba encendida, pero esa era la única luz en el dormitorio. Miraba al techo, con una mano apoyada en su estómago

cincelado.

Cada vez que nos acostábamos, era increíble. Nunca me iba sin estar completamente satisfecha. Hacía que me corriera por su ego o porque se preocupaba de verdad por darme placer.

Me era indiferente cuáles eran sus motivos.

Habíamos acordado no quedarnos a dormir juntos, pero ahora no quería irme, pese a que había sido idea mía. Su cama era lo bastante cómoda para un rey, y me mantendría calentita toda la noche. Además, cada vez que estaba con Ryker, no pensaba en nadie más. Mientras permaneciera en su apartamento, no pensaría en la llamada telefónica de Nathan. No analizaría la conversación y trataría de descubrir lo que quería. Había afirmado que sólo quería disculparse, pero no lo creí ni por un segundo.

Así que cerré los ojos y me tapé con la manta hasta los hombros. Esperaba que Ryker fuera lo bastante bueno para no despertarme y echarme. Había aceptado mis términos como si no le importasen, pero podrían ser más importantes para él de lo que había dejado entrever.

Esperaba que no fuera así.

Ryker no se movió de mi lado. Su cuerpo estaba totalmente inmóvil. Podría estar dormido. Con los ojos cerrados, era difícil saberlo.

Entonces se volvió hacia su mesita de noche y apagó la lámpara, sumiendo la habitación en completa oscuridad. Ahuecó sus almohadas y se puso cómodo en la cama, preparándose claramente para dormir.

Estaba muy agradecida.

Lo que haría que esa noche fuera aún mejor sería que me envolviera con sus fuertes brazos y acercara más su cuerpo fuerte al mío. Si me abrazaba, no estaría sola. Pero estaba tentando mi suerte.

Como si pudiera leerme la mente, Ryker se movió hacia mí y me abrazó por la cintura. Tenía la cabeza apoyada a mi lado y oía su respiración lenta y acompasada en mi oído. Parecía querer lo mismo que yo, no estar solo en esa cama.

Quería rodearle el brazo con el mío y acercarme más a él, pero debía fingir que estaba dormida. De lo contrario, tendría que explicar por qué había roto mi propia regla quedándome a dormir.

Y como no tenía una explicación, no quería pasar por ello.

LA ALARMA DEL MÓVIL SONÓ A LA MAÑANA SIGUIENTE, DESPERTÁNDOME PARA IR a trabajar. Estaba en el suelo, donde había terminado mi bolso la noche anterior. No quería levantarme, pero tampoco seguir escuchando el sonido más molesto del mundo.

Aparté las mantas con las piernas y me tumbé boca abajo sobre la cama para poder estirarme y agarrarlo. Lo apagué para que la habitación quedara en silencio de nuevo. Aún medio dormida, me restregué los ojos y me arreglé el pelo enmarañado.

Ryker se movió a mi lado, despierto por el sonido agudo al romper el alba. La cama se movió, y noté el cambio en la superficie del colchón al acercarse a mí.

Me agarró del hombro y me dio la vuelta, obligándome a ponerme boca arriba con las tetas apuntando al techo. Separó mis rodillas con sus muslos y se colocó sobre mí, frotando su polla dura contra mi clítoris al moverse.

Tenía una expresión soñolienta, y el cabello despeinado por las incesantes caricias de mis dedos. El vello de su barba era más oscuro y pronunciado, grueso al tacto. Se veía más sexy que nunca después de una noche de descanso.

—Quiero uno rapidito antes de que te vayas a trabajar. —Su voz era profunda y áspera tras varias horas sin hablar. Me echó las rodillas hacia atrás y me penetró sin complicación gracias a la humedad entre mis piernas, siempre presente cuando él estaba cerca.

Era tremendamente placentero sentirlo desnudo y notar la calidez de su piel contra la mía. Era mil veces mejor que el tacto del látex que nos separaba

cuando se ponía condón. Me gustaba tanto la sensación que estuve a punto de no decir nada.

—Joder... —Cerró los ojos mientras disfrutaba del roce de nuestros cuerpos—. Es increíble.

Quería continuar, pero sabía que no podía. Tomaba la píldora, pero no era seguro.

—Aunque lo estoy disfrutando mucho, debemos usar protección.

Emitió un gruñido masculino al besarme en señal de protesta.

—Sabes que es necesario.

—Estoy limpio, cariño. Y sé que tú también lo estás.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque me lo dirías de no ser así. — Presionó su boca contra la mía mientras seguía embistiéndome.

Sentía tanto placer que no quería detenerlo. Quería sentir su polla desnuda dentro de mí, envolverla con mi humedad y recibir su semen cuando eyaculara en mi interior. La idea hizo que me estremeciera de placer.

Pero debía centrarme.

—No, Ryker.

Volvió a gruñir, pero se detuvo al oír la palabra mágica. Sacó la polla, se puso un condón y, cuando volvió a cubrirme con su cuerpo, me folló con fuerza, como si le enfadara no haberse salido con la suya.

Por mí, estupendo.

AL SENTIR SU coño desnudo alrededor de mi polla, recordé lo mucho que odiaba los condones.

Los detestaba.

Reducían las sensaciones, el roce entre una polla dura como una piedra y un coño empapado. Quería sentir su piel, notar cómo se apretaba en torno a mi miembro mientras la follaba. Una de las principales razones por las que comencé una relación con Rae fue porque no quería usar nada. Y eso abrió la puerta a toda la mierda que siguió después.

No quería volver a pasar por lo mismo de nuevo.

Pero quería olvidarme de los malditos condones.

Austen y yo no mencionamos el hecho de que se hubiera quedado a dormir. Se preparó enseguida para ir a trabajar y salió del apartamento. Como me había despertado y no lograba dormirme, me dirigí al gimnasio. Podría haberle pedido que se fuera y habría tenido todo el derecho del mundo a hacerlo, pero no me importó. Dormir a su lado era agradable. Hacía tanto tiempo ya que era incapaz de recordar la última vez que una mujer se había quedado a pasar la noche en mi casa.

Probablemente había sido Rae.

Si se volvía una rutina, no me importaría. Además, la respiración rítmica de Austen actuaba como una nana para mí.

Al volver del gimnasio, me duché y me arreglé. Mi hermano necesitaba ayuda con COLLECT, así que realicé algunos trámites y envié todo el papeleo por correo electrónico. Aún estaba familiarizándose con el cargo, así que le echaba toda la mano que podía.

Tampoco es que tuviera mucho más que hacer.

Al final del día, sonó mi teléfono.

El nombre de Rae apareció en la pantalla.

No estaba seguro de lo que sentía al ver su nombre. Había evitado sus llamadas durante mucho tiempo, pero la conversación que habíamos tenido al contestar la última vez había resultado sencilla, como siempre. Aun así, cuando se ponía en contacto conmigo, mi corazón seguía llenándose de temor. Libraba una batalla en mi interior, pues quería hablar con ella y olvidarla al mismo tiempo.

Respondí.

—Hola, empollona. —La mejor forma de afrontar conversaciones incómodas era usar un tono jocoso.

—Chico basura.

—Ya no trabajo en COLLECT, así que no lo soy.

—Para mí siempre lo serás.

Caminé por la sala de estar y miré por la ventana la ciudad más allá. El sol comenzaba a descender y se acercaba la noche. Contemplé las luces de los rascacielos que empezaban a brillar a medida que se acercaba el atardecer.

—¿Qué tal?

—Safari tiene un hermano.

—Un hermano, ¿eh? —Esperaba que se refiriera a que había adoptado otro perro y no me estuviera anunciando su embarazo. Sería impropio de ella hacer algo tan frío—. ¿Qué clase de perro?

—Un labrador.

—Oh, qué bien. ¿Es un cachorro?

—No. Tiene dos años. Lo encontré vagando por el vecindario, así que

decidimos adoptarlo.

—Como te pasó con Safari. —Aún recordaba la historia. Me la había contado una de las primeras noches que había dormido en su apartamento.

—Sí. Ahora Safari tiene a alguien con quien jugar mientras trabajo.

Me di cuenta de que evitaba mencionar a Zeke.

—¿Qué te cuentas?

—Ayudo a mi hermano con COLLECT de vez en cuando.

—Está haciendo un buen trabajo. Me gusta.

—No tanto como yo, ¿verdad? —pregunté con una sonrisa.

—No está tan bueno como tú, eso seguro.

Me reí.

—Buena respuesta.

—¿Algo más?

—He estado quedando con amigos y saliendo mucho.

—Me alegro por ti —dijo—. Me sorprende que sigas en pie.

Austen apareció en mis pensamientos con su cabello castaño rojizo. Era alegre, divertida e increíble en la cama. Cuando estaba con ella, no pensaba en Rae. De hecho, eran los únicos momentos en los que no pensaba en ella.

—Entonces... ¿estás saliendo con alguien? —No podía disimular su tono esperanzado, pues deseaba oír que había encontrado la felicidad al igual que ella con Zeke.

—Algo así.

—¿Algo así?

—Me estoy acostando con una mujer. No es serio y hemos acordado que siga así. Pero pasamos mucho tiempo juntos.

—¿Por qué no queréis nada serio?

¿De verdad hacía falta que se lo explicara?

—No tengo interés en empezar una relación. Ella tampoco, aunque desconozco la razón. No quiere hablar del tema.

—Espero que tu falta de interés sea temporal...

Me froté la nuca mientras contemplaba la ciudad más allá de la ventana.

—No sé, Rae... No creo que esté hecho para eso. Tuve algo maravilloso contigo y lo estropeé. Puede que no esté destinado a estar para siempre con otra persona.

—Eso no es cierto, Ryker.

Estaba claro que diría algo así.

—Ambos sabemos que habría vuelto contigo si no... Ya sabes.

Estaba poniendo las cosas más difíciles.

—Pero rompimos a causa de mi estupidez. No tengo la suficiente madurez para el compromiso.

—Puede que entonces no la tuvieras, pero ahora sí. Has cambiado mucho, Ryker.

No estaba tan seguro de eso.

—No lo descartes, eso es todo lo que te digo.

Mientras siguiera colado por ella, seguiría descartándolo. Llevaba casi dos meses viviendo en Nueva York, y mis sentimientos no habían cambiado. Pensaba en qué estaría haciendo ella cuando me tumbaba solo en la cama. Cuando veía un partido por televisión, me preguntaba si ella también estaría viéndolo con la pandilla. Se me venían a la cabeza pensamientos absurdos como esos a todas horas.

—Ya veremos qué pasa...

Rae no insistió más.

—Sólo quería saber cómo te iba todo. Te mandaré una foto del nuevo miembro de la familia.

—¿Cómo se llama?

—Razor.

—Genial. Estoy deseando verlo.

—De acuerdo. Te la mando en un minuto.

Apoyé la cabeza en el cristal de la ventana y sentí que la frialdad se filtraba en mi piel. Permanecí en línea, desesperado por seguir conectado a

ella, pero también por cortar cualquier vínculo. ¿Cómo podíamos estar tan lejos y seguir sintiendo esa conexión? ¿Por qué había tenido que ser tan imbécil con ella el año anterior?

—Hablamos luego. Saluda a la pandilla de mi parte.

—Lo haré. Adiós, Ryker.

Sentí que se me secaba la garganta antes de hablar.

—Adiós, cariño.

LLAMÉ A AUSTEN UNAS HORAS DESPUÉS CUANDO SALIÓ DEL TRABAJO.

—Me encanta cuando me llama un hombre sexy.

Sonreí al oír el saludo, y el dolor de antes se desvaneció casi al instante.

—Y no cualquier hombre sexy.

—El más sexy.

Sonreí aún más.

—¿Puedo pasarme por tu casa?

—¿Para follar?

—Algo así.

—Estaré en la tuya en diez minutos.

Alcé una ceja, consciente de la forma sutil en que había ignorado mis palabras.

—¿Hay alguna razón por la que no quieras que vaya a tu apartamento?

—No es tan bonito como el tuyo ni de lejos.

—¿Y crees que me importa? Te follaría detrás de un contenedor, por amor de Dios.

Se rio al teléfono.

—Te creo. Pero no me gusta quedar con nadie en mi apartamento.

—¿Por qué? —¿Por qué vivía allí si no le gustaba?

—No sé. Prefiero ir a tu casa.

Aquello hizo saltar todas las alarmas en mi cabeza.

—Por favor, no me digas que estás casada.

Oí una carcajada al otro lado de la línea.

—No, por Dios. Vale, vente a mi casa. No tengo nada que ocultar.

Estaba intrigado, así que acepté su oferta.

—Llegaré en diez minutos. Envíame la dirección.

—Sólo tienes que pulsar el botón en el vestíbulo y te abriré.

Caminé unas manzanas hacia el este y encontré su edificio en un vecindario agradable. Tenía portero, señal de que no era un tugurio. La gente que entraba y salía iba bien vestida, por lo que sus vecinos eran adinerados. El vestíbulo estaba limpio y sonaba música.

Tomé el ascensor hasta su piso e intenté averiguar por qué odiaba tanto su propio apartamento. Hasta ese momento, me había parecido bastante lujoso.

Tras llamar a su puerta, me hizo pasar. Era un apartamento de calidad, con suelo de madera, electrodomésticos nuevos, apliques sobre los cuadros y un gran ventanal hasta el techo que daba a la ciudad. Era más pequeño que mi apartamento, pero ese era su único defecto.

—¿Ves? —Se apoyó en la encimera, cruzándose de brazos—. No tengo marido.

—Por ahora. Esperemos que no entre mientras te follo en la habitación.
—Me acerqué a ella y le rodeé la cintura con las manos. La tenía inmovilizada contra la encimera y no podía escapar. Me gustaba acorralarla, convertirla en mi juguete. Me incliné y la besé en los labios, sintiendo que me ardía la boca en cuanto nuestros labios se rozaron. Teníamos una química intensa, y hacia crecer mi polla más que nunca. En el último mes desde que había comenzado a follar con ella de forma regular, no había estado con nadie más. La idea no se me había pasado por la cabeza porque estaba más que satisfecho con ella.

—Quizás podría unirse a nosotros.

Sonreí contra sus labios.

—No hago tríos con hombres.

—¿Lo has probado alguna vez?

—No. —Fruncí el ceño—. ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Esas cosas no se cuentan.

No sabía si bromeaba o no. El misterio que rodeaba a aquella mujer hacía que me sintiera aún más intrigado.

Me acarició los brazos, palpando mis bíceps y mis tríceps. Me tocaba mucho esa parte del cuerpo, como si fuera uno de mis atributos favoritos.

—Hoy te he echado de menos.

—Yo también. —Repetí las palabras por instinto. La echaba de menos cuando no estaba desnuda y en mi cama. La extrañaba cada vez que estábamos separados. Liam y John eran buenos amigos, pero Austen se había convertido en un miembro de mi círculo más íntimo en muy poco tiempo. Saqué el papel de mi bolsillo trasero y decidí que era el mejor momento para dárselo—. Me he pasado por la consulta del médico hoy. —Lo desdoblé, dejándolo en la encimera a su lado—. Estoy limpio. —Lo observó alzando las cejas antes de volverse hacia mí—. —Hagámoslo sin condón.

—No tenemos una relación exclusiva.

—No he estado con nadie. —La observé, interrogándola en silencio. Una parte de mí no quería oír la respuesta. Sentí un nudo en el estómago al imaginarme a otro hombre embistiéndola. Me recordé a mí mismo que me daba igual, que sólo me importaba mi propia salud.

—Eso no importa.

Alcé una ceja.

—¿Has estado con alguien? —Quise saber de inmediato quién era para poder romperle el cuello y dejar su cuerpo en un contenedor de basura.

—No. Pero eso podría cambiar.

Me sentí aliviado, pero el temor regresó con fuerza.

—El sexo entre nosotros es increíble. ¿Lo niegas?

—Pues claro que no...

—Pues seamos follamigos con exclusividad. No quiero volver a ponerme condón. Está bien para unos cuantos polvos, pero cansa después de un tiempo.

Una expresión de enfado invadió sus ojos, al ver el giro que tomaba nuestra conversación.

—Te dije desde el principio que jamás ocurriría nada entre nosotros. Es algo puramente físico y nunca significará nada. No busco novio...

—Cállate. —La apreté con más fuerza, aplastándola contra la encimera—. No te pido que seas mi novia. No busco nada sentimental. Estás paranoica y crees que acabaré enamorándome de ti. Créeme, jamás lo haré. Siempre serás una mujer a la que me follo, nada más. No significas nada para mí.

Sus ojos se movían de un lado a otro al observarme, a escasos centímetros de mi rostro. Su expresión permaneció exactamente igual, pero sus ojos se endurecieron ante la ofensa.

—Cambiaste las reglas al quedarte a dormir la otra noche. Ahora quiero cambiarlas yo y hacerlo a pelo. El sexo seguro es importante para ambos, así que no entiendo por qué no podemos tener una relación exclusiva hasta que uno de los dos se aburra o encuentre a otra persona. No seas tan melodramática, le estás dando más importancia de la que tiene.

Se cruzó de brazos para mantener cierta distancia entre nosotros.

—¿Qué dices?

—¿Me estás dando un ultimátum? —preguntó.

—No. Te lo pido como amigo.

—Pues mi respuesta es no.

Me entraron ganas de estrangularla.

—¿En serio quieres seguir usando condón?

—No quiero compromisos con nadie.

—No hay compromiso. Si encuentras a otro que te guste, volvemos a usar condón. De eso se trata.

Agitó la cabeza.

—No. Y no hay más que hablar. —Se alejó de mí, dirigiéndose al otro

lado de la isla de la cocina para que la encimera nos separara.

Había hecho todo lo posible por obtener lo que quería, pero me había salido el tiro por la culata. Estaba tan decidida a salirse con la suya que no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Sólo alguien a quien hubieran destrozado actuaría de esa manera.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Cómo? —susurró.

—Te ha pasado algo. Un tío te dejó tocada, ¿no?

Abrió los ojos de par en par amedrentada, revelando la respuesta. Hizo lo posible por ocultarlo, pero la emoción que sentía era tan poderosa que fue incapaz. No podía negar lo ocurrido ni volver atrás en el tiempo y borrar lo que había dejado entrever.

—Me pasó lo mismo con una mujer, Austen. Pero ¿sabes qué? Hay que seguir adelante. No soy un malnacido que va a arrastrarte por el fango. Siempre seré sincero contigo, aunque no quieras oír la verdad.

Austen seguía sin abrirse a mí. No me hizo una sola pregunta sobre Rae porque no quería que indagase sobre el hombre que le había roto el corazón. Permaneció en silencio durante unos minutos, observándome. Al cabo de un rato, habló al fin, llena de confianza en sí misma.

—Te dije lo que quería desde el principio. No voy a cambiar de opinión. Si no es suficiente para ti, ya sabes dónde está la puerta.

Cogí el papel de la encimera y me lo metí en el bolsillo trasero. Podía salir y ligar con cualquier chica en un bar, llevármela a casa y echar un polvo salvaje. Podía conseguir una pareja exclusiva a corto plazo hasta que mis deseos quedaran satisfechos. Pero no quería hacerlo. Austen era la única mujer que deseaba. El sexo con ella era increíble, alucinante. Incluso con condón, los polvos con ella eran de los mejores que había experimentado.

Rodeé la isla de la cocina, haciendo sonar el suelo de madera con mis pasos hasta llegar a donde estaba. Me acerqué a ella lentamente con los ojos fijos en su rostro. La miré, sintiendo la tensión que había entre nosotros. A

pesar de su rechazo, la deseaba. La agarré por la cintura y la subí a la encimera para que estuviéramos cara a cara. Le levanté el vestido y expresé toda mi frustración con un beso dominante y agresivo, reclamándola pese a que no lo deseaba.

En cuanto sus labios rozaron los míos, ardió en llamas. Me desabrochó los vaqueros y me sacó la polla. Luego me quitó la camisa y acarició mi pecho musculoso y duro como una losa de hormigón.

Me saqué un condón del bolsillo y se lo puse en la mano.

—Haz los honores, cariño.

Rasgó el envoltorio y desenrolló el látex sobre mi miembro de forma rápida y eficiente. Me masajeó los testículos sensualmente mientras me chupaba el labio inferior.

Me volvía loco.

La empujé sobre la encimera hacia atrás, tirando de sus caderas hasta dejarla al borde. Penetré su coño apretado con fuerza, presa de la ira. El látex disminuía la sensación, pero seguía siendo tan increíble que me olvidé por completo de nuestra pelea.

La follé como siempre hacía.

AUSTEN

EMPEZABA a sentirme culpable por no haberle dicho a Madeline y a Jenn lo que estaba pasando con Ryker. Estábamos acostumbradas a contárnoslo todo. Y lo peor es que no tenía a nadie con quien hablar sobre mis problemas porque era un secreto.

Nunca se me había dado bien guardar secretos.

Sabía que no se lo dirían a Liam, así que no tenía que preocuparme por eso. E incluso si lo hicieran, no parecía que a Liam fuera a importarle demasiado. De todos modos, no era de su incumbencia. Si Madeline y él se enrollaban, yo no iba a intervenir.

Las encontré en una mesa de la parte de atrás del bar, sentadas en el rincón de siempre. El asiento tenía capacidad para diez personas, pero nos gustaba acapararlo de todos modos.

—¿Qué tal?

—Te hemos pedido tu cosmopolitan. —Jenn me acercó el vaso de color rosa—. Intenté pedírtelo doble, pero el barman dijo que debíamos ir despacio.

Agité la cabeza.

—Ese tío no tiene ni puta idea. —Di un largo trago para desafiar al barman sin nombre—. Lo pondré en su sitio.

—Seguro que sí —dijo Madeline—. ¿Qué te cuentas? Han abierto una nueva discoteca en el centro. Pensé que podríamos ir.

—A mí todo me resulta nuevo —dije—. Así que me apunto a lo que sea.
—Mis padres eran de Nueva York, pero me había ido a estudiar fuera durante los años de universidad, y antes había asistido a un colegio privado en Connecticut. Así que no había pasado mucho tiempo allí.

—Pues iremos el sábado —añadió Jenn—. Y no hay más que hablar.

Ahora que estaba con ellas, notaba una punzada de culpa en el estómago. Llevaba más de un mes acostándome con Ryker y no les había dicho nada. Madeline creía que nos habíamos enrollado en una ocasión, pero eso era sólo la punta del iceberg.

—¿Estás bien? —Madeline debió notar la expresión de inquietud en mi rostro porque me observaba con preocupación.

—Eh... Más o menos. —Hice una mueca al mirarlas—. Os tengo que contar una cosa.

—¡Oh, oh! —dijo Jenn—. Por favor, no me digas que te has quedado preñada.

—No. —Sería imposible que lo estuviera, pues usaba dos métodos anticonceptivos distintos.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Madeline.

—¿Os acordáis que Ryker y yo nos enrollamos en una ocasión? —Removí la bebida de color rosa, contemplando los surcos que se formaban en el líquido.

—Sí... —Madeline entornó los ojos.

—Pues yo no lo sabía —replicó Jenn—. ¿Cómo es en la cama?

—El mejor amante que he tenido. —De eso no cabía duda. Había estado profundamente enamorada de Nathan un tiempo atrás, pero Ryker le daba mil vueltas en la cama—. Una cosa llevó a otra, y volvió a ocurrir... y ahora somos follamigos.

—¿Quedáis para follar? —preguntó Madeline.

—Sí. —Me esperaba burlas y críticas. Había roto la promesa que me había hecho a mí misma unos años antes.

—Pues me parece genial —dijo Madeline—. Cuando dijiste que no volverías a acostarte dos veces con el mismo tío, supe que seguías con el corazón roto por Nathan. Pero si quieres seguir saliendo con Ryker, significa que te has recuperado.

No esperaba que me dijera eso.

—Pero no estoy saliendo con Ryker. Sólo me acuesto con él.

—Es un comienzo —añadió Jenn—. Seguro que hacéis otras cosas aparte de follar.

Había cena y conversación aparte del sexo. Incluso me había quedado a pasar la noche en su casa.

—Bueno... sí.

Madeline llevaba un vestido amarillo sin tirantes que le quedaba perfecto, pues resaltaba el tono de su piel. Era una de esas chicas que posee belleza natural sin usar ni una gota de maquillaje.

—Creo que es un buen comienzo. Además, está buenísimo.

—Nunca llegaremos a nada. Se lo dije y estuvo de acuerdo. Pero ayer me soltó que quería tener una relación exclusiva conmigo para que dejáramos de usar condón. —Había estado a punto de transigir cuando me acorraló, pero conseguí mantenerme firme. Cuando se volvía callado y meditabundo, estaba aún más sexy. Casi cedí.

—¿Qué le respondiste? —preguntó Jenn.

—Que no, por supuesto —repliqué—. No es lo que busco. Le dije que sólo quería un rollo, eso es todo.

—¿Y qué problema hay si se convierte en algo más? —preguntó Madeline.

—Sabes que nunca volveré a pasar por eso. —No hacía falta que me recordara por lo que había pasado—. Estoy contenta con la vida que llevo y no voy a cambiarla.

—Por ahora. —Jenn llevaba el pelo rizado y aros dorados en las orejas. Se había puesto un vestido negro ceñido, por lo que todos los tíos miraban en nuestra dirección—. ¿Y qué pasará cuando todo el mundo se case y tenga

hijos?

—¿Es que vamos a dejar de ser amigas? —pregunté incrédula—. Seguiremos saliendo.

—Pero no tendrás lo que tenemos nosotras —respondió Madeline—. Te perderás una experiencia maravillosa.

—Estaré bien, estoy segura —repliqué—. Muchas mujeres no se casan ni tienen hijos.

Madeline y Jenn intercambiaron miradas como si no pudiera estar más equivocada.

—¿Sabes qué? —dijo Madeline—. Hemos sido muy comprensivas hasta ahora. Sabemos que lo pasaste muy mal porque Nathan fue un malnacido contigo. Te habían hecho daño y necesitabas tiempo para lamerte las heridas. Lo entendemos. Pero Austen, es hora de que pases página.

—Y lo he hecho. —Había superado lo ocurrido. Había estado con otros hombres y era feliz con mi vida.

—No —replicó Jenn—. Te aterroriza que vuelvan a hacerte daño. Tienes tanto miedo que no estás dispuesta a darle a nadie una oportunidad.

—Eso no es cierto. Si alguna vez conozco a un tío sin el que sea incapaz de vivir, iré a por él. —Aunque sospechaba que eso jamás sucedería.

—Pero, ¿cómo lo vas a saber si no le das a nadie una oportunidad? —preguntó Madeline—. ¿Por qué no empiezas a salir en serio con Ryker? Parece un buen tipo. Tiene éxito en la vida, es atractivo, educado y sincero.

Había creído que Nathan era el hombre más maravilloso del mundo hasta que me demostró lo contrario.

—Sé que tenéis buenas intenciones, pero no estoy dispuesta a hacerlo. Seguiré como hasta ahora porque soy feliz así. Sólo quería que supierais lo de Ryker porque me sentía culpable por ocultároslo. Y no se lo mencionéis a Liam, por cierto.

Me miraron como si no se creyeran el discurso que acababa de soltar.

Cambié de tema porque la situación se estaba volviendo incómoda.

—Nathan me llamó el otro día.

—¿Cómo? —Jenn se volvió tan rápido hacia mí que tiró la copa y la bebida se derramó por la mesa—. Mierda. —Cogió un puñado de servilletas y las arrojó sobre el charco de alcohol.

—¿Qué más da? —Madeline tiró más servilletas encima, cubriendo el desastre y dejándolo en cuarentena—. Austen, ¿qué ocurrió? ¿Qué te dijo ese hijo de puta baboso?

—Eso —Jenn se inclinó hacia delante, apoyando las manos en la pila de servilletas empapadas. Estaba demasiado interesada en mis palabras para preocuparse por que se le quedaran las manos pegajosas.

—Estuve a punto de no responder. —Me aumentaba la adrenalina en sangre sólo de hablar del tema—. Dijo que quería cenar conmigo para poder disculparse en persona. Le dije que nuestra relación había terminado y que no hacía falta que se disculpara.

—Bien —dijo Madeline—. Buena respuesta.

—Entonces respondió que sabía que no había tenido novio desde nuestra ruptura... —No sabía cómo lo había descubierto, pero la gente hablaba. Todos debían saber que me acostaba con unos y con otros porque me habían roto el corazón.

—Qué imbécil. —A Jenn se le iban a salir los ojos de las órbitas—. ¿Qué le respondiste?

—Que no tenía novio porque era muy feliz estando soltera. —En aquel momento, no se me había ocurrido nada mejor que decir. Debía mantenerme firme para que no supiera el daño que me había hecho.

—Muy bien —dijo Madeline—. No te hace falta un hombre.

—Está claro que no llamó para disculparse —añadió Jenn—. Han pasado casi tres años. Llega tarde.

—Creo que quiere volver a intentarlo contigo —dijo Madeline—. Quizás piense que sigues colgada por él y aún tiene una oportunidad contigo.

—Nunca pienso en él. —Ya no seguía enamorada—. Así que no va a

funcionar.

—Tiene muy poca vergüenza llamándote —dijo Jenn—. Vaya imbécil.

—¿Por qué se divorciaron? —No debería importarme, lo sabía. Pero ahora que me había llamado, deseaba saberlo.

—No estoy segura —respondió Madeline—. Sólo oí que se habían divorciado. Al parecer, nadie sabe el motivo.

Probablemente jamás lo descubriría. Y, fuera cual fuera la respuesta, no importaba nada.

RYKER Y YO NO HABÍAMOS HABLADO DESDE NUESTRA PELEA DEL DÍA ANTERIOR que había acabado en un polvo salvaje. Sabía que estaba enfadado por no haberse salido con la suya, pero yo no iba a ceder de ninguna manera. Había cometido el error de quedarme a dormir cuando no debía, pero no volvería a romper las reglas. Si seguía haciendo excepciones, temía quedar atrapada en una situación que no podía controlar.

Al finalizar la jornada laboral, salí del edificio con los ojos fijos en mi móvil. Me preguntaba si Ryker me habría enviado un mensaje de texto, pero no lo había hecho. Sospeché que tendría que ser yo la que diera el siguiente paso.

Estaba a punto de escribirle un mensaje cuando escuché mi nombre.

—Austen.

Levanté la vista, reconociendo aquella voz profunda y familiar. Mis ojos se posaron en el hombre a quien más despreciaba sobre la faz de la tierra. Ante mí estaba Nathan, mi exprometido, con el rostro afeitado, aquel cabello rubio que solía acariciar y sus ojos azules y llamativos.

Tardé un momento en asimilar la realidad. Nathan estaba frente a mí, muy atractivo con camiseta y vaqueros. Tenía el cuerpo tan definido como antes, bello y poderoso. Poseía un encanto natural juvenil que lo hacía más carismático.

No me sentía tan confiada en persona como por teléfono, pues seguía en estado de shock. ¿Me había estado esperando a la salida del edificio para verme? ¿O era sólo una coincidencia?

—No, te has equivocado de persona. —Giré rápidamente a la derecha y seguí caminando como si no lo hubiera visto. Comencé a sudar y me dolía el corazón como si estuviera a punto de explotar.

Mierda.

¿Que debía hacer?

No era tan ingenua como para pensar que la conversación había terminado. Me alcanzaría en unos segundos.

Era sólo cuestión de tiempo.

—Austen. —Vino corriendo hasta alcanzarme—. Siento pillarte por sorpresa. No era mi intención asustarte...

—No estoy asustada. —Me detuve en seco y lo miré—. No me asustas, Nathan. No significas absolutamente nada para mí. Es como si ni siquiera estuvieras aquí. —Empecé a caminar de nuevo, a pesar de que iba en la dirección opuesta a la de mi apartamento. Mostrarme digna, orgullosa e indiferente era muy importante en ese momento. Jamás olvidaría los años que habíamos pasado juntos y lo que significaron para mí, pero debía hacerle creer que los había borrado de mi mente.

—Austen... Sé que estás enfadada. —Volvió a alcanzarme—. Yo sólo...

—No estoy enfadada, Nathan, pero no quiero que me moleste un extraño. Ya no te conozco ni tú me conoces a mí. Dejémoslo así.

—Sólo quiero hablar contigo, Austen.

—Ve a hablar con tu mujer... o exmujer. Lo que sea.

Nathan suspiró, pero siguió caminando a mi lado mientras otros peatones pasaban de largo sin prestarnos atención.

—Te has enterado, ¿no?

—Espero que te hayas divorciado, porque no deberías intentar hablar con tu exnovia si sigues casado. Aunque espera... eres infiel por naturaleza.

Agachó la cabeza.

—Vale... me lo merezco.

—Mereces mucho más que eso, Nathan.

—¿Podemos ir a alguna parte a hablar? No me importa hacer ejercicio, pero...

Dejé de caminar y me volví hacia él.

—¿Dijiste que querías disculparte?

Su rostro se iluminó porque al fin conseguía lo que quería.

—Sí. Así que si pudiéramos...

—Disculpa aceptada. Te perdono, Nathan. Creo que la mejor forma de mostrar tu arrepentimiento es dejándome en paz. Te deseo lo mejor y espero que sólo te pasen cosas buenas. —Esa parte no era cierta, pero bueno—. Así que ya podemos pasar página.

Vi la decepción en su rostro.

—Austen, sé que no me debes nada, pero me gustaría tener una conversación civilizada contigo. Tengo que decirte algunas cosas, y creo que es mejor que nos sentemos.

Sus palabras no significaban nada para mí.

—Nathan, cuando me dejaste por Lily, ¿qué hice?

Su expresión se volvió confusa.

—¿Cómo?

—Cuando os sorprendí a Lily y a ti, me dijiste que querías estar con ella. ¿Recuerdas lo que te respondí?

—Eh...

Ni siquiera se acordaba.

—No luché por ti, Nathan. No te grité. No te dije lo mucho que me habías herido. Te dejé marchar, Nathan. Me aparté porque sabía que habías tomado una decisión. Así que te pido la misma consideración. Déjame marchar. —Me alejé, y esta vez no me siguió. Se quedó en la acera donde lo había dejado, pensando en lo que acababa de decirle.

Esperaba no volver a verlo. Su rostro atractivo, había revivido las emociones que sentía por él. Era el amor de mi vida, el hombre con el que había querido pasar el resto de mis días. Nunca había estado tan desesperada como cuando se marchó. Fue como despertarse en un sueño y acostarse con una pesadilla.

TOMÉ EL ASCENSOR HASTA EL PISO DE RYKER Y ME QUEDÉ ESPERANDO FRENTE A su puerta. Iba a irrumpir en su casa demandando sexo tórrido, pero me di cuenta de lo inadecuado que sería. Así que me detuve en el pasillo y lo llamé.

Respondió tras varios tonos.

—Cariño. —Me saludó con voz sexy, aunque su tono era distante e indiferente.

—Hola. ¿Estás ocupado?

—Nunca lo estoy si me llamas tú.

Me encantaba cuando coqueteaba conmigo. Se le daba tan bien.

—¿Te importa que vaya a tu casa? —Necesitaba ocultarme entre sus brazos y dejar que su aroma enmascarara el de Nathan. Quería que borrara aquel recuerdo de un plumazo.

—Claro que no.

—Vale... Porque estoy en el pasillo.

Ryker tardó unos segundos en responder.

—¿Por qué no has llamado a la puerta?

—No sabía si tenías compañía...

—Entonces, ¿por qué no me has llamado antes de venir?

Porque no pensaba con claridad. En cuanto di por terminada la conversación con Nathan, paré un taxi y acabé en su edificio.

—Ha sido sin pensar.

—Ahora mismo sólo estoy saliendo contigo. Pero eso ya lo sabes, Austen.

Así que dejémonos de juegos, ¿vale?

—No estoy jugando.

Se abrió la puerta de su casa y salió al pasillo con el teléfono pegado a la oreja.

—No estarías al final del pasillo ahora mismo de no ser así. —Colgó y guardó el teléfono en el bolsillo.

Mantuve el teléfono contra mi oreja a pesar de que la línea se había cortado. Lo miré fijamente antes de guardar el teléfono en el bolsillo y caminar hasta la puerta de su casa. Contemplé su rostro afeitado y sus hermosos ojos verdes. Quería contarle cómo me había ido el día y lo ocurrido con Nathan, pero no era capaz.

—Algo te pasa, lo sé. —Su voz era apenas un susurro mientras sostenía mi rostro entre sus manos y acariciaba mi cabello—. Lo llevas escrito en la cara. Pero sé que no vas a contarme nada, así que no te preguntaré. —Se inclinó hacia mí, y su beso fue cálido, lleno de afecto y cargado de la energía sexual que parecía formarse cada vez que estábamos juntos en la misma habitación.

Con la otra mano me agarró por la nuca con fuerza, poseyéndome como si fuera suya y pudiera hacer conmigo lo que quisiera. Me hizo entrar en el apartamento y cerró la puerta de una patada sin romper nuestro beso. Lo siguiente que supe es que tenía la espalda contra la puerta, llevaba los vaqueros por los tobillos y un condón cubría su miembro. Me levantó y enlazó mis piernas en torno a su cintura antes de penetrarme con violencia.

Luego me folló duro y rápido contra la puerta, haciendo que me corriera allí mismo. Hizo exactamente lo que yo quería, provocándome un placer tan intenso que olvidé la emboscada a las puertas de mi trabajo.

Le eché los brazos al cuello, y respiré en su boca mientras me follaba.

—Ryker...

Me besó con fuerza, metiéndome la lengua en la boca y moviendo las caderas frenéticamente al embestirme contra la puerta de su casa.

—Cariño, me encanta oírte decir mi nombre.

TENÍA UNA DUCHA GRANDE Y AMPLIA CON ESPACIO SUFICIENTE PARA DOS personas. Todas las paredes eran de cristal, y el suelo de granito. Era la ducha más lujosa en la que había estado.

La espuma goteaba por su barbilla firme y su torso pétreo mientras se masajeaba el champú en el cabello. No había nada más erótico que verlo asearse, parecía el modelo de un anuncio de gel.

—¿Qué?

—¿Eh? —respondí automáticamente, perdiendo el hilo de mis pensamientos.

—Llevas dos minutos sin quitarme la vista de encima.

—Ah... Lo siento. Es como ver porno.

Se rio y me masajeó las tetas con las manos cubiertas de jabón.

—Si lo fuera, ¿te estarías tocando ahora mismo?

—Obvio. —Ryker era el hombre más sexy que había visto jamás. Era tan guapo que tenía que apretar los muslos para controlarme. Podría grabar un vídeo, cobrarle cien pavos a cada persona que lo viera, y todas las mujeres del mundo pagarían sin rechistar.

Mi honestidad le hizo reír.

—Me he masturbado contigo varias veces.

—Uh... ¿mirándome?

—No. Después de conocernos.

—Ah... —Se me puso la piel de gallina. Ahora ardía y deseaba más sexo aunque lo hubiera hecho varias veces momentos antes.

La tenía dura, como siempre.

—Te follaría, pero no tengo condón a mano.

Contemplé su polla, tratando de ser responsable al mismo tiempo. Pero era demasiado difícil.

Entornó los ojos mientras se frotaba por el cuerpo una pastilla de jabón.

—Qué terca eres.

—No lo soy. Me limito a cumplir mis normas.

—Pues tal vez no deberías tenerlas. Deberías hacer lo que te apetezca en lugar de ponerte siempre en lo peor. Sólo se vive una vez, ¿no?

Estaba acostumbrada a que mis amigas me dijeran la verdad sin paños calientes y sabía que Ryker era igual. Me diría lo que pensaba aunque no quisiera oírlo.

—Me tratas con más condescendencia que mis propios padres.

—Es que tus padres no han hecho un buen trabajo y ahora me toca a mí enmendarlo.

Masajeé el acondicionador en mis cabellos y lo dejé unos minutos para que absorbiera la humedad y mi pelo estuviera suave y sedoso.

—Tu único trabajo es follarme. Creí que lo había dejado claro.

—Pues me gustas, Stone Cold. Y tengo que enderezarte.

—¿Te gusto?

—Sí. Y viniendo de mí es un buen cumplido porque no me suele gustar nadie.

—Mira quién es el terco ahora...

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Qué ha pasado hoy? ¿Has tenido un mal día en el trabajo?

Se me llenaron los ojos de tristeza al ver que salía el tema. Intentaba evitar pensar en Nathan, pero ahora era mucho más difícil. Mi principal fuente de distracción me recordaba algo de lo que no quería hablar.

Ryker me observaba decepcionado.

—Olvida lo que te acabo de preguntar. Te follaré cuando salgamos de la ducha y podrás volver a tu casa y a tu vida.

Sus palabras me atravesaron, haciéndome sentir su rechazo y mi propio dolor al mismo tiempo.

—Lo siento. Tienes razón. Tengo que relajarme un poco, pero me resulta difícil. No me acuesto más de una vez con la misma persona porque no

funciona demasiado bien.

—¿Qué es lo que no funciona?

—La distracción. Me ayuda a no pensar en cosas en las que no quiero pensar. El sexo contigo es tan increíble que repito. Cuando estoy a tu lado, no pienso en mis miedos. Por eso me gusta tanto tu compañía. Funciona...

Se enjuagó el jabón del cuerpo y me miró con ojos suaves. Su enfado y agresividad se desvanecieron en cuanto dejé caer los muros tras los que me protegía.

—¿De qué tienes tanto miedo, cariño?

No podía creer que fuera a contárselo. En el transcurso de las últimas seis semanas, nuestra relación se había vuelto más estrecha. Había intentado evitarlo en lo posible, pero había ocurrido de todos modos. Estaba cansada de luchar contra nuestra química, contra la conexión natural que sentía desde el primer día que lo vi. Ya fuera sólo una conexión física o de amistad, había algo.

—Me cuesta hablar de ello... Supongo que sigue dándome vergüenza. Y no debería dármela porque no fue culpa mía y no tenía ni idea de lo que estaba pasando, aunque no por ello deja de ser humillante.

No me presionó para que siguiera. Me observaba con ojos amables esperando a que continuara.

—Estuve prometida.

El agua le golpeaba el pecho y fluía por su cuerpo, deslizándose en meandros hasta llegar al suelo.

Di un paso más bajo el agua, dando la bienvenida al calor.

—Estaba enamorada y feliz. Y un día llegué a casa y me lo encontré follándose a mi mejor amiga...

Cerró los ojos y apretó la mandíbula, sintiendo el aguijón de las palabras al ser pronunciadas.

—A día de hoy, aún no sé cuánto tiempo llevaban viéndose. No sé cuándo se enrollaron ni cómo comenzó. Lily y yo no hemos hablado desde que la

encontré en mi cama con el culo en el aire. Y Nathan y yo... tampoco hablamos de ello. Cogió sus cosas y dijo que quería estar con ella. No se disculpó... no luchó por mí. Se fue. —Sentí lágrimas en los ojos, pero me negué a dejarlas salir. Nathan y Lily no merecían mis lágrimas—. Creo que nunca lo he superado. Amaba a Nathan de verdad. Quería pasar el resto de mi vida con él y tener hijos. Acababa de comprar mi vestido de novia unas semanas antes de pillarlos...

Ryker me miró con ojos llenos de remordimiento a pesar de que no había hecho nada malo. Deslizó las manos por mi cintura y me sostuvo contra su pecho, mientras el agua caía sobre nosotros. Me acarició la espalda, calmándome de la única manera que podía.

Apoyé la mejilla contra su pecho, agradecida por no tener que sentir su expresión de lástima por más tiempo. Ryker era tosco y duro debido a viejas heridas, y no esperaba que fuera tan amable conmigo. No se trataba sólo de sexo duro. Era algo más que un mujeriego.

—Me enteré de que Nathan y Lily se habían divorciado. No podía creerlo. Había asumido que si me traicionaban era porque estaban destinados a estar juntos. Pero apenas han durado dos años... Es tan patético. Él me llamó la semana pasada... y no me lo esperaba.

—¿Qué te dijo?

—Que quería cenar conmigo y disculparse.

—No le des esa satisfacción. —Su frialdad contrastaba con el calor del agua y me heló la sangre.

—No lo hice. Pero cuando salía hoy del trabajo, me estaba esperando. Volvió a pedirme que cenara con él porque quería hablar. Pero seguí caminando... y terminé aquí. —Me aparté de su pecho y lo miré a la cara, contemplando aquellos ojos hermosos que me volvían loca.

—Ese tío tiene mucho valor.

—Lo sé. —Después de lo que me había hecho, lo normal era que me dejara en paz.

—¿Quieres que me ocupe yo?

Me reí porque parecía un matón de colegio.

—¿Qué? ¿Vas a darle una paliza?

—No —dijo en voz queda—. Lo mataré. —La expresión en sus ojos sugería que no bromeaba, pero esperé que sí.

—No... No merece la pena.

—Yo no pienso lo mismo.

Apreté mi cara contra su pecho una vez más y lo besé sobre el esternón, probando el agua de la ducha mezclada con el sabor de su piel.

—No he salido con nadie desde que Nathan me dejó. Es más fácil tener rollos, y mucho más divertido. Así que cuando te conocí, creé esas reglas para que... no pasara nada.

Me agarró de los hombros con cuidado.

—¿Para que yo no quisiera algo más?

—No... para que no lo quisiera yo. —Al acostarme con un chico una sola vez, no había posibilidad de apego. Pero Ryker era tan bueno en la cama que no quería renunciar a eso. Me estaba costando mucho mantener mis sentimientos bajo control. Pero si dejábamos de salir con otras personas, olvidábamos usar protección y nos quedábamos a dormir juntos a menudo, temía que fuera inevitable.

Me masajeó los hombros con suavidad antes de deslizar las manos hasta mis codos. Hizo que lo abrazara por la cintura, acercándome a él de nuevo.

—Yo también tengo mis propias cargas.

—No tienes que contármelo si no quieres. No me debes nada... —No le había contado mi historia para sacarle información. Sólo lo había hecho porque no podía callar por más tiempo.

—Lo sé. Y quiero hacerlo.

Lo miré a los ojos, esperando a que hablara.

—Había renunciado a las relaciones para siempre. Nunca he sido un hombre monógamo. Mi padre engañaba a mi madre y vi sus mismos defectos

en mí. Pero conocí a una mujer llamada Rae... —Hizo una pausa al decir su nombre en voz alta, como si fuera la primera vez que le hablaba a alguien de ella—. Nos enrollamos y lo pasamos bien. Pero empecé a sentir algo tan fuerte por ella que no quería estar con nadie más. Empecé una relación con ella aterrizado y sin saber qué estaba haciendo. Pero fue paciente conmigo y logramos que funcionara. Entonces mi padre enfermó... y ambos nos peleábamos a menudo. No supe lidiar con ello y no le conté nada a Rae. Un día me dijo que me amaba... y me asusté. La dejé.

No sabía quién me daba más lástima, si él o ella.

—Pasé los siguientes tres meses acostándome con mujeres cuyos nombres ni siquiera recordaba al día siguiente. El cáncer de mi padre empeoró y su tiempo se agotaba. Pero fui incapaz de perdonarle lo que había hecho. Y falleció... Fue entonces cuando todo se vino abajo. No pude evitarlo más y me derrumbé.

Las lágrimas ardían en mis ojos, pues sentía su dolor.

—Al fin lloré su pérdida y me sentí abrumado. Pero el sufrimiento me obligó a despertar del coma emocional en el que estaba sumido. Sabía que la amaba, había comenzado a amarla mucho antes de que ella me amara a mí, e hice lo posible por recuperarla... pero ya llevaba un tiempo saliendo con otro y se había enamorado de él. Llegué demasiado tarde.

Le acaricié el pecho, tratando de consolarlo.

—No podía quedarme en Seattle porque todo me recordaba a ella. Así que me mudé aquí... para volver a empezar. —Me miró a los ojos con una expresión de dolor en los suyos—. Mi historia no se parece en nada a la tuya. Mi sufrimiento es culpa mía. Pero entiendo lo que es necesitar una distracción para dejar de pensar en otras cosas. Desde que te conocí, todo ha ido un poco mejor. El sexo es genial, y tener una persona a mi lado anestesia el dolor. Pero no debes preocuparte por que ocurra algo serio entre nosotros. La única vez que traté de tener una relación con alguien... lo arruiné como siempre había creído que haría. No estoy hecho para eso. Así que, si te preocupa que alguna

vez lleguemos a tener algo más importante, no te atormentes por ello. Es obvio que estamos demasiado destrozados para sentir algo real por el otro.

LA CONVERSACIÓN QUE HABÍA TENIDO CON RYKER FUE UNA DE LAS MÁS deprimentes de mi vida. Fue cruda, oscura y devastadora. Estaba enamorado de una mujer a la que no podía tener, y yo estaba destrozada al ver que el amor de mi vida se había ido con mi mejor amiga.

Pero nos acercó aún más.

Ya no lo veía como una máquina sexual con un sólo propósito o como un hombre atractivo.

Ahora lo veía como uno de mis mejores amigos.

Ya no pensaba demasiado en Nathan, pero sí en Ryker. Me preguntaba cómo sería Rae. ¿Rubia? ¿Morena? ¿Seguía hablando con ella? ¿Era el amor de su vida al igual que Nathan era el mío?

Fui a cenar con Madeline y Jenn después del trabajo a uno de nuestros restaurantes italianos favoritos. Hablamos de amigos mutuos, de la nueva novia de Jared y del partido de baloncesto de la noche anterior. Al fin le llegó el turno a Nathan.

—¿Has tenido noticias tuyas? —preguntó Madeline.

—Sí... Por desgracia. —Había sucedido cuatro días antes, pero parecía que había sido ayer. Les conté que me esperó a la salida de la oficina y me siguió por la calle.

—Vaya psicópata —dijo Jenn—. ¿Por qué se empeña tanto en hablar contigo?

—No tengo ni idea. —Dudaba de que tuviera algo de suma importancia que decirme.

—¿Se creerá que podéis seguir desde donde lo dejasteis? —preguntó Madeline—. Se fue sin mirar atrás. Nunca te llamó para ver cómo estabas. No

intentó nada. ¿Y ahora se cree con derecho a tener una conversación contigo cuando le plazca?

—No sé qué se le estará pasando por ese cerebro de chorlito suyo. —Pero estaba claro que no era nada lógico.

—Pues me he enterado de que va a la boda de Vanessa la semana que viene —dijo Madeline—. Ni siquiera sabía que Lily y él estaban en la lista de invitados. Pero, al parecer, él va a ir y ella no.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Porque me llamó Vanessa —dijo Madeline—. Lo ha invitado Mark porque eran buenos amigos en la universidad. Quería que te avisara.

Me pasé las manos por la cara.

—Ni siquiera lo había pensado... —Había imaginado que Lily y Nathan podrían asistir, pero pensé que no tendrían el valor de aparecer por allí si yo estaba en la lista de invitados.

—Y vistas las ganas que tiene de hablar contigo, seguro que viene —dijo Jenn—. Es otra oportunidad para verte.

—Porque vas a venir, ¿verdad? —preguntó Madeline alzando las cejas.

Quise cancelar mi asistencia en el acto. No deseaba pasar la noche esquivando a Nathan mientras intentaba acorralarme para hablar conmigo sin mi consentimiento. Pero tampoco quería quedarme en casa, porque si lo hacía, él sabría que era por su culpa. Quedar mal no era una opción.

—No. No voy a dejar que me limite. Significaría que ha ganado él, y no puedo dejar que ocurra.

—Es verdad —añadió Madeline—. Tendría un poder sobre ti que no le corresponde.

—Pero ¿quieres lidiar con él toda la noche? —preguntó Jenn—. Espera, ¿por qué no te llevas a Ryker?

Las apariciones públicas no eran nuestro fuerte. Sólo nos acostábamos a puerta cerrada para disfrutar de sexo del bueno.

—Eh...

—Yo le he pedido a Liam que sea mi acompañante a la boda. —Madeline me dio la información con vergüenza, pues le incomodaba que supiera que podría estar saliendo en serio con mi hermano—. Así que, si vas con él, Liam se enterará.

Mi hermano era el último de mis problemas en ese momento.

—Ryker me dejó caer que a Liam no le importaría que empezara a salir con él.

—Pero cree que no estás saliendo en serio con nadie —indicó Madeline—. Si pensara lo contrario, su reacción podría cambiar.

Era cierto. Pero en ese momento prefería soportar la desaprobación de Liam al acoso continuo de Nathan durante toda la noche.

—En realidad es un plan perfecto. Si me llevo a Ryker, Nathan asumirá que tengo novio y me dejará en paz para siempre.

—¿Crees que a Ryker no le importará prestarse a eso? —preguntó Jenn—. Como sólo sois follamigos...

Seguramente lo haría en esas circunstancias.

—Sí, la otra noche le hablé de Nathan. Tendría que ser muy mala persona para negarse.

—Bien —dijo Jenn—. Parece que seré la única que vaya sin pareja. ¿No tiene Ryker amigos que estén buenos?

—Podría preguntarle. —Nunca me había presentado a ninguno de sus amigos. Pero ahora que era su amiga oficialmente, las cosas podrían cambiar—. A ver qué dice.

—Gracias —dijo Jenn—. Si tuviera un hermano gemelo, sería perfecto.

Me reí.

—Si tuviera un hermano gemelo, lo aprovecharía yo.

—¿Un Ryker no es suficiente para ti? —preguntó incrédula Madeline.

—Créeme —respondí—. Nunca me canso de él.

RYKER

DESDE LA CONVERSACIÓN en la ducha, las cosas habían cambiado entre Austen y yo en el buen sentido. No había temores ni secretos. Podía ser yo mismo a su lado, y sentía que ella pensaba igual que yo.

Le ofrecí invitarla a cenar porque nunca lo habíamos hecho antes. Solíamos follar en mi casa y yo preparaba algo de comer después. Pero ahora que el peso de las expectativas había desaparecido por completo, era como si fuéramos amigos que habían quedado a cenar.

Fuimos a un lugar agradable en el Upper East Side, un restaurante al que solía ir cuando quería impresionar a una mujer. No era esa mi intención con Austen, pues todo iba bien entre nosotros. Pero eso no significaba que no disfrutara llevando a una mujer hermosa a pasar una agradable velada.

Compartimos una botella de vino, y yo pedí lomo de ternera y ella chuletas de cerdo. Había velas encendidas en todas las mesas y las parejas hablaban en voz baja desde sus reservados. Un pequeño jarrón de cristal contenía una sola rosa roja. Era un lugar romántico sin ninguna duda.

Estaba muy atractiva con el pelo rizado y un vestido negro. Llevaba los labios pintados de rojo y se había maquillado los ojos en tonos oscuros, como me gustaba. Era la mujer más hermosa del mundo con aquellas piernas interminables y su piel perfecta.

Y tendría el privilegio de llevármela a casa.

—Qué restaurante tan lujoso —dijo mirando las otras mesas—. Yo soy más de Taco Bell.

Me reí.

—Taco Bell está genial de vez en cuando.

—El vino está muy bueno. ¿Cómo has sabido elegirlo?

Había salido en una ocasión con una mujer que tenía viñedos. Sabía mucho de vinos, y aprendí varias cosas de ella cuando no estábamos follando.

—Alguien me enseñó. Me alegro de que te guste.

Devoró todo el pan en la cesta y pasó a su segunda copa de vino. A veces me observaba con sus ojos azules hermosos y llenos de vida. Quería hincarme las garras.

La conocía de sobra.

—Hay algo que quiero pedirte...

—¿Follar en el baño? —Moví las cejas.

Se rio como si creyera que bromeaba.

—Este sitio es demasiado sofisticado para eso. En un bar, seguro. En un Taco Bell, sin duda. Pero no en un restaurante tan ostentoso.

—Maldita sea. Tendría que haberte llevado a Taco Bell.

Su risa resonó en mis oídos.

—Por mucho que me guste Taco Bell, sé que este sitio será mil veces mejor.

Vi que daba otro sorbo al vino mientras esperaba su petición. Tenía las piernas cruzadas debajo de la mesa y las manos en el regazo. No usaba pantalones y camisas desde que salí de COLLECT, y había vuelto a mi antigua forma de vestir. Prefería ir en vaqueros y camiseta, y esa era una de las razones por las que no buscaba otro trabajo.

—¿Qué querías pedirme, cariño?

—Pues... —Se inclinó hacia adelante sobre la mesa, mostrando su escote. Sospechaba que no se había dado cuenta porque, de lo contrario, no se inclinaría tanto.

No dejé de mirarla a los ojos, pues parecía algo importante.

—Tengo una boda el próximo sábado. Me preguntaba si querrías ser mi acompañante.

¿Era eso?

—Claro. ¿Podré follarte en el baño?

—Por supuesto —dijo riendo—. Pero hay algunas condiciones.

—¿Como cuáles?

—Mi hermano estará allí. No sé si te resultará incómodo.

A Liam no parecía importarle que saliera con su hermana, así que no debería ser un problema. En realidad, no estábamos saliendo, así que daba igual.

—No. ¿Cuál es la otra?

—Este es el principal problema...

—Vale. —Esperé a que lo soltara.

—Nathan estará allí.

Me hirvió la sangre en cuanto oí su nombre. Hacía poco que Austen y yo teníamos una relación más estrecha, pero la idea de que alguien le hiciera daño me resultaba insoportable. Había tenido a la mujer perfecta, y prefirió cambiarla por una zorra infiel. Me moría de ganas por darle un puñetazo en plena mandíbula. Maldito gilipollas.

—Podría no ir, pero...

—No te quedes en casa por él. No dejes que controle tu vida. —Era mejor que fuera y con la cabeza bien alta.

—Pienso lo mismo. Pero creo que sería mucho más fácil si pensara que estoy saliendo con alguien...

Su petición era clara ahora.

—¿Quieres que finja ser tu novio?

—Exacto —respondió—. Cuando vea que estoy saliendo con alguien, creo que pasará página y se irá a molestar a otra.

—¿No crees que asumiré que es una farsa? —Sabía que había estado

soltera durante los dos últimos años. Podría descubrir que era mentira.

—Lo dudo. No parece algo que haría yo. Y no te lo pediría si no nos estuviéramos acostando ya. En realidad no es una farsa del todo, ¿sabes?

—Entiendo lo que dices.

—Así que si no quieres hacerlo...

—Me encantará ser tu pareja, cariño. Y haré que se pregunte qué cara pones cuando te follo, y si hago que te corras más que él. Haré que se arrepienta de haberte dejado por esa perra sin clase. No te preocupes.

Se pasó los dedos por el cabello mientras me contemplaba con mirada ardiente. Separó los labios un poco, como si necesitara más aire. Bebió un sorbo de vino y se lamió los labios, mientras la piel de su pecho se enrojecía levemente.

Sabía lo que significaban las señales.

—¿Quieres que pidamos la comida para llevar?

—Uf, menos mal.

ME PUSE ENCIMA DE ELLA EN LA CAMA, MI POSTURA FAVORITA PARA TOMARLA. Se abrió de piernas, clavándome las uñas en las caderas al tirar de mí, desesperada por que mi enorme polla la penetrara. Tenía el cabello desparramado sobre la almohada, suave y lustroso, y los labios separados y húmedos por mi beso. Sólo nos separaban sus bragas.

—Pongo una condición.

Mi frase la devolvió a la realidad. Me agarró los brazos mientras me miraba.

—¿Una condición para qué?

—Para ser tu pareja.

—¿Qué? —Tenía duros los pezones de habérselos chupado con ferocidad.

—Seré tu acompañante si dejamos de usar condón.

Entornó los ojos al oírme.

Ahora que nuestra amistad había alcanzado un nuevo nivel, no me parecía una petición injusta.

—Si uno de los dos se acuesta con otra persona, volveremos a usarlo. Pero por ahora, no tiene sentido. Quiero correrme dentro de ti.

Se ruborizó al oír mis palabras y me miró con ojos cargados de deseo.

—Cariño. —Presioné mi miembro contra su abertura, sintiendo la humedad entre sus piernas sólo para mí. Noté la polla pegajosa a causa de la lubricación. Quería penetrarla con violencia, sentir su coñito apretado a pelo una vez más—. Contéstame. —Debía oír su consentimiento antes de hacer lo que deseaba.

—Vale.

Aleluya. Deslicé mi polla en su interior sin sentir ninguna resistencia, a diferencia de cuando usábamos condón. Avancé poco a poco dentro de ella, hundiéndome profundamente mientras me movía cuanto podía. Todo mi cuerpo se tensó al sentir aquel placer maravilloso recorrer mis nervios. Me provocaba una sensación increíble, era la reina de todos los coños.

Me clavó las uñas en el brazo mientras gemía de placer. Jadeaba de forma incoherente y tenía los ojos vidriosos, como si fuera incapaz de pensar. Era igual que la primera vez que nos acostamos, y cada movimiento me llenaba de euforia.

—No tienes ni idea de cuánto placer me das. —La embestí despacio, sintiendo la lubricación de su cuerpo, producto de la excitación. Mi miembro entero estaba cubierto de su deseo. Quería correrme, pero un caballero no hacía esas cosas.

—Ryker... —Me echó los brazos al cuello y me besó, moviendo las caderas al ritmo de mis embestidas una y otra vez para darnos placer—. Me voy a correr ya.

Gracias a Dios.

—Yo también. —Moví mi lengua con la suya respirando al unísono

mientras nuestros cuerpos emitían sonidos sexuales al rozarse. La embestí con más fuerza, perdiendo el control. No podía evitar hundirme en su coño y hacer crujir la cama, dándolo todo.

Estaba desesperado por terminar, pero aún más por asegurarme de que ella terminara antes que yo. Así que profundicé el ángulo y froté la pelvis contra su clítoris, dándole la estimulación adicional que necesitaba para correrse.

Y lo hizo.

—Ryker... —Su coño se apretó en torno a mi miembro, y se corrió a chorros sobre mi polla.

No podía aguantar ni un segundo más, no cuando sentía su coño desnudo sin ninguna barrera entre nosotros. La agarré del pelo, embistiéndola con tanta fuerza que el cabecero chocaba contra la pared, y me corrí en su interior con un fuerte gruñido.

—Joder. —Mi polla se crispó al eyacular, llenándola con cada gota que tenía.

Me agarró el culo y me atrajo más hacia sí, metiéndose mi polla en toda su longitud mientras me corría y recibía todo mi semen.

—Puedo sentirlo... Es tan espeso.

Le agarré el cuello automáticamente en respuesta, sintiendo una nueva oleada de excitación a pesar de que ya había eyaculado. No saqué la polla de su cuerpo porque quería quedarme enterrado en ella para siempre, sintiendo la mezcla de nuestros fluidos.

—Esta noche no te irás a casa.

—¿No? —susurró.

—No. —La besé y sentí una nueva erección, como si no acabara de eyacular en su interior hacía un momento—. Porque me correré dentro de ti hasta que se haga de día.

AUSTEN

ME COMPRÉ un vestido amarillo claro para la boda, alegre y veraniego, pero no lo bastante brillante como para eclipsar a la novia. Llevaba tirantes, iba ceñido a la cintura y me llegaba por encima de la rodilla. Me peiné el cabello en ondas, maquillándome más que de costumbre. No debía importarme que Nathan se pusiera celoso.

Pero así era.

Ryker me recogió justo a tiempo. Me miró de arriba a abajo con aprobación en sus ojos antes de darme el visto bueno.

—Deliciosa.

Me reí y sentí que mis mejillas enrojecían, halagada por el cumplido.

—Tú también estás muy guapo.

—Es obvio, sólo hay que verme. —Se dio la vuelta con los brazos en alto, mostrando su culo ceñido en los pantalones. Cuando se volvió, tenía una sonrisa burlona en el rostro. Llevaba una camisa blanca que se ajustaba perfectamente a su cuerpo delgado y tonificado, y una corbata azul. No sólo le quedaba bien, sino que parecía costar miles de dólares.

Me agarró de la cintura y me atrajo hacia sí para darme un beso sin lengua. Conforme aumentaba la intensidad del beso, me apretaba la cintura con más fuerza. Cuando me metió la lengua, supe lo que sucedería a continuación.

—No podemos hacerlo. —Me aparté antes de que folláramos en el suelo

de madera de mi apartamento—. A este paso no llegaremos a la boda.

—Pues no me parece tan mala idea. —Me agarró el trasero con gesto pícaro antes de soltarme—. ¿Estás lista?

—Sí. —Cogí el bolso rosa que había comprado para la ocasión, y nos dirigimos a su automóvil.

Salimos de la ciudad en dirección a la campiña de Connecticut. Estaba a poca distancia en coche a través de la vegetación que existía más allá de los rascacielos de Manhattan. Se suponía que la boda era en un viñedo en algún lugar a lo largo de la costa.

Ryker apoyó la mano en mi muslo mientras conducíamos en cómodo silencio. Sus largos dedos eran masculinos, con nudillos rugosos, y parecían tallados en mármol. Sus antebrazos estaban surcados por venas y músculos. Incluso sus partes menos sexys eran deliciosas.

—¿En qué piensas, Stone Cold?

Aquel apodo inusual me había chocado desde la primera vez que nos vimos, pero ahora lo aceptaba. Era agradable que me llamara por un nombre tan distintivo y que nunca había usado con otra mujer. Teníamos algo que ninguno de nosotros compartiría jamás con otra persona, y eso lo hacía especial.

—En que incluso tus manos son sexys.

—Mis manos, ¿eh? —Sonrió sin apartar la vista de la carretera. Se las acaricié.

—Sí. Las tienes tonificadas y cubiertas de venas.

—¿Y las venas te parecen sexys?

—Sí. Todo en ti lo es.

Esta vez se volvió hacia mí, con una sonrisa.

—Buena respuesta, Stone Cold. Yo opino lo mismo de ti.

—¿Sí? ¿Hasta mis pies te parecen sexys?

—Pues claro que sí. Puedes masturbarme con ellos cuando quieras.

Me tapé la boca al reír, desconcertada por sus palabras.

—Oh, Dios mío, ¿te van los pies?

—No en particular. Pero me vas tú. —Me apretó la mano, acariciándome los nudillos—. Te follaría los pies cualquier día.

—No sé si hablas en broma o en serio.

—Hablo muy en serio. —Volvió a concentrar su atención en la carretera solitaria. No había otros coches, así que parecía nuestra propia aventura. La radio sonaba por los altavoces a un volumen moderado y se instaló un cómodo silencio entre nosotros—. ¿Estás nerviosa?

—No soy la que se casa.

—Ya sabes a qué me refiero, cariño. —Me miró de reojo antes de volver su atención a la carretera.

—La verdad es que sí.

—No lo estés.

—Sé que no debería. Pero Nathan me hace sentir cosas absurdas. Cuando lo vi a las puertas de mi oficina, estaba enfadada y molesta... pero tampoco pude evitar darme cuenta de lo guapo que estaba. No podía dejar de pensar en la forma en que me propuso matrimonio. Después de lo que me hizo, no debería sentir nada más que odio. Pero yo... no puedo evitarlo. —Aparté la vista para no tener que mirar a Ryker a la cara—. Sé que es patético y terrible. Sé que cualquiera me menospreciaría por ser tan débil. Incluso yo misma lo pienso. Pero es la verdad.

Ryker se mantuvo en silencio durante tanto tiempo que no parecía que fuera a decir nada.

—Yo no te menosprecio.

—No pasa nada si lo piensas...

—No. Cuando amas de verdad a alguien, es imposible odiar a esa persona. Me preguntaba si estaría hablando de sus propios sentimientos hacia Rae.

—Te pidió que te casaras con él, y dijiste que sí. Pensaste que ibais a pasar el resto de vuestras vidas juntos. No era un simple novio. Creo que tus sentimientos son comprensibles. He estado viviendo durante más de dos meses

en Nueva York, y aún no he superado lo de Rae. Ni de lejos. —Apoyó un brazo en la ventanilla mientras sujetaba el volante y dejó la otra mano en mi regazo—. Si eres patética, yo también lo soy.

Sentí una punzada de celos cuando me confesó sus sentimientos. No debería importarme porque no íbamos en serio y jamás lo haríamos. Pero en el fondo, muy en el fondo, me dolió. Me preguntaba si él había sentido lo mismo al confesarle mis sentimientos hacia Nathan. Pero, dada la personalidad de Ryker, sería difícil descubrirlo.

—Está con otra persona y van a casarse. Ya no debería pensar en ella, pero lo hago, todos los putos días. —Agitó la cabeza decepcionado—. Así que no te sientas sola, Austen. Todos hemos pasado por ahí.

Me volví hacia él, forzando una sonrisa.

—Gracias.

APARCAMOS SOBRE LA GRAVILLA Y CAMINAMOS HACIA EL VIÑEDO DONDE LA ceremonia estaba a punto de comenzar, frente al pasillo adornado con hojas de parra. Había hileras de sillas blancas delante de la glorieta del mismo color que se había instalado allí para la ceremonia. Busqué inmediatamente a mis amigos, pero también a Nathan.

Ryker me agarró de la mano y entrelazó nuestros dedos. Me miró mientras caminábamos, animándome en silencio.

—Estás impresionante y no debes ponerte nerviosa. Recuérdalo.

—Gracias...

Me soltó la mano y me rodeó la cintura con el brazo. Me atrajo hacia sí y me dio un beso en la cabeza, embriagándome con el aroma de su colonia. Cerré los ojos y disfruté de su gesto de afecto.

Llegamos a las sillas y encontramos a Madeline en una de las filas de atrás con Liam.

Liam vio nuestras muestras de afecto y se volvió hacia Ryker con una ceja levantada.

Abracé a Madeline y Jenn antes de saludar a Jared y a su pareja, McKenzie.

Ryker habló en voz baja con Liam. No capté gran parte de la conversación, excepto:

—Luego te lo explico.

Tomamos asiento y esperamos a que comenzara la ceremonia. Ryker apoyó el brazo sobre mi silla y me rodeó los hombros, haciéndome sentir como si fuera la única mujer en la boda que le importaba.

Ya sentada, contemplé los viñedos frente a mí, tratando de no pensar en dónde podría estar Nathan. Tras unos segundos, noté que sus ojos me taladraban con una mirada ardiente, haciéndome sentir el objetivo de un francotirador. Sabía quién me estaba mirando sin tener que comprobarlo.

Nathan.

LOS NOVIOS Y SU COMITIVA FUERON A DIFERENTES LUGARES DEL VIÑEDO PARA hacerse las fotos de boda mientras los invitados nos sentábamos en una gran mesa y disfrutábamos de los cócteles y aperitivos. Ryker no escatimó en afecto hacia mí, a pesar de que Liam estaba presente. Parecía estar más dispuesto a hacerme ese día más fácil que a ser un amigo leal de mi hermano.

Madeline y Jenn no mencionaron a Nathan en ningún momento, pues sabían que era algo de lo que no quería hablar. De todos modos, todos estábamos pensando en lo mismo, así que no importaba.

Liam no era el típico hermano mayor protector, pero me sorprendió que mantuviera la calma sabiendo que Nathan estaba allí. Esperaba ver alguna reacción de hostilidad hacia él por su parte después de lo que Nathan me había hecho, pero no parecía probable.

—Voy al baño. —Di un sorbo al vino antes de levantarme de la silla.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Ryker.

—No, está aquí mismo. No pasa nada.

—Vale. —Me apretó la mano antes de soltarme.

Caminé hacia el edificio donde se encontraban los servicios. El diseño toscano encajaba perfectamente con la cultura italiana, y el caluroso día de verano mezclado con la humedad hacía que fuera como estar en Italia. Al doblar la esquina, una mano me agarró del brazo.

Me volví enseguida y giré el brazo como me habían enseñado en mi curso de autodefensa. Guiada por el instinto, le tiré del brazo hacia abajo y levanté la rodilla para golpearle la ingle.

—AY. —NATHAN DIO UN PASO ATRÁS PARA EVITAR QUE LE ROMPIERA LA polla—. Lo siento, no era mi intención asustarte.

—Pues no me agarres, imbécil. —No me disculpé por la forma en que lo había atacado. No me gustaba que me agarraran por detrás de esa manera—. Con que hubieras dicho mi nombre bastaba.

—Tienes razón. Lo siento. —Levantó la mano para disculparse y dio un paso atrás—. Lección aprendida. —Me miró con ojos azules compungidos y aparentemente sinceros. Nathan reaccionaba por instinto. No siempre pensaba las cosas antes de actuar. Hacía que fuera a la vez espontáneo y estúpido, rasgos que una vez amé y odié al mismo tiempo. Bajó las manos y continuó mirándome con remordimiento—. Bonita ceremonia, ¿verdad?

—Sí. Mucho más de lo que podría haber sido la nuestra.

Bajó la mirada al oírme.

—Esa también me la merecía...

—Nathan, ¿qué quieres? —Miré a mi alrededor para cerciorarme de que estábamos a solas. Me daría mucha vergüenza que alguien presenciara la conversación con mi exprometido—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque quiero hablar contigo, como te he dicho ya varias veces.

Entorné los ojos.

—¿Por qué no dejas tu mensaje en el buzón de voz y así lo escucho cuando esté aburrída? —Me había convertido en una mujer malvada cuando ni siquiera había creído estar capacitada para ello. La mayoría de las palabras se me ocurrían de buenas a primeras.

—Sólo quiero comer contigo una vez —suplicó—. Venga.

—¿Por qué me hablas como si te debiera algo?

—No me debes nada —dijo—. Sólo quiero treinta minutos de tu tiempo. Piénsalo, si comes conmigo, te dejaré en paz. Conseguirás lo que quieres.

—¿Me estás chantajeando? —Me crucé de brazos, censurándolo con la mirada—. ¿Sólo me dejarás en paz si te doy lo que quieres?

—No, no es eso. —Bajó los brazos—. No quería que sonara así. Lo siento. Es que... estoy desesperado, Austen. Haré lo que sea por treinta minutos de tu tiempo.

—¿Por qué? —No entendía por qué estaba tan ansioso por hablar conmigo. No había nada que pudiera decir para justificar lo que me había hecho—. ¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque eres importante para mí, Austen. Necesito dejar las cosas claras y explicar por qué hice lo que hice.

—Pero no me importan tus razones, Nathan. —En realidad sí me importaban. Era algo que aún me quitaba el sueño a veces. Pero si daba muestras de ello, él ganaría la batalla.

—¿Qué puedo hacer para que cambies de opinión?

—Podrías haberme sido fiel y haberte casado conmigo —repliqué—. Entonces habría hecho lo que hubieras querido, Nathan. Pero en vez de eso, decidiste follarte a mi mejor amiga. Siento que las cosas no hayan ido como esperabas.

Esta vez no agachó la cabeza.

—Puedes seguir insultándome porque me lo merezco. Nunca te diré que

pares. ¿Pero podemos hacerlo durante la cena? ¿Podemos sentarnos y hablar sobre lo que sucedió hace tantos años?

Sabía que Nathan no se detendría hasta conseguir lo que quería. Y la verdad es que estaba ansiosa por tener esa conversación. Quería cerrar esa etapa. Deseaba seguir adelante y comenzar una nueva vida. Quería volver a creer en el amor, encontrar a otra persona y sentar la cabeza. Hasta que no dejara todo eso atrás, no sería capaz.

—Vale.

Su rostro se iluminó al ver que accedía.

—¿En serio?

Asentí.

—Muchas gracias, Austen. De verdad.

Seguí con los brazos cruzados sobre el pecho, sin bajar la guardia.

—¿Cuándo y dónde?

—¿Qué te parece quedar mañana para desayunar?

Planeaba acostarme con Ryker. No quería dormir sola esa noche.

—Mejor a cenar.

—De acuerdo. Gracias de nuevo. Te lo agradezco mucho.

Miré por encima de su hombro y vi a Ryker dirigiéndose hacia allí. Parecía un millonario con camisa y corbata. Era fuerte y poderoso, dominante y lleno de elegancia. Tenía los ojos fijos en Nathan, como si fuera a arrancarle la cabeza cuando llegara.

—Mi novio está justo detrás de ti, así que te sugiero que corras.

Vi decepción en su mirada.

—Oh... Pensé que no estabas saliendo con nadie.

—Hemos mantenido una relación discreta durante varios meses. Pero ahora va todo más rápido.

Nathan no huyó como pensé que haría, y se mantuvo firme.

Ryker pasó por su lado, dándole un empujón con su fuerte hombro deliberadamente. Se acercó a mí, sujetándome por la cintura, y me dio un beso

apasionado, reclamando su territorio para que todo el mundo lo viera. Me besó como si me amara, como si fuera la mujer más hermosa bajo aquel cielo de verano.

Besaba tan bien que casi me olvidé de Nathan.

Ryker se apartó y se volvió hacia él, dirigiéndole una mirada aterradora.

—¿Te puedo ayudar en algo?

Nathan no se achantó, pero tampoco lo provocó.

—No. Austen y yo hemos terminado nuestra conversación.

—Bien. Ya puedes volver arrastrándote por donde viniste, cucaracha.

La furia brilló en los ojos de Nathan, pero no se dejó provocar. Hizo un gesto con la cabeza para despedirse. Probablemente no quiso seguir la pelea porque había obtenido lo que quería de mí. No había necesidad de empeorar las cosas.

Cuando estuvo lo bastante lejos para no oírnos, Ryker se volvió hacia mí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Parece que no te puedo quitar la vista de encima.

—Creo que ya me dejará en paz.

—Por si acaso, no me despegaré de ti durante el resto de la noche.

Le acaricié el pecho y sonreí.

—Suená bien.

RYKER

HICE GIRAR a Austen antes de atraerla hacia mí, guiándola durante la canción lenta. Nos movíamos juntos igual que durante el sexo, perfectamente sincronizados. Anticipaba mis movimientos antes de que los hiciera, y poseía una elegancia exquisita, como si hubiera ensayado nuestro baile incluso antes de conocernos.

Acerqué mi rostro al suyo, dejándome embriagar por el olor a hierba de verano y a su perfume. Era fácil de guiar, incluso con tacones, y nunca me había gustado tanto bailar como con ella. La última vez que había bailado había sido con Rae para recaudar fondos en COLLECT, y había durado dos minutos antes de que apareciera Zeke.

—Bailas bien.

—Tú eres el que lleva la batuta.

—Pero obedeces muy bien.

—Estoy acostumbrada.

Me reí y la besé sin importarme que nos miraran.

—¿Cuándo acabará esto para que podamos...

—Perdón por la intrusión. —Madeline apareció con un vestido azul cobalto y pendientes de diamantes. Atraía la atención de la mayoría de los hombres, al igual que Austen.

A regañadientes la solté, sabiendo que me habían reemplazado.

—Claro. Pero devuélvemela cuando hayáis terminado.

Madeline tomó mi lugar y bailó con Austen. Ambas reían en voz baja y hablaban en susurros.

Sonreí antes de volver a mi silla, donde me esperaba mi copa de vino. Liam estaba allí, hablando en voz baja con Jared y su pareja. Al ver que regresaba, se volvió inmediatamente hacia mí y me hizo la pregunta que había estado barruntando durante toda la noche.

—Así que estáis juntos Austen y tú, ¿eh?

Eché un vistazo a las mesas y busqué a Nathan. Estaba al otro lado del pabellón hablando con unos amigos. Tenía los ojos fijos en Austen, no en mí.

—Es una farsa.

—¿Una farsa? —preguntó.

—Sí, por Nathan.

Asintió, comprendiendo al fin lo que ocurría.

—Entiendo.

—Estaba nerviosa y me pidió que fingiera ser su novio. Somos buenos amigos, así que acepté.

—Vale, eso tiene más sentido. Austen no parece tu tipo.

¿Que no era mi tipo? ¿Estaba loco?

—¿Por qué dices eso?

—Es muy mandona y dominante, ¿sabes?

Precisamente me gustaba mucho aquella faceta de su personalidad.

—Y, como ya te dije, su trayectoria sentimental no es para tirar cohetes.

—A lo mejor no ha encontrado al hombre adecuado. —No sabía por qué había dicho eso. Yo no era el hombre que buscaba. Había estado a punto de confesar que todavía sentía algo por su exprometido, y yo seguía colgado de la única mujer que había amado.

—No creo que lo haga jamás. Es bastante terca. Pero haz lo que quieras. En cualquier caso, pórtate bien con ella, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, tío. —Temía que Liam estuviera mucho más molesto por

que me viera con su hermana, pero a él no parecía importarle en absoluto. Pensaba que podía apañárselas sola. Era de agradecer tras mi experiencia con Rex, que había sido una auténtica pesadilla. Sólo por mirar a Rae, reaccionaba como si fuera el fin del mundo.

—Lo ha pasado muy mal, y sólo quiero que sea feliz. Parece serlo sin tener un hombre cerca. Y si eso le funciona, genial. Quiero que siga siendo así.

—Observó a las chicas bailando juntas en la pista, riendo y pasándolo genial—. Aunque no me gusta nada que me haya robado a mi pareja.

—¿Sabes lo que haría si fuera tú?

—¿Qué?

—Recuperarla.

CONDUJE HACIA LA CIUDAD MIENTRAS AUSTEN DORMÍA EN EL ASIENTO DEL copiloto. No quería llevarla a su casa porque esperaba echar un polvo con ella antes de acostarme. Tras pasar toda la tarde con ella y ver lo sexy que estaba, quería follarla hasta quedar satisfecho.

Las luces brillantes de la calle refulgían sobre Austen a través de la ventana, y se despertó. Se enderezó, con los ojos entrecerrados y los párpados pesados.

—Hola, cariño. —Le acaricié el cabello, sintiendo sus mechones suaves rozar mi piel.

—Lo siento, no quise quedarme dormida.

—No pasa nada. ¿Quieres venir a mi casa? —Mi pregunta implicaba que se quedaría a dormir y esperaba que mordiera el anzuelo. Habíamos roto muchas de las reglas que habíamos establecido, ¿qué más daba una más?

—Claro.

—Bien. Iba a ir a mi apartamento de todas formas.

Se rio.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

—Me gusta hacerte creer que tienes otra opción, aunque no sea cierto. Me hace parecer un caballero.

—Si tanto te gusta, podrías ser un caballero.

Tras pensarlo un instante, agité la cabeza.

—Paso. No es mi estilo.

Rio por lo bajo y me acarició el muslo. El simple roce dio vida a mi polla. Fue una muestra de afecto tierna, que rozaba lo pueril. Pero cuando se trataba de esa mujer, no me hacía falta nada más.

Aparqué el coche en el garaje subterráneo y tomamos el ascensor hasta el último piso. Cuando estuvimos dentro, la ropa se amontonó en el suelo y nos desnudamos bajo las sábanas. Fue un alivio poder penetrarla sin tener que ponerme un condón.

Era una sensación increíble.

La tomé por detrás, contemplando su precioso trasero y aquel magnífico ano. Estaba tan mojada que resbalaba. Ahora que me había acostumbrado a la increíble sensación de su coño desnudo, podía controlarme y durar más. Disfrutaba del sexo, saboreando la sensación de su piel contra la mía.

Hice que se corriera tanto como la primera vez que estuvimos juntos. Pero en lugar de correrme yo, la tumbé boca arriba y la embestí con más fuerza para que estuviera dolorida al día siguiente.

Ella me agarró del culo y tiró de mí más fuerte, jadeando con gemidos que me hicieron enloquecer. Volvió a tensarse, cubriendo mi polla con su flujo.

—Quiero que te corras dentro...

—Ya viene... —El cabecero golpeó contra la pared mientras la embestía. Fue como si un relámpago irrumpiera en mis venas, candente y abrasador. Mi cuerpo llegó al paraíso y me invadió una sensación exquisita. Tenía frío y calor. Estaba muerto y vivo—. Joder. —Eyaculé dentro de ella, llenándola hasta arriba. Nada me hacía sentir más hombre que penetrar a una mujer.

Me rodeó la cintura con las piernas y me atrajo hacia sí para darme un

último beso.

—Ha sido increíble...

—Gracias a ti.

Besó el sudor en mi pecho y recorrió mi espalda con las manos, masajeando las zonas que había arañado hace un momento.

No quería salir de mi nuevo hogar, pero estaba cansado y sabía que ella también. Extraje la polla despacio de su cuerpo y me acosté a su lado. La habitación ya estaba oscura porque no me había molestado en encender las luces.

Se acercó a mi lado enseguida y me agarró de la cintura, con el cabello desperdigado sobre la almohada.

Estaba acalorado y sudoroso, como solía pasarme después del sexo. No me gustaba acurrucarme con nadie, y solía decirles a otras mujeres que se quedaran al otro lado de la cama. Pero no me importaba tener a Austen a mi lado. Era suave y olía bien. Así que no me importó su muestra de afecto.

—Buenas noches, Stone Cold.

No respondió porque ya estaba dormida.

CUANDO ME DESPERTÉ A LA MAÑANA SIGUIENTE, ESTÁBAMOS ABRAZADOS. TENÍA pelos suyos en la cara y habíamos enredado las piernas. Nos habíamos movido durante la noche, pero sin soltarnos.

Me desperté primero y parpadeé para acostumbrar mis ojos a la luz de la mañana. Austen olía igual que la noche anterior, pero con un rastro de sexo pegado a su piel. Me gustaba olerme en ella.

Entonces se despertó, estirándose a mi lado hasta que abrió los ojos. Me observó aún soñolienta. Tras unos segundos, sonrió.

—Buenos días, sexy.

—Buenos días, guapa.

Volvió a taparse con la sábana.

—Dios, esta cama es muy cómoda.

—Es de Macy's.

—¿Te la puedo alquilar?

—Claro. Me lo cobraré en sexo. —La agarré de la cintura y me acerqué a ella para besarla.

—Me parece justo. Trato hecho. —Me devolvió el beso sin importarle que ninguno de los dos nos hubiéramos lavado los dientes.

—¿Quieres un *brunch* después de una sesión de sexo mañanero?

—*Brunch*, ¿eh?

—Sí. Ya sabes, una mezcla entre desayuno y almuerzo. Me sorprende que nunca lo hayas oído.

Me pegó en el brazo.

—Sé lo que es. Es que no me lo esperaba viniendo de ti.

—¿Por qué?

—Es muy de chicas.

—No es de chicas si le doy sorbos a un cóctel mimosa mientras contemplo a la hermosa mujer que tengo delante.

—Y después de una sesión de sexo mañanero.

—Exacto. —Me coloqué sobre ella y volví a penetrarla sin condón.

Cuando terminamos, nos pusimos la ropa y fuimos a la calle a desayunar. Austen se arregló el cabello sólo con los dedos y no se maquilló. Era una de las raras ocasiones en que la veía con la cara lavada y la piel limpia, sin maquillaje oscuro en torno a los ojos. Me gustaba mucho así. Se había limitado a cepillarse los dientes con mi cepillo. Con un mínimo esfuerzo, estaba increíble.

Nos sentamos en una mesa y pedimos los cócteles mimosa. Ella eligió tostada y yo opté por los gofres. Decidimos compartir un plato de huevos, tocino y pan tostado, ya que ninguno tenía suficiente apetito para pedirse uno entero.

Yo llevaba vaqueros y una camiseta negra, mi atuendo habitual. Me resultaba muy molesto llevar corbata, aunque fuera de noche. No me gustaba en absoluto. Si pudiera ir por ahí sólo en calzoncillos lo haría. Aunque probablemente me arrestarían.

—¿Te lo pasaste bien anoche?

—Pues la verdad es que sí.

—Me alegro de que Nathan no te arruinara la velada.

—No volveré a dejarle que me arruine nada. —Se bebió la mitad del vaso y se relamió—. Alcohol a primera hora de la mañana... Me encantan los domingos.

Brindé con ella antes de beber de mi copa.

—¿Qué te dijo? —No le había preguntado la noche anterior porque no había tenido ocasión. Había demasiada gente cerca.

—Que quería hablar... como la última vez.

—Qué empeño tiene, ¿no?

Observó su vaso mientras la tristeza inundaba sus facciones.

—¿Qué pasa?

—Me pidió que cenara con él hoy. —Levantó la vista para mirarme—. Y le dije que sí.

Sentí un fuerte dolor en el pecho, aunque no podía identificar qué era. ¿Estaba enfadado porque quería protegerla? Se había convertido en una de las personas más cercanas a mí, y me preocupaba mucho por ella. No quería que estuviera cerca de alguien que no la merecía. ¿O era otra cosa?

Leyó mi expresión y entendió mis pensamientos.

—Sé que no ha sido muy inteligente aceptar...

—Es la mayor tontería que puedes hacer. —No endulzaría la realidad. Siempre le diría la verdad por muy dolorosa que fuera.

—Pero no hace más que perseguirme, y necesito poner fin a toda esta historia. Durante los últimos años he tratado de convencerme a mí misma de que estoy bien... pero es obvio que no es así. Creo que lo necesito tanto como

él.

—No estoy de acuerdo.

Me miró a los ojos sin la fuerza habitual que había en ellos.

—Estás enfadado conmigo...

—No estoy enfadado.

—¿Molesto?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Decepcionado —respondí en voz queda—. Eres demasiado buena para él, cariño.

—No voy a volver con él, sólo cenaremos y tendremos una charla.

Tal vez estaba anticipándome a los acontecimientos y haciendo suposiciones injustas.

—Supongo que tienes razón.

—Siempre querré saber lo que sucedió entre nosotros y por qué me dejó.

—Yo te lo puedo explicar de forma muy sencilla —dije con frialdad—. No te amaba, Austen. Cuando un hombre ama a una mujer, ni siquiera mira a otras. Créeme. —Cuando Rae y yo estábamos juntos, no se me iban las manos ni los ojos a otras mujeres. Mi lealtad era inquebrantable. Era despreciable que se hubiera ido con otra, y más aun tratándose de su mejor amiga.

Era evidente que mis palabras le habían hecho daño, porque rompió el contacto visual y miró por la ventana con una expresión cargada de tristeza. Jugueteeó con el fuste de la copa, y era obvio que ya no se sentía cómoda en mi presencia.

Era un capullo.

—Me he pasado de la raya —dije en voz baja—. Lo siento.

—No te disculpes —dijo enseguida—. Nunca lo hagas por ser honesto.

—Aun así, ha sido un comentario insensible. Sé que es difícil para ti.

—No pasa nada, de verdad. —Se bebió el cóctel y volvió a mirarme. Su expresión ahora era más cauta, como si fuera a herirla de nuevo con mis

palabras.

Seguía sintiéndome mal.

—Si crees que te hará sentir mejor, debes ir.

—¿Sí?

No pensaba aquello en absoluto, pero intentaba ser razonable.

—Es tu decisión, Austen. La respetaré sea cual sea. —Debía apoyarla como amigo en vez de recordarle que el amor de su vida no la quería. Si alguien me recordara que Rae amaba a Zeke más que a mí, no me sentaría bien.

—Voy a ir —dijo con firmeza—. Sólo espero que salga algo bueno de todo esto. Como mínimo, estoy segura de que me dejará en paz.

—Y si no lo hace, yo me encargaré. —Puede que no fuera su novio de verdad, pero cuidaría de ella en lo posible—. ¿Te preguntó por mí cuando estabais hablando?

—Le dije que eras mi novio.

—¿Y te dijo algo al respecto?

—Pareció sorprendido, pero no añadió nada más.

Me esperaba más. Esperaba celos o ira, aunque eso no cambiara nada. Después de todo, nuestra relación no era real. Era sólo una farsa. Los polvos y la pasión eran auténticos, pero los sentimientos tras ellos eran inexistentes.

—¿Te dijo algo Liam?

Sus palabras me sacaron de mis pensamientos.

—Me preguntó si estaba saliendo contigo y le contesté que me estaba haciendo pasar por tu novio. Dije que éramos buenos amigos y que pasábamos tiempo juntos. Creo que entendió mis palabras.

—¿Y le pareció bien? —preguntó sorprendida.

—Me dijo que te tratara bien, pero eso fue todo. Luego hablamos de deportes.

Se rio con sarcasmo.

—Vaya. Supongo que no me sorprende.

—¿Estás decepcionada? —pregunté, alzando una ceja.

—No... Un poco. Lo que intento decir es que no quiero tener un hermano mayor sobreprotector. Pero no parece que le importe. Si una tía lo dejara como Nathan me dejó a mí, esa perra se las tendría que ver conmigo. Pero Liam vio a Nathan en la boda y no pareció importarle.

—Puede que no quisiera avergonzarte montando una escena.

—No, es que no se involucra. Y me parece bien. Somos así y no voy a quejarme por ello. Al menos, tengo la suerte de tener un hermano.

Rae siempre se quejaba de que Rex se metía en sus asuntos, pero ahora que veía el caso de Austen, me daba cuenta de que Rae era afortunada al tener una relación tan estrecha con su hermano. Eran más que familia. Rex haría cualquier cosa por ella en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué quieres decir con que al menos tienes suerte de tener un hermano?

—Bueno... —Terminó la bebida y dejó la copa vacía a un lado de la mesa para que el camarero supiera que debía rellenársela—. Supongo que Liam no te lo ha contado nunca, pero... soy adoptada.

Las palabras fueron como una bofetada, aunque mi cerebro no las registró. Pensé inmediatamente en la noche en que la conocí. Liam me dijo que se había graduado en el MIT y, al fijarme en ella, me había dado cuenta de que no se parecía en nada a él. No tenían nada en común, ni siquiera los rasgos. Ahora que me había contado la verdad, todo encajaba.

—No... No lo mencionó.

—Mis padres adoptivos me acogieron cuando tenía once años. Antes de eso, vivía en un orfanato.

Por lo que sabía de ella, no parecía haber tenido una infancia dura. Era sensible pese a su temperamento, feliz e inspiradora. Jamás pensé que pudiera haber pasado dificultades. Había asumido que era una chica atractiva y brillante con suerte en la vida. No podía haber estado más equivocado.

—Vaya... ¿Qué les pasó a tus padres?

—Mi madre murió en el parto, por lo que mi padre se quedó conmigo

hasta que cumplí dos años. Entonces se dio cuenta de que no quería criar a un bebé sin mi madre... así que me abandonó. —Hablaba con facilidad, como si estuviéramos comentando algo menos intenso que su infancia—. Jamás descubrí quién era ni cómo podía seguirle la pista. Se aseguró de que toda su información quedara oculta.

Ahora me sentía imbécil por lo que le acababa de decir.

—Lo siento.

Se encogió de hombros.

—Mis padres adoptivos son geniales. La verdad es que no podría pedir mejores personas para criarme. Me han dado todo lo que necesitaba emocionalmente. Sé que me quieren como si fuera suya. Pero siempre sospeché que Liam me ve como... su hermana adoptiva. No como una hermana de sangre.

—Habla muy bien de ti, y sé que se preocupa por tu bienestar.

—Claro que sí —dijo enseguida—. No digo que no lo haga. Pero... —Volvió a mirar por la ventana y frunció los labios—. Sé que, si fuera su hermana de verdad, sería diferente conmigo. No sé explicarlo, pero tengo claro que es así. Y no pasa nada. No puedo cambiar sus sentimientos.

Ahora que conocía esa información, entendía sus palabras. La indiferencia de Liam hacia su hermana era evidente. Y el hecho de que no le importara ver a Nathan en la boda también era alarmante. Quería decirle que se equivocaba, pero no podría hacerlo sin mentir.

—Lo siento. Ojalá pudiera decirte algo mejor, pero no.

—Lo sé, Ryker. —Me dirigió una leve sonrisa—. Bajo esa fachada de dureza, sexo increíble y carácter, eres un encanto.

Mis labios se curvaron en una sonrisa automáticamente.

—No estoy tan seguro de eso... pero gracias.

—Rae fue una idiota por elegir a otro tío. Estoy segura de que algún día se arrepentirá.

No lo haría. Sabía que su decisión era inamovible. El tiempo que habían

pasado juntos cuando me marché había tenido un gran impacto en su vida. Zeke debía haber dicho y hecho todo lo posible para ganarse su corazón. Habían sido amigos durante tanto tiempo que no me sorprendía. La conocía mejor que yo, eso estaba claro.

—No lo haré. Y no pasa nada. Quiero que sea feliz... aunque no sea conmigo. —Ahora era yo el que miraba por la ventana, sintiéndome tan desdichado como ella.

Ambos estábamos rotos y cargábamos con los fragmentos de nuestros corazones hechos añicos en los bolsillos. Tal vez por eso nos llevábamos tan bien. Cuando nos mirábamos, nos veíamos reflejados en el otro. No tenía que explicarle mis sentimientos porque ella los entendía a la perfección. Ambos habíamos sido traicionados por el amor de nuestra vida. Era algo que ninguno de los dos podía superar, así que nos aferrábamos el uno al otro para sentirnos mejor mientras pudiéramos.

AUSTEN

APENAS PODÍA RESPIRAR de lo nerviosa que estaba.

¿Qué estaba haciendo allí?

¿Era un error?

¿Debería dar media vuelta cuando aún estaba a tiempo?

Mi corazón iba a toda velocidad.

Me sudaban las manos al sostener el bolso. Casi había llegado a las ventanas del restaurante cuando me detuve y miré hacia la carretera. Pasaban a mi lado los taxis y los automóviles con las luces encendidas ahora que había desaparecido la puesta de sol. Tenía la garganta seca y un nudo en el estómago por la inquietud.

Sería fácil marcharme. Sólo tenía que parar un taxi y desaparecer. Pero aquello no acabaría nunca. Nathan me pillaría por sorpresa cuando menos lo esperara, a las puertas de mi apartamento o cuando saliera del trabajo. Al menos ahora sabía que vendría.

Si me iba ahora, me arrepentiría.

Así que me erguí y entré en el restaurante, con expresión decidida. Una parte de mí quería huir corriendo al apartamento de Ryker para abandonarme al sexo. Se había convertido en mi roca, mi hogar. Pero sabía que él no podía arreglar mis problemas, al igual que yo no podía arreglar los suyos.

El metre me dirigió a la mesa donde Nathan ya estaba sentado, con camisa

y corbata. Iba muy bien peinado, y me saludó con una mirada cálida que no veía desde hacía mucho tiempo. Me miró como si yo fuera todo su mundo, como cuando se arrodilló y me pidió que me casara con él.

Se levantó de la silla para saludarme, pero me senté enseguida para evitar los dos besos de rigor.

Se dejó caer de nuevo en la silla, dejando pasar mi fría respuesta. Había pan sobre la mesa y una botella de vino, un Pinot Grigio.

Me sorprendió que recordara que prefería el vino blanco al tinto.

Seguía con la boca seca, así que miré rápidamente el menú e intenté aparentar serenidad, pese a que era presa de un ataque de pánico.

—¿Qué está bueno aquí?

—He probado el entrecot un par de veces y está exquisito. —Nathan no había iniciado la conversación de manera forzada, y me sentía agradecida por ello—. Pero las costillas se llevan la palma. Están consideradas las mejores de Manhattan.

—Gracias por el consejo. Pediré costillas entonces.

—Buena elección.

Solté la carta y me di cuenta de que no debería haber tomado una decisión tan rápido. Ahora no tenía nada con lo que ocupar la vista excepto su rostro atractivo. Su mirada era amable aunque engañosa, pues me había hecho mucho daño en el pasado. Se había afeitado como a mí me gustaba, y me contemplaba como si fuera incapaz de creer que estuviera frente a él.

Di un sorbo al vino para entretenerme con algo.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó, esforzándose por romper el hielo.

—Ryker y yo fuimos a tomar un *brunch*. —No iba a mentirle para que se sintiera más cómodo—. Y luego fuimos a ver una película.

Asintió y la amabilidad de su mirada se desvaneció.

—¿Qué película visteis?

No esperaba que preguntara eso.

—No estoy segura. No es que viéramos mucho. —Di otro sorbo al vino,

sin importarme el golpe bajo que acababa de darle.

Nathan asintió despacio, sabiendo que merecía aquel y todos los insultos que le dedicara.

—¿Y tú? —Era un intento patético por resultar agradable. Me sentía un poco culpable por tratarlo de esa forma... aunque se lo mereciera.

—Fui a correr al parque y me quedé en casa el resto del día.

—¿Dónde está tu apartamento?

—En la Octava con Elm.

Era una parte muy bonita de la ciudad. Probablemente seguía en la sección gráfica del departamento de marketing. Era director artístico y supervisaba los anuncios en los principales medios de comunicación. Teníamos mucho en común porque nuestros trabajos eran similares.

—Suenas bien.

—¿Te gusta volver a estar en la ciudad?

—Por ahora me encanta. Es agradable poder ver a Liam y a mis padres más a menudo. Y Ryker es de aquí, así que me ha llevado a sitios geniales.

Palideció al oírme mencionar a Ryker una vez más.

—¿A qué se dedica?

—A nada.

—¿Nada? —No pudo ocultar la sorpresa.

—Es rico. Invirtió su fortuna y vive de las rentas. —Yo no lo llamaría holgazán. No puedes serlo y jubilarte a una edad tan temprana.

—Tenía pinta de eso.

Le dirigí una mirada de advertencia para que supiera que sería una estupidez insultar al hombre con el que me acostaba. Ryker era importante para mí. Me hacía sentir mejor que nadie. Era honesto, bueno y tenía un corazón de oro bajo su aparente frialdad.

Nathan tomó la decisión correcta y permaneció en silencio.

Llegó el camarero y anotó nuestras comandas antes de alejarse.

Volvió a instalarse entre nosotros una sensación incómoda. Habíamos

agotado los saludos de rigor y la charla banal, por lo que sólo quedaba la conversación que teníamos pendiente.

—Nathan, ¿qué querías decirme? —Intenté no albergar esperanzas. Dudaba que pudiera decirme algo que me ayudara a cerrar aquel capítulo de mi vida. Había pasado mucho tiempo desde nuestra ruptura. Seguramente estaba ya tan destrozada que no podría recuperarme jamás.

Suspiró y dio un sorbo al vino, preparándose para hablar. Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante, sin despegar sus ojos de los míos.

—Antes que nada, gracias por cenar conmigo...

—No me hagas la pelota y dilo de una vez.

Frunció los labios al oír mis palabras. Tardó un instante en seguir hablando como si no hubiera pasado nada.

—¿Quieres saber cómo ocurrió? ¿Cómo empezó?

—Supongo que sí.

—Vale. Salí con Adam y Roger. Fuimos a ese bar que estaba a la vuelta de la esquina de nuestro apartamento. Había bebido mucho. Los Mets acababan de ganar la Serie Mundial, así que estaba bebiendo mucho más de lo debido. Fui al baño, me encontré con Lily, y... no recuerdo muy bien el resto. Me besó y le devolví el beso. Las cosas subieron de tono y hubo caricias. Terminamos juntos en el baño... y esa fue la primera vez que me acosté con ella.

Había creído que aquella información no me haría daño, ya que había sucedido mucho tiempo atrás. Pero estaba equivocada. Me dolía muchísimo imaginarlos juntos, besándose... Me arrepentí de haber pedido las costillas.

—Me sentí muy culpable de lo que hice, de verdad.

Me costó no entornar los ojos.

—No sabía cómo contártelo. Quería confesártelo, pero no encontraba el valor para hacerlo. Te amaba y no quería arruinar lo nuestro. Así que seguí esperando el momento adecuado.

—¿Y te enamoraste de ella?

—No —respondió enseguida—. Los dos hablamos de aquella noche. Le

dije que no iba a decirte una palabra de aquello. Sólo había ocurrido una vez, y no significaba nada. Además, al tratarse de Lily, sabía que arruinaría vuestra amistad... Nada bueno podía salir de aquello.

Esta vez sí entorné los ojos.

—Pero me dijo que te lo contaría a menos que volviera a acostarme con ella...

—¿Qué? —No pude evitar mi reacción—. ¿Hablas en serio?

Asintió.

—Me dijo que quería volver a enrollarse conmigo. Si no hacía lo que quería, te lo contaría todo, pero dándote una versión diferente de lo que había sucedido en realidad: que fui yo quien la buscó y llevábamos meses acostándonos... No sabía qué hacer, así que hice lo que me pidió.

No podía creer que Lily me hubiera hecho algo así. Habíamos sido amigas desde que nos trenzamos el pelo por primera vez en el colegio. Lo hacíamos todo juntas. Habíamos sido inseparables hasta que fuimos a diferentes universidades. Nunca le había hecho nada para merecer esa pesadilla.

—No me lo creo...

—No me lo estoy inventando. El hecho de que Lily no te haya dirigido la palabra en tres años es la prueba.

En eso tenía razón. Jamás entendí cómo pudo irse con mi prometido teniendo una relación tan estrecha conmigo. Es como si fuera una persona completamente diferente.

—Y aquella única vez se convirtió en dos. Y luego en tres, y continuó. Me harté y le dije que ya no me importaba y te contaría la verdad.

—¿Y qué pasó entonces? —Tenía interés en la historia y necesitaba saber lo ocurrido, aunque la pesadilla fuera cosa del pasado.

—Me dijo que estaba embarazada.

Cerré la boca y apreté la mandíbula al pensar en Lily embarazada del hijo de Nathan. Se suponía que íbamos a casarnos y tener hijos. Pero había decidido sabotear nuestros planes.

Sabía que no habían sido padres. Me habría enterado de ser así. Así que debió haber sucedido algo.

—Cuando me dijo que estaba embarazada, supe que estaba de mierda hasta arriba y no habría manera de arreglar nuestra relación. Romperíamos de forma inevitable. Jamás habría funcionado. Así que... me fui por eso. Le pedí que se casara conmigo porque quería tener una familia. El sexo entre nosotros era genial y nos llevábamos bien... —No me miró a los ojos al contar esa parte—. Cogí el toro por los cuernos. Pero entonces me dijo que había perdido al bebé, una mentira seguramente. Pero ya estábamos casados y creí que lo nuestro podría funcionar. Cambió mucho después de la boda. Era cariñosa, tierna, amable... Nos lo pasábamos bien. Pero toqué fondo y supe que no podría seguir así durante el resto de mi vida. Había cometido un error, pero no merecía aquel castigo eterno. Así que la dejé. —Me observó, pendiente de mi reacción—. Y aquí estoy.

Podía contarme esa historia mil veces, pero jamás podría digerirla. Me dejaba un mal sabor de boca, una sensación repugnante.

—Hay algo que no tiene ningún sentido...

—Te contaré todo lo que quieras saber. —Quería hacerme las cosas más fáciles, pero no había nada que pudiera hacer para borrar esos tres años de angustia.

—¿Por qué me hizo Lily algo así? Parece una venganza.

Asintió como si esperara que le preguntara eso.

—No me confesó la verdad hasta que transcurrió un tiempo. Al parecer, descubrió que te habías acostado con Owen Carter sabiendo que ella estaba enamorada de él. Se lo contó Cassandra Taylor...

Me había acostado con Owen cuando estaba en la universidad, y había sido un estúpido error. Estábamos borrachos. Sabía que sentía algo por él, pero no estaban saliendo. Ni siquiera habían tenido una cita. Me sentía fatal por lo que había hecho y pensaba llevarme el secreto a la tumba. Owen debió habérselo contado a Cassandra, y esta se lo dijo a Lily unos años después.

—Es la tontería más grande que he oído jamás.

Se encogió de hombros.

—A mí también me pareció extremo.

—No voy a inventarme excusas para justificar lo que hice. Fue terrible. Fui una amiga de mierda. Pero ni siquiera estaban saliendo. Sólo me había dicho que le gustaba mucho, pero él nunca le pidió salir. Y yo no planeaba acostarme con él...

—Lo sé. Estoy de tu lado, Austen.

—Robarme al amor de mi vida... fue algo horrible. No son casos comparables.

Su expresión se suavizó al oírme.

Ojalá no hubiera dicho aquello, pero ya era demasiado tarde. Hice como si esas palabras no hubieran salido de mi boca.

—No puedo creer que todo esto haya pasado por Owen Carter...

—Lily siempre ha sido mezquina. Es vanidosa, egoísta... Nunca te diste cuenta porque estaba de tu lado. Cuando estás con ella, es un ángel. Pero eso no significa que no esté un poco loca.

Sabía que todo eso era verdad porque había estado casado con ella.

—Aún no sé por qué no me contaste nada de esto cuando te fuiste.

Se quedó mirando la mesa mucho tiempo, como si no supiera qué contestar.

—Habían pasado muchas cosas horribles. Cuando vi tu expresión al sorprendernos juntos... supe que no había vuelta atrás. Nada de lo que dijera iba a mejorar la situación. Dejarte en paz y no contarte nada era lo mejor que podía hacer por ti.

Esa era la verdad, después de tanto tiempo y tantos años con el corazón roto.

—Nathan, habría agradecido saber lo que ocurrió de verdad. Iba a casarme contigo. Creo que merecía saberlo aunque no volviéramos.

—Lo sé. —Agachó la cabeza—. Tienes razón. Por eso estoy aquí.

Era demasiado tarde.

—Sé que esto no sirve para arreglar nada. Pero quería que supieras que no me marché porque fuera infeliz o porque no estuviera enamorado de ti. Lo hice porque... fui un puto idiota y cometí una estupidez. Te he echado mucho de menos. Intenté amar a Lily y acabé cogiéndole cariño, pero... no podía reemplazarte.

Sentí ganas de llorar, pero no dejé que las lágrimas escaparan de mis ojos. No podía permitir que Nathan las viera, ni en ese momento ni nunca. La conversación había servido para cerrar una etapa, y estaba agradecida por ello. Pero también había hecho que me sintiera peor. Si Lily no se hubiera vengado de mí, podría ser feliz en ese momento. Estaría casada y rodeada de niños.

—Lo siento mucho, Austen. —Parpadeó para evitar las lágrimas que afloraban a sus ojos—. Si pudiera volver atrás en el tiempo, lo haría. Ojalá viviéramos en una casa en el campo y nuestros hijos tuvieran tres años. Ojalá... todo hubiera sido diferente.

—Ojalá no te hubieras acostado con ella en ese bar —dije con frialdad—. Lily tiene gran parte de la culpa, pero nada de esto habría pasado si no te la hubieras follado, Nathan. Podrías haberte alejado de ella, por muy borracho que estuvieras. No tienes excusa.

No rebatió mis palabras.

—Tienes razón. No debería haber dejado que sucediera. No debería haber bebido tanto. Debería haber hecho todo lo posible por salir de allí y volver a tu lado. Créeme, no pasa un día sin que me arrepienta de esa maldita noche. —Se tapó el rostro con las manos y se las pasó despacio por las mejillas. Soltó un suspiro, mostrando una faceta vulnerable y rota que no había visto hasta ahora—. Sé que una disculpa no es suficiente. Pero créeme cuando te digo que me odio a mí mismo por lo que te hice. No sólo en ese momento, sino en los años siguientes. Estuvo muy mal por mi parte dejar que pensaras que había dejado de amarte... porque nunca lo hice. —Volvió a mirarme a los ojos

con lágrimas en los suyos—. Y jamás lo haré.

Tenía el corazón desbocado, latiendo a mil por hora. Apenas podía respirar y me sentía acelerada. Nathan había desnudado su corazón en mitad de la cena, y creía en su confesión arrepentida. No era capaz de seguir albergando odio hacia él.

—Te perdono, Nathan.

Me miró con ojos vacíos, como si no pudiera creerme.

—Lo digo de verdad.

—Austen... me das más compasión de la que merezco.

Tal vez podría liberarme al fin de mi propia tortura y volver a confiar en un hombre para mantener una relación real que no se basara únicamente en el sexo. Quizás así tendría una oportunidad de ser feliz de verdad.

—No quiero seguir odiándote. Quiero seguir con mi vida, y creo que ahora seré capaz.

Juntó las manos sobre la mesa. Me fijé en sus hombros amplios y poderosos bajo la camisa. Estaba tan en forma como siempre. Un hombre atractivo como él podría encontrar a alguien con quien sentar la cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

—Sé que estoy tentando a la suerte, pero... me encantaría tener otra oportunidad contigo. Sé que no te merezco, no después de lo que hice. Pero... también sé que aún me amas. Y yo te sigo amando. Lo que nos pasó fue una tragedia. Tenemos que arreglarlo. Debemos experimentar la vida para la que estábamos destinados.

En lo más profundo de mi ser, sospechaba que esa era la razón por la que había querido contactar conmigo desde el principio. Había perdido la cuenta de las veces que había fantaseado con ese momento. Me lo imaginaba afirmando que Lily no era ni la mitad de mujer que yo y que había cometido el mayor error de su vida al irse con ella. Se ponía de rodillas, suplicándome otra oportunidad. Pero aquellas fantasías murieron un año después de nuestra ruptura, cuando supe que ya no regresaría.

—No.

La decepción se adueñó de su rostro.

—Esperaba que dijeras eso. ¿Podemos ir poco a poco? ¿Irás a tomar café conmigo el martes?

—No quiero ir poco a poco, Nathan.

—Pero me amas. —Lo dijo con más confianza que nunca—. Puedo verlo en tus ojos.

Mis sentimientos eran innegables, incluso para mí. No estaría sentada en la mesa con él si no sintiera nada. No habría estado soltera durante los últimos años si hubiera acabado del todo con él. No estaría haciendo ni la mitad de las cosas que hacía si estuviera bien. Sabía que quería estar con él y recuperar la preciosa relación que una vez tuvimos. Pero el amor no era suficiente para mí.

—Sí. —No me sentía avergonzada por admitirlo. Era obvio que Nathan sabía la verdad—. Pero nunca funcionará. No confío en ti y jamás lo haré. Y sin confianza... no hay nada que hacer.

—Puedo recuperar tu confianza, Austen. Llevará tiempo, pero puedo hacerlo.

—Además estoy saliendo con alguien. —Ryker apareció en mis pensamientos. Me preguntaba qué me diría cuando le contara lo que había pasado.

—Sé que no lo amas.

—Eso no importa. —Puede que no estuviera enamorada de él, pero me importaba, y mucho. Se había convertido en mi mejor amigo durante los últimos meses. Lo hacíamos casi todo juntos, y habíamos desarrollado una hermosa camaradería que ambos disfrutábamos. Éramos dos personas rotas que encajaban a la perfección.

Nathan suspiró como si se hubiera rendido. O puede que hubiera decidido posponerlo para otra ocasión.

—Gracias por cenar conmigo. Hace mucho que deseaba quitarme este peso de encima.

No tuve fuerzas para decir algo positivo que hiciera la conversación menos estresante. Saber la verdad lo hacía todo más fácil, y perdonarlo sirvió para poder relajarme al fin. Pero por muchas palabras bonitas que me dijera, nada cambiaría el hecho de que me había roto el corazón.

INTENTABA MANTENERME OCUPADO para no pensar en Austen. Lavé los platos, doblé la ropa y vi el partido por la televisión con una cerveza fría entre las rodillas. Pero no lograba dejar de pensar en ella.

Miré la hora, preguntándome si ya habrían terminado de cenar. Quería preguntarle cómo había ido para saber si aquel gilipollas había logrado que lo perdonara con sus artimañas. Esperaba que no fuera así. No me había gustado desde el primer momento en que lo vi. Me molestaba que siguiera persiguiendo a Austen como si tuviera derecho a reclamar su atención.

Cuando pasaron de las diez, comencé a preocuparme. ¿Habrían hecho las paces y se iría a su casa? Conocía a Austen lo bastante para saber que era más que improbable. Aunque todavía sintiera algo por él, no se dejaría convencer. Valía demasiado.

Pero eso no impedía que me sintiera nervioso.

Como no podía soportarlo más, le envié un mensaje de texto.

¿Qué tal ha ido?

No aparecieron los tres puntos en la pantalla. El cuadro de mensajes estaba vacío. Deseaba añadir algo más, pero no quería parecer pesado a sus ojos. No debería haberle escrito para empezar. Si quisiera hablar del tema, me habría llamado.

Pero seguí mirando mi teléfono de todos modos, esperando ver aparecer

los tres puntos.

Nada.

Empecé a ponerme nervioso de nuevo, pensando en sus ropas olvidadas en una pila sobre el suelo. Me imaginé que recorría el cuerpo de Austen con sus manos y la besaba como si fuera suya una vez más.

Estuve a punto de aplastar la botella con la mano.

Al fin aparecieron los tres puntos.

«Gracias a Dios, joder».

No puedo responder a tu pregunta con un mensaje de texto.

Pues ven a mi casa.

Quería que viniera de todas formas. Si estaba conmigo, no estaba con él.

Voy de camino.

Recogí el apartamento y tiré la cerveza porque no estaba de humor para beber. Estaba ansioso por escuchar su historia y saber qué había pasado entre ellos durante la cena.

Entró al fin, deslumbrante con el vestido de cóctel negro que llevaba y los tacones. No podía haber estado sentado frente a ella y no haber pensado en follársela.

La abracé por la cintura y la atraje hacia mi pecho, acunándola como a una delicada flor. La besé porque mi boca ansiaba la suya.

Me devolvió el besó como siempre, con el mismo entusiasmo y afecto.

Al tocarla con labios y manos, mi instinto natural me impulsaba a llevarla al dormitorio y moverme entre sus piernas. Estábamos acostumbrados a comunicarnos con nuestros cuerpos. Mis manos se aferraron a la tela de su vestido, pero me contuve para no quitárselo. Fui capaz de soltarla y la miré. Me costaba descifrar su expresión y no era capaz de averiguar lo que sentía.

—¿Qué ha pasado, cariño?

Me contó todo lo que le había dicho Nathan, que no se había marchado por voluntad propia. Lo habían chantajeado por un estúpido error que había cometido. Y el agujero en el que se había metido se fue haciendo cada vez más

profundo y complicado, destruyendo su relación.

—Parecía sincero, no creo que me haya mentido.

No podía creer que una amiga de Austen fuera capaz de hacerle algo así. Era buena y leal con sus amigas. No se lo merecía.

—Lily se merece un escarmiento.

—Ya le llegará. El karma funciona así.

—Sí, tienes razón. —Le froté el brazo para mostrarle mi apoyo—. No te merecías eso por haberte acostado con Owen. Fue una reacción totalmente desproporcionada.

Entornó los ojos.

—Qué me vas a contar a mí...

—¿Ocurrió algo más? —Debía haber tenido otro motivo para que Nathan quisiera sentarse con ella y confesarle la verdad. Había tenido años para hacerlo, pero había esperado hasta ese momento. La razón me resultaba bastante obvia.

—Me pidió otra oportunidad.

Le sostuve la mirada mientras esperaba su respuesta. Su comportamiento era inexcusable por mucho que hubiera dado explicaciones al respecto. Nunca debió haber echado aquel polvo en el bar cuando tenía a una hermosa mujer esperándolo en casa. Pero no se lo dije porque ya sabía mi opinión sobre el asunto.

—Le dije que no.

Traté de ocultar mi alivio en lo posible. Quería soltar un suspiro, pero me contuve para no revelar lo que sentía.

—Ahora que sé lo que sucedió en realidad, me siento mejor. Supongo que saber que todo fue mucho más complicado y no se había enamorado de otra hace las cosas más sencillas. No fue por mi culpa.

—Pues claro que no. No deberías haber pensado así para empezar.

Se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Cuando me dejó, juré no volver a confiar en un hombre. Quería estar

sola para siempre, y no creer en nadie. Pero ahora tengo esperanza. Quizás pueda mejorar y volver a ser normal.

No quería que eso pasara. Deseaba que siguiera tan rota como yo, por muy egoísta que fuera.

—Aunque nunca te hubiera dicho la verdad, no todos los hombres son así, Austen. Hay muchos honestos, fieles y tremendamente leales. No dejes que una mala experiencia con uno arruine tu opinión del resto.

—Lo sé...

—Me alegro de que no le hayas dado otra oportunidad. —Como ya había tomado una decisión, no me sentía culpable por decirlo—. Te mereces a alguien mejor. Alguien que haga las cosas bien a la primera.

Me dirigió una leve sonrisa que parecía forzada.

—Gracias, Ryker. Siempre eres muy bueno conmigo.

—No es cierto y lo sabes. —Me acerqué a ellas y sostuve su rostro entre mis manos. Le acaricié el cabello suave, respirando su aroma—. Sabes que soy rudo y despiadado cuando estamos desnudos, pero te gusta así.

Me agarró por las muñecas y me observó con afecto en los ojos.

—Sí.

Me acerqué a ella y la besé, loco por sus suaves labios. La sujeté por la nuca y sentí la desesperación apoderarse de mí. La intensidad de mi deseo fue en aumento y mi respiración se volvió profunda y agitada. Quería hundirme en su cuerpo, pero ahora por un motivo diferente.

Quería que fuera mía.

—QUÉ BUENA ESTÁ ESA. —JOHN SEÑALÓ CON LA CABEZA A UNA MUJER CON UN vestido negro ceñido. Tenía el cabello rubio y ojos azules, como una *barbie*.

Miré de reojo en la dirección que me indicaba y me volví hacia él.

—¿Viste anoche el partido? Es increíble que...

—¿Eso es todo? ¿No te impresiona?

—¿El qué? —Di un trago a la cerveza, sin saber de qué me hablaba.

—He dicho que esa chica está buena y has cambiado de tema.

—¿Y qué quieres que te diga? —repliqué—. Está buena, ¿y qué? —Había chicas guapas por toda la ciudad a cada momento. Si intentaba mirarlas a todas, acabaría con tortícolis.

Liam volvió de la barra con otra cerveza en la mano.

—Es porque está saliendo con mi hermana. —Se detuvo ante nosotros y observó a la gente que se divertía bajo la tenue luz—. Está pillado por ahora.

—¿Te estás tirando a Austen? —preguntó John sorprendido.

Me enfadé al ver que hablaba de Austen como si fuera un trozo de carne.

—No hables así de ella.

—¡Oh! Ya me has respondido con eso —dijo John riendo—. ¿Cuánto tiempo lleváis?

—No estamos saliendo —le corregí—. Sólo quedamos de vez en cuando. Eso es todo. —No entré en detalles íntimos, aunque a Liam no parecía importarle.

—Hasta que te rompa el corazón como a los demás —dijo Liam—. Tiempo al tiempo.

—No lo hará. —No poseía corazón que romper. Rae ya se había encargado de destrozármelo para el resto de mis días—. Y no voy a romperle el suyo. Somos buenos amigos.

—Querrás decir que sois buenos follamigos —corrigió John.

Volví a fulminarlo con la mirada.

—Si no quieres que te rompa la mandíbula esta noche, te sugiero que tengas cuidado con lo que dices.

—¿Qué? —preguntó John inocente—. ¿Me estás diciendo que estoy equivocado?

No. Había dado en el clavo.

—No hables así de Austen. Si no puedes hacerlo, no hables de ella en

absoluto.

Liam me observó concentrado. Sostenía la cerveza en la mano sin probarla, pendiente de mi reacción. Intercambió una mirada con John antes de volver a mirarme.

—Ryker... ¿sientes algo por mi hermana?

—No quedaría con ella de lo contrario —repliqué.

—Me refiero a sentimientos reales —dijo Liam—. Casi parece que...

—Somos buenos amigos. —Quería que aquel interrogatorio acabara de una vez—. Sí, tienes razón. —Di un trago a la cerveza y me excusé para ir al baño, pues quería evitar sus absurdas preguntas y suposiciones.

Entré en el pasillo donde estaban situados los aseos y saqué el teléfono.

¿Qué haces?

Envié el mensaje sin perder un segundo y vi que aparecían los tres puntos.

Comerme una porción de pizza grasienta.

Sonreí al instante, como si no me hubieran hecho enfadar hace un momento.

Suena picante.

Es como si estuviera haciéndole el amor.

Solté una carcajada sin importarme que me vieran.

Se me ha puesto muy dura.

Lo triste es que no sé si lo dices en broma o en serio.

Siempre se me pone dura contigo, aunque nunca lo sabrás a menos que lo compruebes por ti misma.

He salido con Mad y Jenn, así que no sé si podré hacerlo realidad.

¿Cuánto tiempo estarás con ellas?

A saber. Están diciendo de ir a echar una carrera.

¿Una carrera?

A una pista cubierta con coches eléctricos.

Sonreí porque la idea de que se montara en un coche diminuto era adorable.

Genial.

¿Queréis venir?

No me apetecía nada quedarme en el bar mirando a las tías que pasaban. No tenía ningún interés en ellas. ¿Por qué iba a tirarle los tejos a otra cuando podía llamar por teléfono a Austen en cualquier momento?

Se lo preguntaré a los demás. La noche está siendo bastante aburrida, así que probablemente aceptarán.

¿Dónde estáis?

En un bar.

¿No hay chicas sexys?

Ninguna que haya visto.

Metí el móvil en el bolsillo y regresé a la barra.

—¿Queréis ir a echar carreras con las chicas? Van a una pista de coches eléctricos.

—¿Va también Madeline? —exclamó Liam.

—Sí. Y Jen. —respondí.

—Oh... Jenn está buena. —John se acabó el vaso de un trago y lo dejó en la barra junto con el dinero—. Vámonos.

Nos marchamos del bar y caminamos por la acera, cruzándonos con otros neoyorquinos a medida que avanzábamos.

—¿Qué sucede entre Madeline y tú? —No sabía si tenían una relación de exclusividad o no. No intentaba ligar con otras mujeres, pero eso no evitaba que las mirara.

—Hemos tenido varias citas. —Liam caminaba con las manos en los bolsillos—. Vamos despacio. No quiero asustarla.

—Tampoco es bueno marearla —dije—. Si te gusta, díselo.

—Mira quién fue a hablar —dijo riendo.

—¿Qué significa eso? —Lo censuré con la mirada mientras caminábamos.

—Saltas a la primera de cambio cuando se trata de Austen. No sois simples amigos. Te advertí sobre ella, pero no me escuchaste. —Agitó la cabeza, decepcionado.

—Sólo somos amigos. —Cuando empezamos a enrollarnos, no esperaba que durara tanto ni que le cogería tanto cariño. Pero me di cuenta de que quería pasar tiempo con ella aunque no hubiera sexo de por medio. En cualquier caso, eso no implicaba que mis sentimientos fueran profundos.

—Ni siquiera has mirado a esa mujer en el bar —dijo Liam.

—Porque no era tan guapa —repliqué—. Eso es todo.

Estaba claro que Liam no me creía.

—Haz lo que quieras, ¿vale? A mí me da exactamente igual. Pero sé honesto. Si no lo eres, te destrozarán el corazón. No digas que no te lo advertí.

—Gracias por la advertencia —dije con sarcasmo—. Se me había olvidado que tu hermana es un monstruo.

—No es un monstruo —respondió Liam—. Sólo una rompecorazones. Simple y llanamente.

Llevaba tres meses saliendo con ella y no me había dado esa sensación. Era inofensiva y sincera. Había quedado con Nathan e incluso lo había perdonado. Una persona fría jamás haría eso.

—Eres mi amigo y no quiero que sufras —añadió Liam—. Eso es todo. Creo que te estás enamorando de ella sin ni siquiera darte cuenta.

—Créeme, no me estoy enamorando. —Rae continuaba en mis pensamientos casi a diario, Deseaba que su rostro desapareciera de mis sueños y que su presencia se desvaneciera de mi corazón. Era feliz con otro hombre y yo debía pasar página y seguir con mi vida.

—Lo que tú digas, tío.

Llegamos a la pista de carreras y pagamos para entrar. Las chicas ya estaban allí, sentadas en una mesa compartiendo un plato de nachos. Unos cascos de gran tamaño para las carreras, como los que usaban los profesionales, yacían sobre la mesa.

Me entraron ganas de reír al imaginarme a Austen con uno puesto.

—Hola. —Miró a Austen al acercarnos a la mesa donde se encontraban—. ¿No acababas de comer pizza?

Austen se echó una patata a la boca antes de levantarse.

—Sí, pero fue sólo una porción. Y no me juzgues, ¿vale?

—No lo haré. —Sonreí antes de agarrarla de la cintura y besarla en la boca.

Se quedó rígida en mis brazos, como si no esperara aquella muestra de afecto.

Ni siquiera me había dado cuenta de lo que hacía hasta que el daño estuvo hecho. Cuando estábamos con nuestros amigos, nos controlábamos. La boda había sido la única excepción. Pero cuando vi sus preciosos ojos azules, perdí el hilo de mis pensamientos y reaccioné por instinto.

Aparté la mano de su cintura y me aclaré la garganta.

—¿Estás lista para la carrera?

Se sujetó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Por supuesto que sí. No te lo voy a poner fácil, así que prepárate para la paliza que voy a darte.

—¿Me vas a derrotar? —Volví a sonreír al ver que su comentario rompía la tensión—. Cada vez me resultas más sexy.

Entornó los ojos y volvió al grupo.

—Vamos a la pista. El equipo que pierda paga la próxima ronda.

LAS CHICAS NOS DIERON UNA PALIZA.

De las buenas.

Había sido una derrota en toda regla. Era obvio que no era la primera vez que usaban la pista.

Austen y yo caminamos de vuelta al apartamento tras despedirnos de los demás.

—¿Dónde aprendisteis a conducir así?

—Madeline y yo llevamos haciéndolo desde niñas, así que no te sientas

mal por haber perdido.

Ahora que estábamos solos, la agarré de la mano y entrelacé nuestros dedos.

No se tensó al sentir el tacto, pero se quedó mirando nuestras manos unidas.

—Pues sí que me siento mal. Ha sido una derrota humillante.

—La práctica hace al maestro.

—Podría estar un año practicando y no se me daría tan bien como a ti.

—Entramos en el edificio y tomamos el ascensor a mi apartamento. Cuando estuvimos dentro, fuimos directamente al dormitorio—. Pero se me da genial jugar a los bolos, así que te daré una paliza.

—Me gustan los bolos.

Ahora que estábamos solos, comencé a desvestirla sin perder un segundo. No dejé de mirarla a los ojos mientras le sacaba la camiseta por la cabeza y le desabrochaba el sujetador. La había desnudado tantas veces que lo hacía por instinto. Después les tocó el turno a los pantalones vaqueros, arrodillándome mientras se los bajaba. Le besé las piernas mientras le sacaba los vaqueros por los tobillos, depositando besos suaves contra su piel cálida. Me encantaba todo de ella, especialmente sus hermosas piernas.

Le quité las bragas y presioné mi boca contra su clítoris. Besé la delicada piel con ternura, dándole el placer que anhelaba. Su respiración se aceleró, y me agarró de los hombros para mantener el equilibrio.

Quería seguir probando su coño, pero tenía una fuerte erección bajo los vaqueros. Mi polla estaba ansiosa por liberarse y follar a esa mujer con toda la violencia acumulada en su interior. Me puse de pie y la tendí al pie de la cama. Me gustaba penetrarla así porque podía introducir mi polla en toda su extensión con cada embestida.

Dejé caer mis vaqueros y bóxers, pero no me quité la camisa, pues no quería perder más tiempo en desnudarme. Froté mi miembro contra su coño mojado, lubricándome y jugando con su clítoris palpitante. Luego la penetré y

sentí la humedad a la que estaba acostumbrado.

Me provocaba un placer increíble.

Respiramos al unísono y nuestros gemidos se mezclaron. La agarré por la parte posterior de las rodillas, y sus manos se aferraron a mis muñecas. Me moví despacio para disfrutar de su fantástico coño. Cada vez que la penetraba, me sentía más hombre que antes.

—Austen... —Me incliné sobre ella, moviendo mi pecho contra el suyo—. Tu coño...

Estiró el cuello para poder alcanzar mi boca. Me besó con sus labios suaves, uniendo su lengua a la mía.

—Estoy enamorada de tu polla... —Su lengua sabía a tequila.

Gemí en su boca al moverme, dándoselo duro. Sabía exactamente qué decir para excitarme. Metía y sacaba la polla de su cuerpo, empapada de su lubricación. Podía sentir su potente deseo cada vez que me movía. Algo que me encantaba de ser hombre era lograr que una mujer mojara las bragas. Me beneficiaba de ello y le regalaba un orgasmo increíble.

Hablé contra su boca.

—Quiero correrme ya... —Ponía a prueba mi resistencia. Eran tan sexy y perfecta que no podía concentrarme. En cuanto la penetraba, ya no quería aguantarme. Quería explotar y sentir ese fuego ardiente en lo más profundo de mi interior.

—Córrete. —Me agarró con más fuerza de las muñecas—. Seguiremos de todas formas.

Cuando me dio su permiso de forma explícita, no pude contenerme. Siempre hacía que las mujeres con las que estaba se corrieran antes que yo, pero sabía que era una de esas noches en las que no dormiríamos. No era un polvo rápido antes de acostarse. Era el comienzo de una larga noche.

Me agarró el culo y me atrajo más hacia sí con una expresión ardiente en los ojos. Tenía los pezones duros y erectos y el coño apretado en torno a mi polla.

—Dámelo, Ryker.

Ya no podía aguantar más, no cuando me daba órdenes. Con las pelotas hasta el fondo, eyaculé con un gruñido, expulsando mi semen en el interior de su coño. Jadeé cuando el placer me envolvió, notando la sensación desde la punta de la polla hasta lo más profundo de mis pelotas.

—Joder...

Sus ojos se oscurecieron al ver que me corría, y se lamió los labios. Me acarició el estómago y el pecho.

—Estás tan sexy cuando te corres...

—¿Sí? —Mi polla se fue volviendo flácida en su interior, pero aún sentía los efectos del orgasmo. Estaba satisfecho, aunque deseaba más. Moví las caderas y seguí embistiéndola pese a que mi erección había disminuido. Sólo con ver la expresión de deseo en sus ojos y sentir su coño empapado, volvería a ponerme dura en menos de dos minutos.

Austen comenzó a jugar con sus tetas, retorciéndose los pezones y humedeciéndoselos con su propia saliva.

Eso aceleró el proceso.

La tenía más dura que antes y estaba más que dispuesto a darle tanto placer como el que yo sentía.

—Ese coño no va a poder contener todo mi semen cuando acabe contigo.

—No esperaba menos.

AUSTEN

CUANDO SALÍ DEL TRABAJO, pensé en ir al gimnasio. Hacía mucho que no iba y necesitaba ponerme en forma. Tenía una cinta de correr con escritorio, así que no estaba todo el día sentada en una silla, aunque me faltaba hacer un poco de cardio. Era bastante perezosa y el gimnasio me resultaba agotador y aburrido al mismo tiempo. No era lo mío.

Además, Ryker lograba que me subiera el ritmo cardíaco.

Salí de la oficina y tomé el ascensor hasta el vestíbulo, sintiéndome culpable por no haberme puesto la ropa de gimnasia. Había dejado la bolsa en mi oficina por si se me ocurría cambiar de opinión al día siguiente, algo bastante improbable.

Salí al fin del edificio bajo la luz del sol. En lugar de disfrutar del hermoso día y el calor sofocante, estuve a punto de chocarme con Nathan.

—Joder, qué susto me has dado. —Me eché hacia atrás con la mano sobre el pecho, pues no me esperaba que apareciera de buenas a primeras.

—Lo siento. —Dio un paso atrás como si la distancia pudiera mejorar la situación—. Iba de camino a la tienda. No esperaba verte.

No me creí ni una de sus palabras, y le dirigí una mirada de advertencia para que se dejara de mentiras.

—Vale... puede que no fuera de camino a la tienda.

Después de la cena de la otra noche, no me provocaba repulsión. Podía

mirarlo a la cara sin insultarlo. La rabia que había sentido hacia él en el pasado se había desvanecido. Podría incluso decir que me sentía tranquila en su presencia.

—Iba a tomar un café a La Chica de los Muffins. ¿Te vienes?

Me había pedido otra oportunidad y se la había negado. Puede que no quisiera aceptar mi decisión.

—Jamás volveremos juntos, Nathan. No quiero que pierdas el tiempo.

—No pasa nada —añadió enseguida—. Pero ¿podemos ser amigos? Fuiste una parte muy importante de mi vida y sería una lástima perder el contacto para siempre ¿no?

Parecía una sugerencia inocente, pero ya me había engañado antes.

—Será sólo conversar con un café delante.

Parecía tan fácil que no podía rechazarlo. Le había empezado a crecer la barba y se había arreglado el pelo ese día. Estaba muy atractivo con la camiseta que llevaba, pues realzaba sus músculos y su físico potente. Sospechaba que siempre lo encontraría atractivo y tendría debilidad por él.

—Vale.

Sonrió ilusionado, como si fuera el día más feliz de su vida.

—Genial.

TOMAMOS NUESTROS CAFÉS Y MUFFINS Y NOS SENTAMOS EN LA TERRAZA. Nathan no intentó pagarme lo que había pedido, y se lo agradecía. Cada vez que un hombre se ofrecía a pagar, parecía una cita.

Y esto no lo era.

Al principio, resultó un poco incómodo estar sentados uno frente al otro. Dejé mi móvil en la mesa por si alguien me enviaba un mensaje de texto. Y por alguien, me refería a Ryker. Lo veía casi todos los días. Esa ya era la norma entre nosotros. Di pequeños bocados a mi muffin de arándanos por hacer otra

cosa que no fuera mirarlo.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó.

—Bien. Acabo de lanzar una nueva campaña de marketing que parece estar funcionando. Mi jefe me ha dicho que está satisfecho con mi trabajo.

—Seguro que es fantástico. Eres un genio con esas cosas.

Controlar la narrativa y la perspectiva de la población en general era un arte complicado. Resultaba difícil predecir la acogida que tendrían los anuncios y noticias, pero esa era la razón por la que me encantaba. Era algo que escapaba a mi control.

—Intento hacerlo lo mejor que puedo y espero que la reacción sea buena. Cuando se trata de las redes sociales, nunca sabes lo que va a pasar.

—Me lo puedo imaginar.

—¿Qué tal va Helium? —Nathan trabajaba como director artístico para un servicio de transmisión en línea de programas de televisión y películas.

—Como siempre. Estamos produciendo más contenido que nunca, así que hemos contratado a nuevos talentos. Tenemos tantos proyectos que cuesta llevarlo todo al día. Hace poco diseñé una valla publicitaria que está por todo Houston.

—Vaya, es genial. —Trabajaba con un director artístico a diario en el departamento de marketing. Era irónico que Nathan y yo tuviéramos tanto en común profesionalmente. Sin duda, hacíamos buena pareja. No habría cambiado absolutamente nada de nuestra relación cuando estábamos juntos.

—Trabajo más de la cuenta, pero no me importa, Me encanta lo que hago.

Asentí porque yo también amaba mi trabajo. No había nada que me gustara más. Di un sorbo al café y miré mi teléfono, esperando que apareciera un mensaje de Ryker. No podía irme tan pronto, pero estaba ansiosa por llegar al apartamento de Ryker y hacer lo que mejor se nos daba.

—¿Qué tal las chicas? No tuve ocasión de hablar con ellas en la boda.

Menos mal que no lo había intentado. Lo más probable es que Madeline le hubiera dado un puñetazo.

—Bien. Al parecer Maddie está saliendo con mi hermano. Espero que la relación no acabe mal.

—Sí, complicaría las cosas.

—Jared está saliendo con una chica muy agradable, pero se nota que aún está colado por Maddie. Lo he pillado muchas veces mirándola. —No sabía por qué le estaba contando aquello a Nathan. Volvía a caer en nuestras viejas costumbres, cuando le contaba todos los detalles insignificantes de mi vida. Era aterrador lo fácil que me resultaba, como si acabara de llegar a casa del trabajo y estuviéramos contándonos cómo nos había ido el día.

—Es comprensible, es un buen partido.

No sentí celos de ningún tipo al oír su comentario. Madeline nunca me apuñalaría por la espalda como hizo Lily, así que no había motivos para estar molesta por su comentario. Además, él tenía razón. Tendría que estar ciego para no encontrarla atractiva.

—Pero me da pena por la chica con la que está saliendo. No es justo para ella.

No era el más indicado para hablar.

Nathan se percató de mi cambio de humor.

—Es normal que sigas enfadada conmigo. Tienes todo el derecho a estarlo. Seguía conociéndome bien después de tanto tiempo.

—¿Tienes compañeros de piso? —Era una pregunta absurda y ni siquiera me importaba la respuesta, pero la hice por cambiar de tema.

—No. Estoy solo en un apartamento de un dormitorio. Soy demasiado mayor para compartir piso, no tendría paciencia.

Yo tampoco quería compartir piso, ya había tenido bastante en mis años de universidad. Prefería pagar más dinero y tener intimidad. No ahorraba todo lo que podría, pero seguía quedándome un remanente.

—¿Hiciste algo divertido anoche?

—Fuimos a echar una carrera.

—¿Con karts? —preguntó.

—No. Los coches que usamos eran bastante rápidos. Hay que llevar casco y todo.

—Suenan intenso.

—Ganamos las chicas y yo. Les dimos una buena paliza a los tíos.

Forzó una sonrisa, pues seguramente había asumido que Ryker estuvo allí.

—Deberías hacerte profesional.

—No —dije dándole otro bocado al muffin—. Me estrellaría y mataría a muchas personas.

Se rio.

—Entonces es mejor que te mantengas alejada de la pista de carreras.

—Dio un sorbo al café y miró al interior de la cafetería por la ventana. Permaneció un buen rato así hasta que se volvió hacia mí.

—¿Cómo está tu familia?

Sabía que preguntaría por ellos tarde o temprano.

—Bien. Siguen viviendo a las afueras de la ciudad.

—Genial. —Nathan y mi padre habían tenido una relación estrecha. Iban de vez en cuando a pescar. Cuando me dejó, no volvió a ver a mis padres.

Se habían enfadado mucho al descubrir lo ocurrido, pero nunca dieron muestras de ello en mi presencia, pues sabían que eso sólo haría que me sintiera peor. Tenía unos padres abnegados.

—Mi padre se compró hace poco una barbacoa nueva, así que lleva usándola todo el verano.

—¡Qué bien!

—Prepara unas hamburguesas excelentes. Cuando se jubile, creo que debería grabar su propio programa de cocina.

—Yo lo vería —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo están tus padres?

—Bien. Mi madre sigue siendo decoradora de interiores. Le encanta. Mi padre está disfrutando de su jubilación.

—Genial. ¿Y tu hermano?

—Sigue tan cabezón como siempre —contestó riendo—. Trabaja en Dynamite Fitness, a la vuelta de la esquina.

—¿Sigue siendo entrenador personal?

—Sí —asintió—. Está supercachas.

—Pues tú también. —Vomitó las palabras y me arrepentí al segundo de haberlas dicho. Era obvio que me atraía porque había aceptado casarme con él en su día, pero no quería mostrar mis sentimientos de forma tan abierta. Había aprendido la lección por las malas.

—Gracias. A ti también se te ve en forma.

Me reí porque no podía estar más equivocado.

—Todos los días después del trabajo intento convencerme a mí misma para ir al gimnasio... pero nunca voy.

—Bueno. No estaríamos tomando café ahora mismo si hubieras ido.

Intenté no sonrojarme. No sé cómo lo logré.

—Menos mal que no eres entrenador personal. No creo que se te diera muy bien.

Se rio.

—Tienes razón.

Terminé el resto del muffin y sólo quedó el envoltorio para distraerme. Durante toda la conversación, había estado en guardia y manteniendo las distancias. La confianza se había roto para siempre, y nada podría repararla. Pero aún sentía algo por él. Sospechaba que así sería durante el resto de mi vida. Cuando le dije que lo amaba, hablaba en serio. Pensaba que era mi príncipe azul, el hombre con el que creía que debía estar. ¿Podría dejar de amar a alguien a quien tanto había querido? No me parecía posible.

Nathan se dio cuenta del cambio sutil de humor.

—¿Ha sido algo que he dicho?

—No —respondí enseguida—. Se me ha ido el santo al cielo, eso es todo...

Su expresión se suavizó como si supiera que estaba mintiendo.

—Siempre estaré ahí para hablar de lo que sea si necesitas a alguien que te escuche. Echo de menos nuestras conversaciones durante la cena, contarte cómo me ha ido el día y escuchar cómo te ha ido a ti. Aunque no podamos volver a estar juntos, me encantaría hablar contigo. Sé que suena extraño...

—Te entiendo, Nathan. —El primer año tras nuestra ruptura, había deseado que me llamara. Quería algo de él, lo que fuera. Logré no acercarme a él porque mi orgullo no me permitía mostrar debilidad. Pero había pensado en ello muchas veces—. Más de lo que crees.

ESTABA BEBIENDO UNA BOTELLA DE VINO SENTADA SOLA EN EL SOFÁ MIENTRAS veía la televisión. Había un partido en la televisión, pero no estaba prestando atención pues pensaba en mi encuentro con Nathan esa tarde.

¿Qué demonios estaba haciendo?

¿Cómo podía seguir sintiendo algo por él después de lo que me había hecho?

Me había engañado.

No había tenido una sola relación desde aquel horrible día, y había renunciado por completo al amor. Pero toda esa angustia había desaparecido al disculparse conmigo. Incluso me había tomado un café con él cuando no le debía absolutamente nada.

¿Qué me pasaba?

No podía volver por ese camino otra vez. Nathan parecía sincero, paciente y comprensivo. Volvía a ser el hombre que conocía, el que haría cualquier cosa por mí.

Pero no debería ser suficiente.

Si le diera otra oportunidad, mis amigos nunca lo aprobarían. Mis padres se enfurecerían. Liam estaría molesto. No tendría a nadie a mi lado, excepto a Ryker. Sabía que no le gustaba Nathan después de lo que me había hecho, pero

lo aceptaría. Y nadie más lo haría.

Pero que los demás lo desaprobaran no era el mayor problema. Nathan se había acostado con otra, por lo que nunca podría volver a confiar en él. Así no podría ser feliz para siempre. Me respetaba demasiado a mí misma.

Pero había sentido un cosquilleo en el estómago al verlo al otro lado de la mesa. Cuando me pidió que fuéramos a tomar café, no pude negarme. Me había perdido en mis pensamientos, recordando la pedida de matrimonio en la arena de Myrtle Beach.

¿Qué me pasaba?

Me había acabado la última gota de vino cuando Ryker me llamó. No quería hablar en ese momento, pero tampoco quería estar sola esa noche. Cada vez que estaba con él, era feliz. No pensaba en mis problemas y me sentía a salvo, pues sabía que nadie podría hacerme daño. Había algo en su sonrisa áspera, sus hermosos ojos y su buen corazón que me hacía olvidar todo lo malo de mi vida. Era feliz con él incluso cuando no estábamos follando.

Contesté antes de que saltara el buzón de voz.

—¿Hola?

—Quiero una pizza grande combinada con extra de aceitunas, por favor.

Alcé una ceja sin entender de qué iba su extraño juego.

—¿Extra de aceitunas? Qué glotón.

—Pagaré el extra, así que ¿cuándo va a llegar mi pedido? Me muero de hambre.

Me rugió el estómago porque no había comido nada desde aquel muffin.

—Depende.

—Te daré una buena propina.

Me reí.

—No. Más te vale pedir una pizza de verdad porque me está rugiendo el estómago.

Soltó una carcajada.

—Estoy en ello. Una combinada sin cebolla, ¿verdad?

Ryker me conocía mejor de lo que pensaba.

—Sí.

—Ahora la pido. Pero tienes que venir enseguida.

—De acuerdo, voy.

—Bien. Hasta ahora, cariño. —Colgó.

Oír cortarse la línea. En cuanto empezamos a hablar, me sentí más animada. Era la única persona que conseguía hacerme reír cuando estaba deprimida, y que lograba que me sintiera querida sin siquiera intentarlo. Me sentía mejor. Observé la botella de vino vacía sin entender por qué había estado tan deprimida todo el día. Podía haber ido a su casa.

Metí mis cosas en un bolso y me dirigí a su apartamento, que estaba a unas manzanas de mi casa. Nunca iba en taxi porque solían oler a humo de cigarrillo y tardaban mucho en llegar a cualquier parte. Al caminar, estiraba las piernas y disfrutaba de las vistas de Central Park por el camino.

Llegué a su puerta quince minutos después, con el bolso colgado al hombro.

En cuanto abrió, me agarró y tiró de mí hacia adentro.

—Por fin llega mi cena. —Cerró la puerta y me apoyó contra ella, reclamando mi boca. Me dio un beso abrasador mientras me inmovilizaba las manos contra la madera. Chupó mi labio inferior antes de meterme la lengua—. Qué rica.

Seguía teniendo mucha hambre, pero ya no me importaba la pizza, sino el festín que tenía delante. Le quité la camiseta, revelando su cuerpo perfectamente cincelado y su estómago firme.

—Quédate así... —Le apreté el pecho con la mano, obligándolo a echarse un poco hacia atrás.

—Más vale que sea para algo bueno.

Saqué el móvil del bolsillo trasero de mis pantalones y le hice una foto, plasmando su expresión taciturna y su fuerte mandíbula. Su físico impecable quedaba aún mejor en fotos.

—Perfecto. Así podré ver esta imagen cada vez que me llames.

—Y cada vez que te toques. —Cuando guardé el móvil en el bolsillo, presionó su cuerpo contra el mío una vez más y me besó con más intensidad que antes. Me desabrochó los vaqueros y tiró de ellos mientras yo le quitaba los suyos. Nuestros pantalones se esfumaron y quedé suspendida en el aire con la espalda contra la puerta.

—No puedes pasar de la puerta sin que te folle. —Me penetró, sujetándome con facilidad mientras volvía a besarme.

—¿Por qué crees que vengo siempre? —Sonrió contra mis labios mientras me empujaba con fuerza contra la puerta. Sacudía una y otra vez las caderas mientras me embestía con el cuerpo empapado en sudor, dándolo todo para satisfacernos a los dos.

Fue un polvo rápido y violento en el que descargamos nuestra frustración sexual. A veces, cuando estaba en el trabajo, pensaba en él y en su enorme paquete. Y deseaba poder trabajar desde casa para poder pasarme por la suya y follar.

Hizo que me corriera enseguida al frotar la pelvis contra mi clítoris mientras me embestía contra la puerta.

Me corrí con un grito, clavándole las uñas en la espalda y temblando al mismo tiempo. Cerré los tobillos en torno a su cintura, y oculté el rostro en su cuello mientras se disipaba la euforia del orgasmo.

Ryker me siguió inmediatamente después, corriéndose profundamente en mi interior y llenándose con su semen. Gimió contra la puerta, con gruñidos tan sexys como su apariencia. Me mantuvo allí inmovilizada, con el corazón acelerado apoyado contra el mío mientras recuperaba el aliento.

Ryker era un dios.

—Dios, qué placer.

—Puedes llamarme Ryker.

Entorné los ojos y me reí.

—Oh, cállate.

Llamaron a la puerta con reticencia. Fue un sonido débil, como si quien llamaba supiera que estábamos apoyados en la puerta.

Mierda.

Ryker me soltó enseguida y se puso la ropa.

Debía ser el repartidor, así que me fui corriendo al cuarto de baño con mi ropa y me vestí rápidamente mientras Ryker le abría la puerta.

—Eh... ¿Una grande combinada? —preguntó con vacilación.

—Sí. —La voz profunda de Ryker sonaba llena de confianza como si no tuviera nada de lo que avergonzarse.

—Ahora le doy el cambio...

—Quédatelo. —Ryker cerró la puerta.

Salí del baño sólo con la camiseta puesta, y las mejillas sonrojadas por la humillación. Era imposible que el chico no se hubiera dado cuenta de lo que estábamos haciendo un momento antes.

Ryker abrió la caja con una sonrisa orgullosa en el rostro.

—¿Qué?

—Nos ha oído, está claro.

—¿Y qué?

—Es un poco bochornoso, ¿no te parece?

—Pues no. —Cogió una porción y la echó en el plato—. Le he dado una buena propina, así que no pasa nada. —Puso el plato delante de mí y tomó otra porción.

Me senté en uno de los taburetes y devoré la pizza, muerta de hambre después del polvo que acabábamos de echar.

Ryker seguía de pie, comiendo la pizza de forma increíblemente sexy. Podría ser el protagonista del anuncio de cualquier cadena de pizzerías y duplicaría las ventas.

—¿Cómo te ha ido hoy?

Nathan apareció en mis pensamientos, pero no quería hablar de él. Me deprimía. Cuando estaba con Ryker, era feliz y no quería cambiarlo.

—Ha sido un día bastante aburrido. Iba a ir al gimnasio al salir del trabajo, pero decidí que era mejor tomarme una botella de vino.

—Creo que elegiste bien, que conste.

—¿En serio, señor «Estoy en perfecta forma»?

—Sí, trabajo duro para tener este cuerpo. No me avergüenzo de ello.
—Tomó otra porción—. Pero tú estás tremendamente sexy sin hacer nada, así que sigue haciendo lo que haces.

—Engordaré.

—No. Y aunque pesaras unos kilos más, seguirías estando buenísima.

—Lo dices por decir.

—No. —Dio un bocado antes de soltar la porción en el plato—. Posees una belleza natural, ¿sabes?

—¿Una belleza natural? —pregunté con una sonrisa en los labios.

—Sí.

—¿Y eso en qué consiste?

Masticó durante un segundo antes de responder.

—Hay tías buenas con cuerpos perfectos, el pelo impecable, piernas largas, etc. Como las supermodelos o las actrices porno. Tú no eres de esas.

—Pues vaya —dije riendo.

—Posees una belleza natural, lo que significa que no necesitas maquillaje, ropa de marca ni nada accesorio. Cuando entras en una habitación, llamas la atención. La gente te respeta y te adora. Tienes esa gracia natural que te hace... especial. Eres el tipo de mujer que un hombre quiere tener por esposa para que sea la madre de sus hijos, no para pasar la noche con ella y fardar delante de sus amigos. Eres un tesoro. Ningún hombre quiere una aventura de una noche contigo porque no es suficiente. A eso me refiero. —Dio otro bocado a la porción como si no hubiera dicho lo más dulce que había escuchado jamás.

Lo miré sin comprender, sintiendo el rubor que subía por mis mejillas. Nadie me había dicho algo tan inolvidable y especial. No había hecho nada para merecer aquel cumplido, y lo había soltado como si no le costara nada

decirlo.

—N-no sé qué contestar a eso.

—No hace falta que digas nada. Me has hecho una pregunta y la he respondido. —Siguió comiendo como si nada, como si no hubiera dicho lo que cualquier mujer desearía oír de su amado—. ¿Quieres otra porción?

Había perdido el apetito al escucharlo.

—No, gracias.

RYKER ESTABA ACURRUCADO A MI LADO, HACIÉNDOME LA CUCHARA. TRAS OTRA ronda de sexo increíble, estábamos tumbados en cómodo silencio. La televisión estaba apagada y disfrutábamos de la compañía del otro.

—Voy a por agua. —Me dio un beso en la cabeza y salió de la cama—. ¿Quieres algo, cariño?

—No, gracias. —Se puso los pantalones de chándal y salió del dormitorio.

Lo eché de menos en cuanto se fue. Las sábanas estaban frías y su olor no me envolvía como unos minutos antes.

Su teléfono vibró en la mesita de noche al aparecer un mensaje. Mi reacción automática fue mirar y, al instante, vi el nombre en la pantalla.

Rae.

Aparté la vista enseguida y no leí el mensaje, por respeto a su privacidad. Pero sentí un nudo en el estómago. Los celos me invadieron como nunca antes. No debería importarme, pero no podía evitarlo. Me importaba demasiado. Era la mujer de la que seguía enamorado, la única mujer a la que había amado alguna vez. Era obvio que mantenían el contacto. No pude evitar preguntarme cuántas noches se iba a dormir pensando en ella, deseando estar a su lado y no conmigo.

Nunca me había sentido tan deprimida.

No recordaba la última vez que me había sentido tan mal.

Debió ser la noche que sorprendí juntos a Nathan y Lily.

Me levanté de la cama rápidamente y me puse los vaqueros y la camiseta, queriendo salir de allí para no tener que ver un nuevo mensaje de texto. Ryker no había hecho nada malo. Yo había ido a tomar café con Nathan ese mismo día. Ryker no me debía nada, y lo sabía.

Pero quería salir de allí.

Entré en la cocina y lo vi junto al fregadero bebiendo un vaso de agua.

Se volvió hacia mí cuando se dio cuenta de que había entrado en la habitación.

—¿Has cambiado de opinión...? ¿Por qué te has vestido?

—Acabo de acordarme de que tengo que poner una lavadora. No me queda ropa limpia. —Intenté que mi mentira sonara convincente. Dormía en su casa de forma habitual, así que era extraño que me fuera con tanta prisa—. No tengo bragas ni nada.

—Pues no te las pongas. —Movié las cejas de forma sugerente.

En circunstancias normales me habría reído o habría esbozado una sonrisa, pero sólo quería marcharme.

—Hasta luego.

Mi reacción lo alertó.

—¿Estás bien, cariño? —Se acercó a la puerta donde estaba apoyada, mirándome de arriba a abajo con ojos inquisidores.

—Estoy genial, pero tengo que hacer la colada. Si no empiezo ya, tardaré una eternidad. —Me puse de puntillas y le di un beso rápido en los labios, tratando de no imaginarme cómo sería Rae—. Hasta luego.

Me agarró de la muñeca antes de que pudiera acercarme a la puerta abierta. Me atrajo hacia su pecho, observando de cerca la expresión de mi rostro.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás mintiendo?

No aguantaría mucho el escrutinio de su mirada ardiente.

—Porque no quieres que me vaya. —Volví a besarlo, esta vez con más

pasión. Debía lograr que pensara que todo era perfecto. De lo contrario, me haría confesar la verdad y todo se arruinaría. Había dicho que jamás sentiría algo por mí. Si la situación se volvía incómoda, podría acabar con la relación. Me solté, aunque mantuve el rostro a escasos centímetros del suyo—. Mañana no llevaré bragas... y estaré pensando en ti.

—¿QUÉ SUCEDE? —MADELINE ESTABA SENTADA FRENTE A MÍ EN NUESTRA mesa de siempre en la terraza de La Chica de los Muffins.

—¿Qué te hace pensar que me pasa algo?

—El mensaje me ha dado la pista. Estás apagada, y la expresión de tu cara lo dice todo.

Quizás no se me daba tan bien fingir después de todo.

—¿Ha pasado algo con Nathan?

Se lo conté todo, desde la vez que habíamos quedado a cenar hasta el presente.

—Pero él no es la razón por la que estoy molesta.

—Espera... ¿por qué tomaste café con él ayer?

—No tengo ni idea, Maddie. Me lo pidió y no pude negarme. Y vuelvo a sentir cosas por él... ¿No soy la persona más patética del mundo?

En lugar de humillarme, suspiró.

—No, para nada.

—Después de lo que me hizo, no debería querer tener nada que ver con él. Pero aún me siento atraída hacia él. Cuando estoy a su lado... me siento bien. Es como si hubiera recuperado a mi Nathan. Pero no puedo permitir que eso suceda, ¿verdad?

Madeline tardó mucho tiempo en responder, consciente de lo difícil que era aquella conversación.

—Aún lo amas.

—Supongo que sí... —No podía ocultar la verdad. Era evidente aunque quisiera cerrar los ojos.

—Recuerdo lo enamorada que estabas de él, Austen. Pensaba que estabais destinados a estar juntos. Eráis la pareja ideal, y creí que te amaba. Así que entiendo lo mucho que te está costando. No eres estúpida ni débil. Lo amas de verdad... incluso ahora.

—Pero no debería, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—El amor no entiende de lógica. No puedes controlar lo que sientes por alguien.

—¿Crees que debería darle otra oportunidad?

Levantó la mano.

—Yo no he dicho eso.

—¿No debería dársela entonces?

—Opino que no. Pero tú eres quien debe decidirlo, no yo. —Me dirigió una mirada cargada de lástima, como si deseara poder hacerlo por mí.

—No sé qué me pasa, Maddie. No quiero sentirme así.

—Lo sé...

—Y para colmo, estuve en casa de Ryker anoche. Todo iba bien hasta que vi que Rae le mandó un mensaje a las nueve de la noche.

—¿Quién es Rae? —preguntó.

—La mujer de la que Ryker aún está enamorado. —Decir las palabras en voz alta dolía tanto como pensarlas—. Ryker y yo acordamos tener una relación casual, pero al ver el mensaje, me sentí fatal. Me vestí y me marché de allí.

Madeline se enderezó en el asiento al oír la historia.

—¿Sientes algo por Ryker?

¿Por qué estaba mi vida patas arriba?

—No lo sé... Pensaba que no.

—Si te pusiste tan celosa por un mensaje, creo que es bastante obvio. ¿Qué

decía?

—No lo mire. Me fui.

—Entonces... ¿te gustan dos tíos a la vez?

Me pasé las manos por la cara.

—Soy una zorra, lo sé.

—Yo nunca he dicho que lo seas —dijo con calma—. ¿Pero te gustan a la vez? ¿Ha empezado Ryker a significar algo más para ti?

—No... No lo sé. —Lo nuestro había empezado como una aventura, pero ahora pasaba casi todos los días con él. Cuando no hablábamos, lo echaba de menos. Cuando estaba deprimida, era la primera persona a quien recurría. Se había convertido en mi mejor amigo y en la persona con la que más disfrutaba del sexo.

—¿Sabe lo que sientes por Nathan?

Asentí.

—Le dije que aún no era capaz de desprenderme de esos sentimientos.

—¿Y te ha dicho lo que siente por esa tal Rae?

Volví a asentir.

—Parece que estáis los dos en la misma situación.

—Supongo que sí. —Di un gran bocado al muffin, pues necesitaba consolarme con la comida.

—Puede que tus sentimientos hacia Ryker sean más fuertes de lo que crees. Piénsalo, llevas meses saliendo con él.

—Pero acordamos que no sería nada serio...

—Las cosas cambian, Austen. He visto la forma en que te mira. Para él, no eres una simple aventura.

Recordé lo que me había dicho Ryker el día anterior, que poseía una belleza natural.

—Sé que le importo y tenemos una conexión. Pero no creo que quiera algo más de lo que tenemos.

—¿Cómo lo sabes si no has hablado con él? —replicó.

No lo sabía, pero sospechaba la respuesta. Aún sentía algo por Rae, y yo aún sentía algo por Nathan. Pero lo que había entre nosotros era maravilloso, aunque no sabía si llegaría a algo más después del acuerdo que habíamos alcanzado.

—No sé...

—Yo me lo pensaría. Es obvio que Ryker te hace feliz, se te ve en la cara. Si estás dispuesta a darle a alguien una oportunidad, debería ser a él.

—¿Sí?

Asintió.

—Sí. Nathan tuvo su oportunidad, pero la dejó escapar. Sé que aún lo amas, pero no puede borrar lo que hizo. Esas cosas son difíciles de superar, por mucho tiempo que haya pasado.

RYKER

RAE ME ENVIÓ una foto de Safari y Razor con ridículos jerséis para perros.

Hubiera sonreído si Austen no se hubiese ido tan abruptamente. Había dicho que no pasaba nada y la creí, pues sabía que no me mentiría. Pero me fastidió que no durmiera a mi lado esa noche.

Me gustaba dormir junto a ella.

Envié un mensaje de texto a Rae cuando mi estado de ánimo mejoró.

Qué guapos.

Aparecieron los tres puntos, señal de que estaba escribiendo.

Safari lo odia. Se lo arrancó a bocados en cuanto hice la foto.

Lo respeto por ello.

LOL. ¿Te puedo llamar?

No quería hablar con ella. Cada vez que lo hacía, la echaba de menos. Pero también disfrutaba de nuestras conversaciones, así que quería seguir teniéndolas. Libraba una batalla en mi interior.

Claro.

Me preguntaba si Zeke aprobaba esa llamada. Era obvio que estaría en casa a esas horas.

Me llamó un momento después.

—Oye, ¿qué tal?

—No hay quien te quite el oye —dije riendo.

—A ti tampoco —replicó.

—Pues lleguemos a un acuerdo para no volverlo a usar. —Me tumbé en la cama mirando al techo. Las sábanas me cubrían la cintura, pero estaban frías. Austen no estaba allí para hacerme compañía durante la noche. Mi cama de matrimonio nunca me había parecido tan grande como hasta ese momento.

—Trato hecho —dijo riendo—. ¿Qué te cuentas?

—Nada. —Mi vida era aburrida y sin incidentes. Lo único bueno que tenía era a Austen, mi rayo de sol—. ¿Y tú?

—Jessie ha pasado el primer trimestre de embarazo. Ya se le empieza a notar.

—Me alegro por ella.

—Estoy deseando ser tía. He comprado un montón de ropa de bebé y ni siquiera sé si es niño o niña.

—¿Qué crees que será? —Me imagine el hermoso rostro de Rae y la forma en que se le iluminaban los ojos al hablar de las personas que amaba.

—Un niño. Tiene la barriga baja.

—¿No es un mito?

—No lo sé. Pero sigo pensando que es niño de todas formas.

Me imaginé a Rae embarazada del hijo de Zeke. La idea me deprimía, así que traté de pensar en otra cosa. Nuestras conversaciones siempre eran tensas, sin importar cuánto tiempo hubiera pasado. No la había visto en cuatro meses, pero no parecía que hubiera pasado tanto tiempo.

—¿Cómo te va con esa amiga tuya?

—¿Austen? —pregunté, sin apenas recordar que le había hablado de ella con anterioridad.

—Sí. Me dijiste que pasabais tiempo juntos.

—Sí, acordamos ser follamigos. Pero pasamos mucho tiempo juntos. —De hecho, estábamos juntos a diario. Solía venir a cenar y a acostarse conmigo. Echábamos otro polvo por la mañana, luego se duchaba y se iba a trabajar. A veces salíamos a cenar o a un bar para ver un partido—. Fuimos a echar una

carrera de coches el fin de semana pasado y me dio una buena paliza. —Reí al recordarlo.

—Qué bien —dijo Rae—. Me gustan las mujeres que lo dan todo para ganar.

—Sí, es genial. —Ojalá estuviera conmigo en ese momento.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con ella?

—Unos tres meses.

Rae hizo una pausa al otro lado del teléfono.

—¿Tres meses?

—Sí...

—Eso es mucho tiempo para ser un rollo.

—Es fantástica en la cama. —No me importaba decirlo porque era verdad—. Y es increíble. Es divertida, inteligente y me hace sentir bien. Podría decir que es mi mejor amiga, la verdad. —Había pasado toda la tarde con ella y seguía echándola de menos.

—Ryker, eso es más que un rollo.

—No. —Había perdido la cuenta del número de veces que Austen me recordaba que no habría nada serio entre nosotros. Había jurado no volver a involucrarse sentimentalmente con nadie. Era poco probable que cambiara de opinión, sobre todo porque aún sentía algo por su ex.

—¿Por qué estás tan seguro?

Estaba hablando de mi vida sexual con mi ex, pero no me sentía incómodo.

—Aún siente algo por su ex.

—Ah... ¿Cuándo rompieron?

—Hace unos tres años.

—¿Qué? —exclamó al otro lado del teléfono—. ¿Y no ha pasado página?

—Estaban prometidos, pero la dejó por su mejor amiga... Nunca lo superó. Creo que por eso no quiere ningún compromiso y no sale más de dos veces con el mismo tío.

—Pero contigo sí lo ha hecho.

Sabía que había hecho una excepción conmigo. De hecho, había hecho varias.

—Dice que soy su mejor amante.

—Creo que hay algo más.

—¿Qué intentas decir, Rae? —No conocía a Austen y tampoco sabía mucho sobre mi vida.

—Ninguna mujer se enrolla con un tío tres meses si no siente algo. Te garantizo que está locamente enamorada de ti, Ryker.

Solté una carcajada porque se equivocaba.

—No es el caso de Austen.

—Sé que tengo razón, Ryker. Esa mujer no es inmune a tus encantos. No es un robot.

Si sentía algo más, lo disimulaba bien.

—Ryker, ¿qué sientes por ella?

Aquello empezaba a parecer un interrogatorio.

—No lo sé... Me parece una chica fantástica.

Rae volvió a quedarse en silencio al teléfono.

—Si sientes algo por ella, deberías decírselo. Estoy segura de que te dirá que siente lo mismo.

—No quiero ofenderte, Rae, pero no la conoces.

—Pero te conozco a ti —dijo con frialdad—. Y no sales con la misma mujer durante tanto tiempo si no significa nada para ti.

Me había acorralado y ambos sabíamos que tenía razón.

—Me dijo que no quería nada más, Rae. Y yo lo acepté. No puedo incumplir mi palabra ahora. Además, no tengo nada que ofrecerle, sólo buen sexo y mi tiempo. No la amo y, con franqueza, sabe que aún siento algo por ti.

Rae permaneció en silencio, sin saber qué responder.

—Lo cierto es que me gustaría darle una oportunidad a nuestra relación. No quiero que salga con nadie más, y yo tampoco quiero salir con otras mujeres. Pero es demasiado complicado. Los dos sentimos algo por otras

personas, y no estamos preparados para algo serio.

—Estáis en la misma situación y me resulta irónico. No entiendo por qué no puedes decirle lo que sientes y seguir a partir de ahí. No tiene que ser algo serio, pero puede ser más que un rollo al menos.

—¿Qué más da? ¿Por qué no podemos seguir como hasta ahora?

—Porque no quieres que salga con otros, ¿no?

Sus palabras me afectaron de lleno. Había tardado demasiado en decirle a Rae lo que sentía, y ahora estaba con otra persona. Me estaba recordando mi error de la forma más suave posible.

—Dile lo que sientes, Ryker. Sé honesto con ella. Créeme, se alegrará de oírlo.

Al pensar en el tiempo que pasábamos juntos, supe que Austen significaba algo para mí. La relación me recordaba un poco a la que había tenido con Rae, aunque era mejor en muchos aspectos. Austen era mi mejor amiga, la persona a quien le contaba todo. Nunca había tenido una mujer en mi vida con la que tuviera una relación tan estrecha, ni siquiera Rae. Cuando Austen se iba por la mañana, no podía esperar a volver a verla esa misma tarde. No miraba a otras mujeres porque ni siquiera me percataba de su presencia. Austen era la única mujer con la que quería estar, eso lo sabía. No podía darle amor en ese momento porque aún seguía enamorado de Rae. Pero podía darle el resto de mí.

—Tengo que pensármelo.

—De acuerdo —susurró—. Me alegro de que consideres la posibilidad. Eso es señal de que te importa.

—Sí...

—Cuéntame tu decisión.

—Vale. —Había echado de menos a Austen en cuanto salió de mi apartamento, pero también echaba de menos a la mujer al otro lado de la línea. ¿Cómo podía sentir lo mismo por dos personas diferentes al mismo tiempo? Nunca me había preocupado por nadie en la vida, y ahora me importaban dos

mujeres distintas.

¿Cómo había llegado a ese punto?

AUSTEN

ACABABA de llegar a casa del trabajo, con la bolsa del gimnasio sin usar aún al hombro, cuando alguien llamó a la puerta.

Ryker no se pasaría sin anunciarse. No era su estilo. Podrían ser Maddie o Jenn, pero me habrían avisado antes. Con suerte, sería una niña *scout* capaz de hacerme sentir aún peor por haberme saltado el gimnasio.

Miré por la mirilla porque aquello era Nueva York y había mucha gente rara. No había visto a nadie sospechoso en mi edificio, pero no hacía falta ser un genio para colarse con sigilo.

Era Nathan.

No sabía de dónde había sacado mi dirección, pero no me sorprendía que la hubiera descubierto. Sin embargo, habría agradecido que me llamara por teléfono antes de venir. Abrí la puerta y me encontré cara a cara con él.

—No vuelvas a presentarte en mi puerta. Si quieres hablar, llámame.
—Sabía que mis palabras podían resultar un poco groseras, pero no me gustaba que se entrometieran en mi intimidad.

Nathan me dirigió una mirada culpable.

—Lo siento. Mi amigo Sam vive en esta planta. Salía de su apartamento cuando te vi pasar... así que pensé en pasarme a saludarte. Supongo que no me viste. Ibas con mucha prisa en dirección a tu casa.

Me sentí invadida por la culpa, pues le había hablado de muy malas

formas.

—Oh... Lo siento.

—No pasa nada. Tienes razón, debería haberte llamado.

Ahora que estábamos cara a cara en mi puerta, no sabía qué hacer. Podía invitarlo a entrar, pero me parecía un gesto demasiado íntimo para nuestra situación.

Nathan no esperó.

—¿Quieres ir a ver el partido a Hubble? Está al final de la calle.

Era un bar deportivo cerca de mi casa. Había ido varias veces.

—Podemos compartir una cesta de patatas fritas con ajo. —Movi6 las cejas de forma sugerente—. Y a la primera ronda invito yo.

Las patatas fritas y la cerveza eran algo que no podía rechazar. Nathan se llevó las manos a los bolsillos, muy atractivo con sus amplios hombros y sus ojos preciosos. No me presionó, pero me convenció enseguida gracias a su aspecto.

—Sí, claro.

—Genial. ¿Quieres que vayamos ahora?

Seguía con la ropa del trabajo porque no había tenido ocasión de cambiarme.

—Deja que me cambie y nos vamos. —Dejé la puerta abierta y entré en mi apartamento, invitándolo a entrar sin decirlo con palabras.

Nathan entró y cerró la puerta detrás de él, observando mi sala de estar. Miró los marcos sobre la mesa, con fotos mías con las chicas y con algunos amigos de la universidad.

—¿Quieres tomar algo mientras esperas?

—No. —Se sentó en el sofá y sacó el móvil—. Sé que eres rápida. Aún me acuerdo.

Dejé pasar el comentario sobre nuestra anterior relación.

—Vuelvo enseguida.

DESPUÉS DE VER EL PARTIDO JUNTOS DURANTE VEINTE MINUTOS, LA HABITUAL incomodidad entre nosotros se evaporó. Volvíamos a estar como antaño, haciendo bromas sobre las jugadas y los entrenadores. Compartimos una cesta de patatas fritas y tomamos más cervezas de las que deberíamos.

—Diez pavos a que lo consigue —dijo Nathan.

—Sólo quedan cinco segundos.

—LeBron puede hacer cualquier cosa.

Vimos los últimos cinco segundos del partido y, para mi sorpresa, LeBron anotó el triple mientras tres hombres lo bloqueaban.

—Maldita sea...

—Puedes quedarte tus diez pavos. Invítame mejor a otra cerveza.

Iba por la tercera y no llevábamos ni dos horas allí sentados.

—Otra vez no he ido al gimnasio. Y me acabo de tomar una cesta entera de patatas fritas y tres cervezas. Estoy descontrolada.

—No. Sólo se vive una vez. Come y sé feliz. —Hizo chocar su cerveza contra la mía.

Sonreí y di un trago.

—Brindo por eso.

Nathan me contó cómo le había ido el día en el trabajo y me habló de la nueva valla publicitaria en la que estaba trabajando. Le hablé sobre mi nueva estrategia de marketing y el material gráfico que la acompañaba. Hablar de nuestros trabajos parecía un conflicto de intereses, pero lo hacíamos de todos modos.

Cuando nos trajeron la cuenta, Nathan arrojó a la mesa su tarjeta.

Solté la mía al lado de la suya.

—Vamos a dividir la cuenta.

Nathan no discutió conmigo, pues sabía que era mejor no hacerlo. Si le dejaba pagar, parecería una cita. Y no quería que lo fuera. No sabía lo que

estábamos haciendo, pero no había vuelta atrás.

Nathan giró en su taburete para mirarme, con el brazo apoyado en la barra.

—Voy a hacer la maratón de Manhattan en unas semanas.

—¿Sí? Qué bien. —Eran cuarenta y dos kilómetros, algo que yo jamás podría lograr.

—Suelo salir a hacer footing por las mañanas. ¿Quieres venir a correr conmigo por Central Park el sábado?

—¿De cuántos kilómetros estamos hablando? —Podía correr un kilómetro y medio, pero no mucho más.

Se encogió de hombros.

—Unos nueve.

—Uf, eso no es hacer footing.

Sonrió.

—Puedes hacerlo. Sé que puedes.

—No, yo sé que puedo hacerlo. —Levanté el dedo—. Pero no quiero.

Se rio.

—Podemos desayunar después. Será divertido.

Aún me hacía sentir un cosquilleo en el estómago. Quería aceptar lo que proponía pese a que me había hecho cosas terribles. Lo perdonaba enseguida cuando no debería porque siempre sentiría lo mismo por él. Siempre recordaría la primera vez que lo había visto. Ya en ese momento supe que Nathan sería una parte especial de mi vida.

—Vale... Me has convencido.

—Genial. —Se inclinó hacia mí y miró mis labios, como solía hacer antes de besarme.

Mi corazón se aceleró presa de la adrenalina, sabiendo lo que pasaría si no lo detenía. Debía levantarme de la silla y poner espacio entre nosotros. Si no lo hacía, nuestras bocas se juntarían, y estaría perdida de nuevo.

Pero no me moví.

Porque quería que me besara.

Al ver que no me apartaba, presionó su boca contra la mía y sentí sus labios suaves y cálidos. Su beso era diferente al de Ryker pero familiar. Sentí calor en mi estómago como antaño. Cada vez que Nathan me tocaba, mi cuerpo volvía a la vida. Mi respiración se aceleró y noté que mi cuerpo respondía de forma indebida.

Pero entonces pensé en Ryker.

Su beso era totalmente distinto. Era ardiente y poderoso. No sólo hacía que se me aflojaran las piernas, sino que me hacía sentir segura. No era sólo mi amante, sino mi mejor amigo. Estaba confusa por mis sentimientos hacia ambos, pero en aquel momento, todo cobró sentido. Nunca pensaba en Nathan cuando estaba con Ryker. Pero siempre pensaba en Ryker cuando estaba con Nathan.

Me aparté al ver que el beso duraba demasiado.

—Lo siento...

Suspiró porque sabía lo que iba a decirle.

—Debería haber sido más paciente. Pero estás tan guapa y nos lo estábamos pasando tan bien...

—Al principio, Ryker y yo sólo nos acostábamos. —Me observó con atención— Nunca fue mi novio. Sólo era una relación de amigos con derecho a roce. Pero cuanto más tiempo pasamos juntos, más estrecha se vuelve nuestra relación. Creo que hay algo más. Y al besarte, siento que estoy haciendo algo mal, como si estuviera traicionándolo. —Vi decepción en sus ojos— Creo que quiero estar con él... —La conversación con Madeline el otro día me había confundido mucho. Ryker decía que seguía enamorado de Rae y no quería una relación con otra persona. Pero puede que sus sentimientos hubieran cambiado al igual que los míos. Aún sentía algo por Nathan, pero tal vez esos sentimientos desaparecerían con el tiempo—. Aún siente algo por su ex, y yo siento algo por ti. Pero... Voy a ver si quiere algo más conmigo.

Nathan suspiró, sin molestarse en ocultar su reacción.

—Entiendo, Austen. Tuve mi oportunidad contigo y lo arruiné todo. No

tengo derecho a estar enfadado ni decepcionado. Parece un buen tipo.

—Lo es.

Terminó el resto de la cerveza y la dejó sobre la mesa con un ruido sordo.

—Si hablas con él y no siente lo mismo, ¿estarías dispuesta a darme otra oportunidad?

Era una pregunta malintencionada.

—N-no lo sé. La verdad es que no sé lo que siento por ti, Nathan. Ojalá pudiera olvidarte y que no me importara. Odio seguir sintiendo algo por ti. No es justo.

No reaccionó a pesar de mis duras palabras. Siguió contemplándome con una expresión ilegible en el rostro. Me observaba, tan atractivo como siempre. Entonces se levantó de la silla.

—Avísame cuando sepas su respuesta... —Pasó a mi lado y se marchó del bar.

Me quedé en la silla, mirando la cerveza con un nudo en el estómago. En cuanto besé a Nathan, pensé en Ryker. Sabía que había ocultado mis sentimientos por él durante un tiempo. Pero ahora que debía hablar con él, estaba nerviosa. ¿Y si iba con el corazón en la mano y él no sentía lo mismo?

RYKER

—¿QUIERES hacerlo más interesante? —preguntó Liam, caminando a mi lado por la acera.

—¿Cómo?

—Te apuesto cien pavos. —Me miró moviendo las cejas.

—¿Estás preparado para la derrota? ¿Estás seguro de que puedes permitirte perderlos ahora que tienes novia? Las mujeres salen caras.

—Aún no es mi novia. Y no voy a perder.

Caminamos hacia el bar deportivo y abrí la puerta.

—No te lo voy a poner fácil. Me quedaré con tu dinero sin ningún tipo de remordimiento.

—Yo tampoco tendré remordimientos por quitarte el dinero, ricachón.

Solté una carcajada y me dirigí a la barra. Había un partido sintonizado en el televisor y la gente se había reunido para verlo. Al avanzar, me fijé en un rostro familiar. Tenía un aspecto excepcional como siempre, con cabello castaño y un vestido ajustado. Llevaba queriendo hablar con ella desde mi conversación con Rae, y allí estaba delante de mí, como por obra del destino.

Pero entonces vi que Nathan estaba a su lado. Estaba cerca de ella, rozándola con la rodilla. La miraba tan fijamente a la cara que pude sentir la tensión a varios metros de distancia. Contempló sus labios, con intención evidente.

Austen tenía la misma expresión que él.

Entonces Nathan se inclinó y la besó. Le sostuvo la mejilla mientras profundizaba el beso apasionado, disfrutando de la suavidad de sus labios. Sabía exactamente lo que estaría sintiendo porque la había besado muchas veces.

Ella le devolvió el beso, moviendo la boca con la suya como si lo necesitara tanto como él a ella.

Sentí fatigas.

No era celoso, así que la sensación era diferente. Me sentía fatal.

Liam se detuvo a mi lado, observando la escena frente a él.

—Eh...

No podía dejar de mirarlos, pues era obvio que Austen aún seguía enamorada de su ex. La había engañado con su mejor amiga, pero ahí estaba, besándose con él.

No me debía nada, así que no debería importarme. No me había traicionado porque acordamos no tener nada serio. Me había advertido que no debía enamorarme de ella, al igual que Liam. Y ahora me sentía aturdido y paralizado.

Liam me miró con vacilación, sin saber qué sucedía exactamente ni cuál sería mi reacción.

Por mucho que quisiera agarrar a Nathan y apartarlo de ella, no tenía derecho a hacerlo. No era mi chica. Así que di media vuelta y salí, tratando de hacer desaparecer aquella imagen de mi cerebro.

Salí y respiré el aire húmedo, sintiéndome helado. Pasé junto a los escaparates, en dirección a mi apartamento con el corazón latiendo como loco y una tremenda migraña.

—¿Estás bien, tío? —Liam me siguió, observándome con incertidumbre.

—Sí —repliqué, sintiéndome fatal.

Liam caminó a mi lado, en silencio.

—No querría tener que decirte esto pero... te lo dije. Austen es una

rompecorazones. Es su naturaleza.

—No lo es. Nunca me dio una idea equivocada de sus sentimientos.

—Pero te enamoraste de ella de todos modos... Ya lo he visto antes.

No me había enamorado de ella. Pero al ver mi propia reacción, comprendí que significaba más para mí de lo que había creído.

—Liam, estoy bien. Sólo me sorprende. No esperaba que volviera con él.

—Lo sé... Tendré que darle mi opinión al respecto.

Ahora lo único que quería era estar solo, no sentir absolutamente nada. Cuando salí de Seattle, era totalmente insensible. Austen había sido la primera persona en hacerme sentir algo bueno. Pero ahora me lo habían arrebatado.

—Luego hablamos, tío. —Comencé a alejarme.

—¿Estás seguro? —preguntó Liam.

—Sí. —Seguí caminando hasta que dejé de sentir la presencia de Liam. La imagen de Austen besando a Nathan seguía reproduciéndose en mi cabeza, torturándome hasta el punto de no saber si era real o una pesadilla.

En el transcurso de los últimos tres meses, Austen se había convertido en mi mejor amiga. Era increíble en la cama, y disfrutaba con su compañía cuando no estábamos follando. Me recordaba a mi relación con Rae, aunque mejor. Pero Austen seguía enamorada de su ex, y ahora iba a darle otra oportunidad.

Eso significaba que nunca había sentido nada por mí. Cuando me advirtió que no cambiaría de opinión, debí haberla creído. No debí desarrollar ningún tipo de cariño hacia ella.

Pero había sido inevitable.

Escogí un bar al azar y entré. Necesitaba alcohol y una mujer hermosa para sentirme menos solo. La única mujer que quería en mi cama estaba besando a otro. Cuando salieran del bar, seguramente se enrollarían. Era probable que llevaran un tiempo acostándose y no me lo hubiera contado.

Me acerqué a una guapa morena que encontré sentada sola. Llevaba un vestido negro y el pelo recogido en una elegante coleta. En aquel momento, no

me importaba lo guapa o fea que fuera. Sólo quería estar con alguien, fuera quien fuera.

—Hola, guapa. ¿Puedo invitarte a una copa?

Sonrió al mirarme, y era evidente que le gustaba lo que veía.

—¿Y si te invito yo a ti?

AUSTEN

EL BESO con Nathan llenó mi cuerpo de calor. Sentí un cosquilleo en los labios y perdí el control de mi respiración. Definitivamente había sentido algo similar a cuando estábamos juntos.

Pero lo de Ryker era algo más.

Estaba nerviosa por decirle lo que sentía. Ni siquiera sabía por dónde empezar. Era probable que dijera que me veía sólo como a una amiga a la que le gustaba follarse. Pero luego pensé en todas las veces que me había abrazado contra su pecho en la cama, la forma en que me besaba cuando salíamos a cenar, o los besos que depositaba en mi sien en los momentos más inesperados.

Tal vez sentía lo mismo que yo.

No lo sabría hasta que hablara con él.

Al salir del trabajo, reuní el valor necesario para mandarle un mensaje de texto.

Hola, sexy.

Me respondió inmediatamente.

Hola, Stone Cold.

¿Puedo ir a tu casa?

¿No vas al gimnasio hoy?

Casi podía escuchar su tono burlón a través del mensaje.

Ya sabes la respuesta.

Sonreí mientras guardaba el móvil en el bolsillo trasero, emocionada ante la idea de verle. Con suerte, no se habría puesto la camiseta. Me encantaba verlo así.

Llegué a su puerta momentos después, y me hizo pasar. Me dio un abrazo rápido con una sonrisa, pero no me besó.

Fue extraño.

—¿Qué tal el trabajo? —Estaba en medio de la cocina. Había un pollo sin guisar sobre la tabla de cortar junto a un tazón de adobo recién preparado. Sobre un trozo de papel de cocina se secaban unas verduras recién lavadas.

—Bien, como siempre. —Observé los ingredientes y me entró hambre—. ¿Qué hay para cenar?

—Pollo al ajillo con miel, arroz y verduras. —Cogió un cuchillo grande y empezó a cortar el pollo a trozos—. Tengo una cita esta noche y me apetece comer en casa. —Observaba sus manos mientras cortaba el pollo de forma sistemática, echando los trozos en el cuenco con el adobo.

Estaba en el lado opuesto de la cocina, y de repente me sentí débil. Había oído sus palabras, pero era incapaz de asimilarlas. Me costaba asumir cada sílaba, dolía demasiado.

—¿Una cita...? —No me había dado cuenta de que estaba saliendo con alguien. Me pilló por sorpresa, y me agarré al borde de la encimera.

—Sí. La conocí anoche. Se llama Cheyenne.

—Ah... —No se me ocurría nada mejor que decir. Estaba más destrozada de lo que hubiera podido imaginar jamás. Había venido con la intención de que diéramos el siguiente paso en nuestra relación, pero había pasado la noche con otra mujer—. Ah...

Mantuvo la mirada fija en sus manos, como si todo fuera normal.

—¿Has vuelto con Nathan? —No había agresividad en su tono, tan sólo simple aceptación.

—¿Por qué lo preguntas? —No venía a cuento de nada. Ni siquiera le

había dicho que había quedado con Nathan.

—Porque os vi besándoos anoche. —Levantó la vista al fin de la tabla de cortar y me sostuvo la mirada. No había hostilidad. Me miraba como amigo, nada más.

—¿Sí...?

—Fui al bar a ver el partido y, cuando entré, vi que os estabais enrollando.

—No lo hacíamos —repliqué.

—Lo que tú digas —contestó—. Un beso es un beso, ¿no? —Eché más pollo al cuenco—. Si eso es lo que quieres, me parece bien. Pero ten cuidado. No vuelvas a confiar en él enseguida. Es el mejor consejo que puedo darte.

—No voy a volver con él. Sucedió porque sí...

—Pero has estado viéndote con él, ¿no?

—Bueno... sí.

Terminó con el resto del pollo y lo arrojó al cuenco para cubrirlo con el adobo.

—No estoy enfadado, pero te habría agradecido que me lo dijeras. ¿Te has acostado con él?

—No. —La pregunta me ofendía. Habíamos acordado contárnoslo en caso de que ocurriera.

—Pues yo sí me acosté con alguien anoche. Así que supongo que habrá que volver a usar condón. —Cogió la bolsa de plástico y echó dentro el pollo antes de sacar el aire y cerrarla herméticamente. Hablaba como si no pasara nada y la conversación rozara el aburrimiento—. Si quieres seguir haciéndolo, claro está. Si prefieres intentar que lo tuyo con Nathan funcione, puede que no sea la mejor idea.

Ahora que sabía que estaba acostándose con otra persona, no estaba segura de poder compartirlo. Estaba acostumbrada a tenerlo para mí sola, a despertarme con él a la mañana siguiente. Lo veía casi todos los días, le contaba mi vida. Pero ahora él haría lo mismo con otra persona.

No debería molestarme porque ese era el acuerdo al que habíamos

llegado. Pero la desesperación corría por mis venas como un veneno. Vomitaría al menos una vez antes de que terminara la noche.

—¿Austen?

Levanté la vista, volviendo a la conversación.

—¿Hmm?

—¿Deberíamos cancelar nuestro acuerdo? —No parecía darse cuenta de que me había roto el corazón porque seguía hablando como si estuviéramos en una reunión de negocios. No había sentimientos ni emociones. Nada en absoluto.

—Supongo que sí. —No quería imaginármelo besando a otra mujer. No quería pensar en otra mujer durmiendo en la cama en la que yo dormía casi todas las noches. No quería compartirlo, así que dudaba que fuera viable. En algún momento, Ryker había empezado a significar mucho más para mí de lo que esperaba. Y si él no sentía nada por mí, sería peligroso continuar.

Sería repetir lo de Nathan.

Ryker se alejaría.

Pero no tenía ningún derecho a estar enfadada.

Ryker asintió y llevó la tabla de cortar al fregadero para lavarla.

—Será lo mejor. Estoy seguro de que nos veremos de vez en cuando.

—Sí...

Fregó la tabla y se lavó las manos antes de secarlo todo. Entonces cogió las verduras y empezó a cortarlas.

La única razón por la que seguía allí era porque era incapaz de mover las piernas. No sabía cómo salir del apartamento ni a dónde ir si lograba salir de allí. Ryker se había convertido en alguien muy importante en mi vida. Pero esa conexión iba a terminar en un abrir y cerrar de ojos.

Ryker cortó en cubitos las verduras como si no pasara nada. El cuchillo producía un crujido audible que sonaba con fuerza en mis oídos. Reconocía el mismo sonido dentro de mi pecho, el sonido de mi corazón roto.

QUERIDO LECTOR,

GRACIAS POR LEER Rayo de nuevo. Espero que hayas disfrutado con su lectura tanto como yo escribiéndolo. Si pudieras dejar una breve reseña, me ayudaría mucho. Las reseñas son el mejor apoyo que puedes dar a un autor. ¡Gracias!

Con mucho amor,

E. L. Todd